





+1808921

C: 73913150

DG  
am

**COLECCIÓN DE CUENTOS ESPAÑOLES**



LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

# De antigua raza.

Cosas de hidalgos y poe-  
tas, comediantes, majos y  
tiranas de los risueños  
tiempos españoles. □ □ □



Madrid.—Imprenta Enrique Teodoro.  
Glorieta Santa María de la Cabeza, 1.



**Á Manolito Álvarez Sagrera, en home-  
naje de afectuosa simpatía.**

**El Autor.**



Un árabe de los tiempos del poeta Saadi, cultivó un rosal de flores de Idumea, selváticas y sin aroma, rodeándolas, como en servidumbre de hermosura, con bello cinturón de espléndidos vergeles. Cierta día en que el Schah de Persia pasó junto á la casa del árabe, chocándole tanto esmero y cuidado para un rosal silvestre, quiso saber la causa.

—Señor—le dijo el árabe,—esas rosas, feas y sin vigor que tanto desentonan de las demás, son flores de mi juventud, cogidas en las escarpaduras del Libano, donde brotaron las glorias de mi raza, y contemplándolas surge de mi melancolía el recuerdo de tiempos mejores. Si es que no agradan á tus ojos, arráncalas tú mismo y que sus descoloridos pétalos formen dócil alcatifa para tus pies. Únicamente por la gloria de que seas tú quien las destruya, tendré un consuelo con perderlas.

Lector; tú eres el soberano que pasa; mis cuentos, flores de los primeros días, que sin perfume y sin color tal vez, recuerdos son de tiempos mejores. Si no te gustan, rompe sus hojas y ellas te servirán de blando tapiz que apague el rumor de tus pasos indiferentes; pero si te recuerdan algo de aquello que admiraste, muerto ya en el pasado, casi perdido en tu memoria, guarda mis flores de Idumea si quiera por la buena intención con que en otro tiempo las cultivó mi pluma.





## EL ESCUDERO

---

*(Para Mariano Zavala.)*

**Q**UESABA la tristeza sobre el alma del paisaje, y el día caviloso y turbio parecía meditar en el fondo de sus nubes grises, el medio de que la noche que se llegaba á todo andar fuera más triste todavía. Enseñaba el camino su lividez siniestra hendiendo el monte, en cuyas faldas las enormes y redondas piedras semejaban puños crispados que los enterrados gigantes mostraban al viajero, y las torrenteras haciendo rodar por ignorados cauces sus linfas misteriosas dejaban escapar un ruido de rezo que llenaba el espíritu de raras aprensiones.

Las grandes baterías del espacio amenguaban su luz; perdía el escenario fondo y belleza, y aquellos dos actores del momento caminaban á toda brida, en demanda del

ansiado mesón. Erase el uno hidalgo, según lo parecía por el contorno, y era el otro escudero á juzgar por ese aire de servidumbre que no puede disimular la sombra más intensa. Por la voz, por el galopar de los caballos, se sabe quién manda y cuál obedece. Hundíanse los cascos sobre el mullido polvo, y entre golpe y golpe dialogaban los dos jinetes, llenando los espacios del monótono ritmo.

—¡Por las almas de los viejos Condes, Fortún! Yo te juro que si errares y no halláramos tu famosa hostería donde aseguras, sería cosa de hacerte cuartos para entretener á las alimañas del camino.

—Señor; las posadas, como los hombres, cambian de lugar cuando les acomoda, aun más, si únicamente el aire se las mete puertas adentro; pero las de mis mocedades, ni cambian, ni se cierran, ni aun entornan siquiera sus postigos... ¡vive el cielo!

—Creo que juras... ¿Y por qué tu seguridad?

—Porque los mesoneros que las tienen, las cimentaron en la piedra de su terquedad que es la más dura destes montes. Son soldados de las antiguas guerras que metían la cabeza mucho antes que las puntas de sus partesanas y morían contando los golpes por donde iba escapándoseles el vivir. Tercos en la pelea, duros en la agonía, tenaces para aguar el vino y dorar macizos pasteles de liebre,

antes dejan sus pellejos que sus mesones.

—¡Que el Dios de los abandonados te escuche!

—Os digo, señor, con respeto, que de aquí á la hostería no hay ni una volada de azor, y si no, mirad la nariz de vuestro caballo; por cada uno de sus huecos cabe una dobla.

—¡Es verdad! Aflojemos aún más las riendas; pues no parece sino que van á darme congojas de pura hambre y cansancio.

—¡Mal camino es este!

—Descansaremos agora aquí, que mañana daremos vista á las Huelgas y con ello no dirá el rey que es mal servido de quien con tal diligencia torna. Van dos jornadas de adelante.

—Sólo el viento podría competir con nosotros.

Llegáronse á la venta con prisa tal que no parecía sino que ella, impaciente de tenerlos en sí, habíales salido al encuentro. Chispeaba el hogar y llenaba el ambiente un sahumero de carne adobada, que hubiera disculpado á los lobos de acudir éstos al asalto antes que los hombres. Guiaba el mesonero escaleras arriba, deteniéndose á trechos para que los visajes de la llama no apuraran de una vez todo el cabo, y escudero y señor, dicho sea por el orden del hambre, quedaron al fin frente á frente, separados y unidos al mismo tiempo por aquella mesa, cuyo mantel de

húmeda limpieza era ya por sí solo poderoso incentivo á la gula.

No era muy raro en estas épocas de hierro semejante llaneza, pues los escuderos, más que servidores, eran hombres de armas á quienes un acto heroico hacía fraternizar con los caballeros en medio del combate. Á más, de que el cansancio y el ansia de comer son cosas nada reverentes. Hendía el conde de Mendoza una carpa, cuando su cuchillo acertó á tropezar con algo que no eran blanduras de la carne, sino cosas que los peces no suelen traer: un anillo de oro, con una fecha grabada bajo la corona de Castilla.

—¡Diablo!—gritó el conde en el colmo de la sorpresa.—¡He aquí, Fortún, que nos sale al encuentro un pecado del rey Enrique!

—¿Qué suponéis, señor?

—Digo, que esto que ves, tirano ha sido, en una mano hermosa, de algún dedo harto frágil que lo dejó escapar. Anillo es de postizas nupcias que no sentarían muy bien á la reina Catalina si lo supiera, y mucho será que no venga enredado en él algún jirón invisible de honra.

—Curioso es el suceso; pero comed, que á la hora esta, cuando atisba el sueño y el cansancio ata con su terrible rigidez los músculos, no es hora de andarse en reflexiones.

—¿Fuí yo á buscar lo que las origina, ó vínose á mí cuando menos me lo esperaba?

El Destino habla por medio de las cosas á los espíritus avisados, Fortún; diríase que la palabra sólo puede ser empleada por los hombres y que los dioses se expresan con símbolos. ¡Lo veo! Sesteaba el rey sobre un esquife, rendido al placer, y el Destino vigilaba desde lo alto sus amores y nuestro viaje. Era necesario que los dos supiéramos este pecadillo ó este hurto de honra, y haciendo resbalar del hermoso dedo el anillo, se lo lanzó á la carpa, y cogió á la carpa y la hizo derivar por el río y tomar después el arroyuelo del mesón y colocarse bajo mi cuchillo para que yo la abriera, dando con la alhaja. ¿No es esto prodigioso?

—¡Oh, señor! No es prodigio, sino sutileza y de las más alambicadas; pensad en que alguien debió dar con el pez y que únicamente la casualidad interviene en esto.

—Dices bien—exclamó el caballero como si desechara alguna idea inoportuna.

El mesonero asomaba con su gesto más plácido como para ahuyentar toda inquietud. Efectivamente existe entre las cosas una rara complicidad.

—Aquí está ya el frito, señor—dijo sonriendo y desviándose de la nube de humo que el plato le enviaba.—Aún viene cantando las alegrías del aceite que fué su tormento. Con esto y con la botella de vino aragonés que agora os traerán, vino más cubierto que la misma noche, y con las camas y apo-

sentos que luego veréis, tal ha de ser la satisfacción que mi posada os proporcione, que acaso, acaso en los días de esparcimiento volváis á ella tan sólo por holgaros.

—Decid, huésped: ¿y no serán mis doblas mejores que vuestros servicios?

—Todo podrá ser, mi caballero, que á toma y daca estamos y lo mejor del mundo es cambiarse las cosas con la mayor urbanidad.

—¡Bien dicho!—repuso Fortún.—Á trueque de que nos guste la fritada.

—¿Y sabéis por ventura si el macho cabrío que empleásteis no padeció de huélfago?

—Cabrito es, ni macho, ni corzo—añadió el mesonero;—mas tened como cierto que por acá, entre el frío, no hay res enferma.

El caballero, con el ceño fruncido y el puño apoyado en el mantel, estrechaba con fuerza el tridente, amenazando quizá á los fantasmas que se aparecían en su espíritu.

—Escuchad, patrón—dijo por último.—¿Dónde pescáis vuestras carpas?

—En el Esgueva.

—¿Y no sucede nunca que un viandante se encuentre algo en las entrañas de estos peces?

—Nunca, señor—respondió sonriéndose el hostelero;—que ya han pasado las épocas en que los peces se tragaban arenas de oro.

—¡Oh! ¡Es el Destino, es el Destino y

nada más!—murmuró el hidalgo tornándose su faz más sombría.

Hubo una de esas pausas siniestras que tanto favorecen el desarrollo de las luchas morales. Aquel punto de luz que había prendido en la memoria y en el corazón del caballero, iba enconándose por grados. Oyó sin entender las últimas palabras del huésped, y percibió el ruido de sus pasos y vió la especie de relámpago que produjo la puerta al cerrarse, hasta que al fin sus ojos se detuvieron en los de Fortún, que le acechaba.

—¡Hola!—dijo como quien se avergüenza de haber descubierto demasiado su género de reflexiones.—Hagamos honra á la menestra; seor escudero, parece que os permitís escudriñar mis sensaciones.

—Esperaba, señor, á que os dignáseis dar principio á la cena, y deducía que siendo mucha el hambre que teníais, grave ha de ser la preocupación que os asedia, cuando así dejáis vuestro plato.

—Eres adivino, Fortún.

—Quien vive sufriendo la vida y estudiándola á fondo, sabe al medio siglo lo que en ella puede caber. Toda la música son siete notas; todo motivo de un llanto de mujer, es una bagatela; todo hombre que pierde el apetito tan repentinamente como vos, es un celoso.

—¡Fortún!

—Tenéis lo más funesto que puede existir

para vos, ya que andáis entre las perfidias del mundo. Un rostro noble y franco, en que todo se lee. Un rostro así es como los campos, señor, cuando pasan sobre ellos nubes ligeras. Sin esforzarse mucho pueden verse las sombras de los pensamientos que pasan y se van.

—Y... ¿crees que me engaño?

—Señor... sí lo creo.

—El rey me envió al de Navarra hace dos meses, el 6 de Octubre; este anillo tiene la fecha del 20 en su escudo.

—¡Sutilezas de celoso, señor! ¡Triste pasión es esa! El celoso pone al mundo del tamaño que quiere, y reduce la humanidad á tres personas: él, la dama y el amante. Pensad en que hay muchísimas mujeres que pecaban el día 14 de Octubre; pensad en que aquí hay dos cosas ciertas. Una, la indudable, es que el anillo pertenece al rey; la otra, no menos indudable, es que vuestra esposa doña María, de no tener las guardas de su virtud y de su honor, tendría las más sólidas de vuestro castillo y el espionaje de sus dueñas, espiadas á la vez por vuestros monteros y por vuestros pajes y vuestros servidores.

—¿Olvidas que el rey la tuvo devoción?

—Sí; ¡devoción de rey! ¡Brava cosa! Tomad vuestra espada; reflejad en la llama de su hoja el rayo de sol; enviad sus haces de luz deslumbradora á cualquier sitio, y ya veréis como vuestro inquieto pulso no consi-

que fijarlos por mucho tiempo en un solo punto. Ese es el amor, el favor y la piedad de los reyes.

—¡Quizás estés en lo cierto!

—Yantad, señor, y no rindáis vuestro espíritu á las puerilidades de un hombre vulgar. La filosoffa necesaria consiste en saber aprovechar lo cierto, y lo cierto es que nos hallamos aquí, oyendo desde el cálido ambiente de esta cuadra el ruido del ventarrón que gime ahí fuera. Mañana Dios dirá y no será lo peor lo que diga. La señora condesa, al oír ese vago mugido que se desgarrará con ímpetu en las veletas de aquellas torres y en los esquinazos de aquellos muros, suspirará por vos.

\* \* \*

Doliente estaba el rey que mereció tal sobrenombre, pues aunque mozo por la edad, la naturaleza, perezosa con él, dábale achaques rencorosos que apenas le dejaban holgarse con la vanidad de su grandeza. El gótico ventanal mostraba las huellas de aquel eterno llanto de invierno que aterra á las almas de los débiles; en la alta chimena fraseaban hervores de martirio entre lenguas de llamas los viejos troncos, y allá, junto á la cortina de luz y de damasco á un tiempo mismo, una mujer destacaba entre los avaros y

nítidos listones de su capellina la más rica y espléndida belleza castellana.

El rey se llegó hasta la hermosa, con las mechas del encendido pelo sobre los ojos; inclinando el cuerpo bajo el jubón de labrada estofa y modulando sus frases con una de esas voces tranquilas destinadas á extinguirse pronto, díjola:

—¡María! ¡Pobre moradora de este jardín abandonado en que las esperanzas son lirios que mueren en flor! ¡Dulce consuelo de mi alma, eternamente triste como el día! ¿Por qué no me ofreces hoy como otras veces las rosas de tu rostro?

—¡Señor! El crimen es un viento helado que lo apaga todo.

—¿Y es crimen el amor?

—Pues, ¿qué es entonces la muerte del honor ajeno?

—Dicés bien, aunque es triste cosa que nuestros ídolos nos acusen; pero piensa que si alejé á Mendoza, no fué buscando tus hechizos en la impunidad; fué que temía y lo temía todo por ti. Dices bien—prosiguió con voz sorda; — fuímos matándole su honor poco á poco con sin igual alevosía, porque en amor todo es así. Matáronle tus ojos al mirarme, porque encendiste mi deseo; matéle yo al pensar que pudieras ser mía, y los dos juntos al abrasar con nuestro impuro beso, el juramento que al conde diste ante el altar... Pero... observa desde entonces, dueño

mío. ¡Que vivir tan dulce en medio de esta agitación tan siniestral! ¡Cuánta zozobra y amargura! ¡Qué vigilancia la del espíritu acechándolo todo, y qué placer tan inmenso y cumplido el de un rey cuando sabe que hay algo en su persona que no tiene guardas de vista! ¡Oh! El rey es un esclavo de sus grandes, pero el amor se burla de la etiqueta; es libre, juega en la imaginación, juglar de ilusiones y bufón de duelos; salta de la luz de unos ojos, á la púrpura de unos labios, y desde ellos, fiera que nada sabe respetar, baja hasta un corazón y lo destroza, siempre por juego. ¡El amor tiene caprichos infantiles! ¡No sientes tú estos delirios, señora?

—No; sino amarguras y presentimientos desde la hora maldita en que perdí el anillo aquel que era vuestra prenda.

—Bien sabes que revolví palacio y nada pude hallar; pero ¡no importa! hay mil artífices toscanos que labrarán otros mejores.

Sonaba todavía la palabra del rey, cuando llamaron quedamente á la puerta.

—Es mi paje Albar. ¡Ocultaos, María!

La dama se ocultó rápidamente tras del amplio cortinaje y Albar penetró en el sagrado del rey.

—¡Señor!— dijo con segura voz.— Un mensajero acaba de traer este presente que, según asegura, ha de llevar el júbilo á tu alma.

—¡Así sea!—respondió el rey fingiendo

serenidad, mientras destrenzaba un diminuto envoltorio y sacaba de él un anillo con áurea cifra.— ¡En verdad— dijo — que ese mensajero lo fué de dicha para mí y quiero conocerle; hazle entrar!

Desapareció el paje y el rey corrió apresuradamente hacia la joven, exclamando al mostrar la recobrada joya:

— ¡Decid agora si no es el propio Dios quien nos lo envía!

Oyóse un ruido de armas, y entró á su vez el mensajero, que no pudo menos de toser al observar el extremo de una halda de corte que iba á esconderse tras la cortina de damasco.

— ¡Cómo! — exclamó el monarca. — ¡Fortún!

Y elevando el tono para sofocar una exclamación que la dama no pudo reprimir, añadió sorprendido:

— Algo sucede al conde vuestro amo, cuando por acá estáis.

— El conde, mi amo, se halla en Burgos, señor.

La cola del vestido de corte desapareció de repente y un grito, un verdadero grito resonó tras de la puerta que se cerraba; pero Fortún no pareció enterarse. El rey sintió en su rostro el hielo de mortal palidez.

— ¡Que está aquí el conde, dices! — murmuró con voz velada por la cólera.

— No ha entrado en Burgos todavía.

—¡Ah!

—Piensa, señor, que á tu orden, grifos somos con más de águilas que de leones. Dos jornadas trajimos de adelanto, pero en el servicio del rey todo es demora.

—No; ¡si está bien!... ¡Muy bien! Pero tu amo...

—Quedóse en las Huelgas para ver á su tía la Priora.

—¡Mejor todavía!... Mas dime... ese anillo ¿cómo llegó á poder del Conde?

—Lo halló en un pescado.

—Ya sabes — gritó el rey — que con la majestad no hay burlas. El primer personaje de mi antecámara es el verdugo.

—¡Señor! Los hombres como yo no bromean nunca, y así no han de empezar su aprendizaje por el rey.

—Eres discreto.

—Dijome mi señor que el anillo que tiene el escudo del rey y el de Castilla, en manos del rey debiera estar y cuanto antes. ¡Á eso llegué!

—Menguado sería al no darte testimonio de mi gratitud... ¡Hola! ¡Albar!— dijo llamando.—Á este hombre de armas darás cien doblas y dirás á mis ricos hombres que armados con sus armas de honor y llevando penachos y galas como si fueran á recibir á embajador, salgan hasta las Huelgas para dar escolta al conde de Mendoza, que en guisa viene de mensajero real. Bátanle ca-

jas como en nuestro honor mesmo, y cuida de que nadie de tal ceremonia se excuse, so pena de nuestro desagrado.

Arrodillóse Fortún y besó la mano del rey, quien apenas vió desaparecer á los dos personajes, corrió aceleradamente á la puerta y alzó la cortina. Nadie había allí; un tapiz arrollado como huella de algún pie ingravido... un postigo, con el perfume de alguna mano todavía.

—¡Oh!—exclamó dejando escapar un ardiente suspiro de gozo.—¡Ha tenido tiempo de huir!

Poco después, el conde, inclinándose hasta el oído de Fortún, le decía:

—Ya que el rey me agasaja y mientras dure esta ceremonia, irás, Fortún á mi castillo... Mi castillo tiene salas de honor. Como el honor ya no está allí, cerraráslo todo y abrirás el impace de los grandes secretos, ¿entiendes? Allí, sin más guía que tu fidelidad, llevarás á la que fué la luz de mis ojos. Pondrásla un cántaro y un pan... Encenderás la antorcha de agonía y cerrarás el postigo y fundirás la llave, por si la mano sin voluntad osara todavía abrir por última vez aquella tumba...

\*  
\* \*

Preso yace en su castillo el conde de Mendoza. ¡Tal es la voluntad del rey! No

fué el noble de aquellos levantiscos á quienes Enrique *el Doliente* se presentó con su verdugo y que obtuvieron por su traición la real misericordia. Fué el hombre firme que, tomando secreta venganza del secreto agravio, supo velar por su honra vulnerada. La antigua fortaleza eleva á la luz de la luna sus enhiestas almenas; el rastrillo está echado; en la sombra del patio de honor refulgen partesanas y cascos; enciende los huecos de los arcos el fulgor de incendio de las antorchas. El rey recorre el castillo buscando á la mujer á quien ama. Sólo pudo hallar junto al pozo del misterioso subterráneo la túnica que envolvió su hermosura, y vuelve, vuelve con la faz contraída, torvo el ceño, de azufre el semblante, llenos de luz infernal los febriles ojos, y ante el impávido caballero aherrojado contra el muro, dice:

—Bien ficiste ante el rey con lo que has fecho, ya que el honor ni tiene señores, ni rinde pleitesías; pero has ferido el corazón del hombre, y ese no sabe perdonar. ¿Non temblaron las tus manos pecadoras al ferir tan sin duelo en blandas carnes de mujer? ¿Ni el corazón avergonzado sintió piedad? Pues de pedernal ha de ser el mío. ¡Hola, Fortún! ¡Llega hasta aquí! Mucho quisiste á tu señor, pues que yantaste en la su mesa; pero ¡por Dios vivo! que acá la voluntad del rey ha de cumplirse, y traidor serás ante los jueces de Castilla y ante el fuero del sobera-

no, si no hiciéredes lo que en secreto he de decirte, y ello ha de ser el que, partiendo yo, hagais desfilas á los arqueros de mi real guarda ante el conde de Mendoza, y como traidor á su rey, le den poco á poco lanzadas para que el ánima se le escape con gran des-  
pacio, hasta que siendo cada vez mayor y más duro su sufrimiento, Dios se sirva llamarle á sí. Y cuenta de que este fallo se ha de ejecutar tan á escape, que al amanecer, cuando vengan los notarios de mis reinos, han de dar fe de que el frío del cadáver responde á la hora de la ejecución. ¡Albar! ¡Mi guardia! Sepan todos —añadió gritando— que siendo el escudero Fortún guarda juro de mi voluntad, debéisle obediencia como á mí mismo, y de ello respondéisme con vuestra vida.

Inclináronse todos, marcaron las antorchas mil puntos de sangre sobre la claridad azul del campo, y apenas se perdieron en la lejanía, dijo Fortún con fuerte voz, mientras destruía á golpes de martillo la férrea cadena:

—Dijo nuestro señor rey D. Enrique II que así que se fuera, y para mayor recato de su generosidad, se diera suelta al conde de Mendoza. ¡Desterrado ha de ir é sin armas y con mi sola compañía! ¡Tal es su voluntad!

Poco después amo y escudero volaban hacia las fronteras del vecino reino.

—¡Oh, señor — exclamaba alegremente Fortún; — los navarros son más cuerdos que los prohombres de Castilla! Ya nos ve el cielo cabalgando hacia el olvido y el placer.

—¡Ay; no es posible! — respondió lúgubremente el conde. — ¡No se funda la dicha en un sepulcro!

—¡Lo creéis así? — preguntó Fortún mirándole con ojos de malicia. — ¡Bah! Aire son las dichas, barro los sepulcros; no hay que pensar en cosas pasadas. Bufón seré desde hoy de vuestros pesares, y á este propósito acuérdome de que siendo mozo tañí la lira y compuse versos. ¿Permitiréis, señor, que la poesía os divierta mientras camináis?

—Habla, Fortún; dicen que la poesía es mejorana para los dolores.

— Por lo menos, como emplea raras combinaciones de palabras, quita de su dolor al pensamiento. Escuchad.

El escudero reflexionó un instante, aflojó las riendas, afirmóse en la silla, y mirando á su señor dijo con voz doliente:

Congoja tras de congoja,  
lleva el conde á Belforado;  
sudores niegan su hombría,  
su corazón va en pedazos.  
Lutos tiene el entrecejo,  
gesto de martirio el labio,  
y en el puño de su espada

con furor crispa su mano.  
Lleva el conde á su escudero  
lleno de respeto al lado,  
que distancias de linaje  
borra el cariño que es sano.  
Así van legua tras legua  
los dos en silencio andando,  
y así parándose en firme,  
dice el escudero al amo:  
Grande, señor, fué la afrenta;  
duro, señor, fué el agravio,  
mas nada de entrambos queda,  
pues que las culpas pasaron.  
Honrándome, me mandaste  
que la honra tuya limpiando,  
diera muerte á la alevosa  
que holló tu escudo preclaro.  
Diérala muerte sabiendo  
que imperioso era el mandato,  
pero al matarla, mataba  
tu corazón lacerado.  
Á las Huelgas fué tu esposa  
y allí quedó á buen recaudo;  
siendo santa la abadesa,  
pondrála bajo su amparo.  
Más que la sangre, disipan  
las lágrimas los pecados;  
libres quedan tus delirios  
de fantasmas sanguinarios.  
Mandóme el rey que te dieran  
mala muerte sus soldados,  
fué mi corazón martillo  
y tus hierros se quebraron.  
Si mal hice, da la muerte,  
señor, al que fué tu esclavo,

y si no, por las cadenas  
que rompió mi amiga mano,  
dame, señor, para siempre,  
las cadenas de tus brazos.

—Y sí haré—exclamó entusiasmado el conde.—¡Fortún, buen Fortún! Vuela hasta ellos, que nunca fueron unos brazos albergue más sincero de franca gratitud. Dáme la vida, y heraldos de fama mereces que tus hechos pregonen. No sé las andanzas que ha de llevar el mundo, ni si esto del perdón será algún día vergonzosa debilidad ó sabia grandeza; pero lo que sí puedo asegurarte es que agora es delicia para mí y por ello quiero olvidar, y que ambos respiremos este aire que nos trae albricias, bañándonos en la llama del sol que nos fortalece. ¡Sus y á Navarra! ¡Dios sabe, Fortún, que de mí has hecho un hombre venturado!

Y los dos picaron espuelas, y con alegre voz comenzaron á dialogar entre golpe y golpe de los que producían los duros cascacos de sus caballos al hundirse en el mullido polvo.







## LA CAMPANA

---

**A**NDABAN los caballeros estrujándose, vociferando y sin disponer siquiera del espacio que podría ocupar el vuelo de sus capas; los codos eran espolones, las miradas centellas; volvíanse los rostros congestionados de ira, y nuevos empujones los tornaban pálidos de dolor. El ansia de ver borrada la diferencia de clases, llevando á toda la muchedumbre hacia un mismo punto. Era el pueblo, el monstruo que afianzaba sus cincuenta mil patas en el lodo de Amberes y subía como una inundación estirándose á lo largo de las estrechas calles, lamiendo con sus harapos y sus encajes las fachadas de los caserones, acoplándose á los muros dislocados y negros, dando de sí cuanto podía, pero renegando y maldiciendo de la lluvia incesante que levantaba lívidas ampollas en la tranquila superficie del río.

Los puentes sobre el Escalda y sus canales contenían verdaderos racimos humanos; jirones de la plebe llenos de color. Veíanse doquiera rostros abotagados de labios bermejos y ojos grises; papadas sudorosas que convertían en guñapos los sobre cuellos de algodón; caras cónicas de bodegoneros, exuberantes bajo las diminutas gorras; panzas macizas que amenazaban rasgar los coletos de vellorí; dueñas empingorotadas, mozas sin rebocillo, doncellas sanguíneas, blancas y rojas como las Dianas de Rubens; penachos enhiestos que se destacaban como trazos fúnebres sobre el cielo gris; airones caprichosos, cintas de colores vivísimos, plumillas y tocas; narices congestionadas que avanzaban sobre los torcidos mostachos; ojos que brillaban en la sombra, como los de los personajes de Rembrandt; perfiles aristocráticos y caras ingenuas, pletóricas y borrosas, que lo miraban todo sin ver.

Á veces la multitud ondulaba, caía un sombrero y un puño fornido se hundía en la revuelta pelambre que aparecía más allá; á veces también veíase una cara en escorzo y una boca que se abría para lanzar un refunfuño, ó brillaba en lo alto una espada, ó se veían dos cuerpos inclinados para hacerse lugar entre la muchedumbre y llevar á un descalabrado á lugar seguro. Y á este griterío, y á este desorden, y á este rugir del hampa mezclábase el «ohé» vigoroso de los

barqueros que descendían por el río, y el clamoreo de las campanas de la Catedral cuyo ruido aumentaba al llegar la ráfaga empapada en la lluvia.

En frente de la fachada principal de Nuestra Señora el gentío era menos compacto. Lo más notable de la ciudad figuraba allí, ostentándose en primer término los gallardos guardias españoles con sus pomposas fajas y sus sombreros blancos guarnecidos con plumas rojas; los rígidos consejeros con sus capas oscuras que alzaban las tizonas en cuyos gavilanes se apoyaban las manos escondidas entre los encajes de Cambray y en los guantes de ámbar; los nobles más linajudos, con sus sombreros cónicos ó de ancha falda, y los soldados de apostura pretenciosa, que sostenían sus alabardas como si tuvieran en ellas el poder que los había hecho dueños del mundo.

Las puertas del templo estaban abiertas, y en la claridad misteriosa del fondo que mostraban estremecíanse las luces amarillentas de los cirios haciendo resbalar sus reflejos amortiguados sobre un mar de cabezas humanas. En las gradas del pórtico veíanse hasta tres filas de religiosos de distintas órdenes; y en los balcones con barandales de madera, agarrados á las rejas voladas, sosteniéndose en los remates de los guardarruedas empotrados en las esquinas y enseñando sus rostros picarescos sobre los piadosos

*Ave-Marías* que coronaban las puertas, enjambres de chiquillos se dislocaban, se mezclaban como hojas de hiedra y lanzaban agudos chillidos burlándose de los curiosos que aparecían en los remates puntiagudos de los tejados, ó de los semblantes que asomaban por las aspilleras de las torres.

En medio del Escalda, envueltos en las ráfagas del turbión que hacía flotar sus capotillos, firmes en sus lanchones como fantasmas de la niebla, dos barqueros sostenían animado diálogo señalando alternativamente hacia Nuestra Señora y hacia la muchedumbre.

—Si todo el cielo se desgaja—decía el más viejo—no los hará cejar; son lobos carniceros que olfatean la sangre.

—¿Crees que Jacobo tendrá corazón para?...

—Eso no se puede decir; se sale de casa con la mala voluntad metida en los sesos y se vuelve sin sesos siquiera... Pero hay motivo gordo, y además...

—¿Qué?

—Aborrece á los castellanos.

—Á todos los flamencos orangistas nos pasa lo mismo... ¡Vamos, Hand!—dijo el otro apoyándose en su espadilla.—Tú sabes algo; desembucha, y pronto, que la cosa está al caer.

—Lo que caerá será un hombre.

—Dos.

—Justo: Don Fernando y Jacobo. ¡Trizas le harán si no le enrodan! Esa gente, Guillermo, no espera ver la carroza que ha de conducir á los novios, ni á la que traiga al gobernador Requesens, que es el padrino en nombre de Felipe de Austria, el soberano de esos imbéciles.

—Si te oyeran...

—El Escalda es buen amigo de sus barqueros, y nada dice á las orillas.

—Sigue.

—¿Es que no sabes nada? —preguntó Hand á su interlocutor para hacerle desear el relato.

—Poca cosa; vivo en Brujas; mi mundo es el río; nunca sé lo que pasa en Amberes.

—Pero sabes quién fué Tanquelín.

Guillermo se santiguó al oír este nombre.

—¿Por qué te santiguas? —preguntó Hand.

—Tanquelín fué el diablo.

—Hasta que se hizo carmelita... Era tanta su habilidad, que conquistaba á las mujeres fanatizándolas con la música, lo que no harías tú. Pero aquél no mataba... era de Flandes; éste sí, porque don Fernando de Mendoza es castellano.

—¡Don Fernando! ¡El que hoy ha de casarse!...

—¡No basta que el tajo y el fuego devoren á la juventud de nuestro país! —exclamó Hand con voz frenética y pateando sobre la

cubierta de su balsa.—El veneno y el puñal les ayudan... ¡Maldito seas!—añadió, tendiendo su brazo nervudo hacia la ciudadela que recordaba á los orangistas las exacciones del duque de Alba.—¡Sí! ¡Maldita tu execrable memoria. Ese don Fernando es un mozo en quien se encarna el egoísmo más refinado y la crueldad más terrible: es gobernador de Namur: un azote de la ciudad y sus contornos. Allí vivía nuestro compadre Heberg... Heberg tenía su balsa en el río y la dicha en un hogar; una noche, al volver de la faena, halló muerta á su hija Catalina que no había podido sobrevivir al deshonor. ¡Qué quieres! Los pobres somos de barro virgen, corazones sin pulir; pero debajo de esta costra curtida tenemos algo que no tienen los de las otras clases: vergüenza y tenacidad. Se supo de una llave falsa, de unos embozados que vigilaban, de unas contraseñas de luces, y el enano Floston descubrió en su borrachera lo que el gobernador hubiera querido callar. Heberg se escondió una daga en el capotillo y se fué en busca de don Fernando... Y yo vi pasar río abajo el cadáver de Heberg.

—Continúa.

—En Lieja tenía un telar el hombre verde... Tú te acuerdas...

--Ya lo creo... Contaba de noche la historia de Grisón el guerrero, y el río dejaba ver su corriente tenebrosa al pasar frente á los

dos ojos encendidos de la fábrica, desvelada eternamente por el trabajo; en los dos últimos años apenas se le oía, y las ventanas tenían poca luz.

—Es que mermaba su fortuna... Don Fernando le obligaba á satisfacer unos impuestos exorbitantes, inmerecidas multas: la sangre de la fábrica animaba el cuerpo del gobernador, y en el telar las máquinas sin fuerza se movían con extraño zumbido y cantaban también el cantar maldito de la miseria. Los ángeles de la muerte se aposentaron junto á la cuna del único hijo del hombre verde, y los esbirros hicieron de la fábrica su cuartel general. El tejedor tenía un mosquete y mató al hombre que se puso en medio para pedirle no se qué... pero á la media noche su cuerpo se balanceaba colgado de las vigas.

—¡Por San Norberto! Eso va picando en historia.

—Cada paso de ese monstruo ha dejado por huella un crimen.

—Pero lo de Jacobo...

—Á eso voy... Tú conociste la hostería de «Las Tres Rosas».

—Como el gobierno de mi lancha; de allí salió la sublevación de los mendigos, y allí también—añadió lanzando un suspiro—bebían á la salud del Taciturno todos sus partidarios.

—¡Dios le salve!—respondió Hand.—Pues bien; cuando llega de las costas de Holanda

el NE. que hiela, daba gusto meterse en la sala común detrás de los vidrios redondos de su ventana y al alcance de las caricias de su hogar, para oír al viejo hostelero defender nuestra causa. En cierto día como el de hoy, Jacobo se tomaba una pinta de vino melado cuando pararon tres jinetes en la puerta de la hostería y solicitaron aposento. Poco después se calentaban junto á la lumbre, y Jacobo, temblando de miedo, reconocía en uno de los caballeros á don Fernando. Bárbara Leyden, la prometida de Jacobo, era quien les servía la pitanza. De repente don Fernando se levantó y haciendo gala de una osadía indecible quiso cogerla por el talle; Jacobo se interpuso.

—¿Quién eres?—preguntó el libertino.

—El que ha de impedir á vuestra señoría que cometa una nueva locura.

—¿Oís esto?—exclamó don Fernando volviéndose hacia sus secuaces cuya única misión consistía en reír siempre que su señor hablaba.

—Agradece ¡maldito hugonete! el escapar con vida.

—Observad...—gritó iracundo Jacobo.

—¡Insolente!—replicó don Fernando.—¿Tú has visto unidos al murciélago y á la mariposa, ó crees que Dios hizo á la garza real para prenderla á un puerco-espín?

Y dicho y hecho, se adelantó hacia Bárbara con la furia temblándole en los ojos. Ella

dió un grito y escapó. Jacobo se plantó en la puerta con más seguridad que un roble... Pero no te diré más; aquella noche ardió la hostería por sus cuatro costados, y entre los escombros se halló á un hombre casi moribundo.

—¿Era Jacobo?

—Tú lo dices. ¿Sabes lo que juró al sanar? Pues juró, por la cruz de Nuestra Señora, matar á ese hombre donde lo encontrara, aunque fuera en el templo.

—¿Y después?

—Desapareció. Tres años hemos estado sin oír siquiera su nombre... Pero héte aquí que ayer mañana, y cuando se supo que esta boda era de tanto fuste, se oyó en la ciudad un murmullo que en todas partes halló un eco; se dijo que Jacobo cumplirá hoy lo que juró; que varias mujeres le habían visto rondar el mercado llevando en la cara la decisión siniestra de matar y morir.

—¡Bah! Ya sabía yo que todo eso sería chanfaina y no agua de buena fuente.

—Pues esa multitud viene sólo por él; no lo dudes.

En aquel instante los bateleros alzaron la cabeza oyendo un grito de mujer; era una vieja encaramada sobre el parapeto del puente y que, á trueque de la exposición de caer al río, quería ser la primera en anunciar la llegada de la comitiva. Movía los brazos haciendo destacarse sobre el cielo gris las pun-

tas de su mantellina y simulaba un grotesco murciélago que agitara sus alas sin fuerza.

—¡Ya están ahí!—gritaba.—¡Ya están ahí los malditos, los pícaros, los herejes!

Cundió por la muchedumbre un estremecimiento y sonó un zumbido bronco, sostenido; el de la expectación que llega á su mayor grado y quiere imponer el orden que no puede guardar; oyéronse relinchos sofocados y piafar de corceles, y por las bocacalles inmediatas á la Catedral apareció un centenar de arqueros que refrenaban sus caballos inquietos por el ruido y el campaneó, que era incesante; entre aquellas notas metálicas y dominando con su rumor dulcísimo los gritos de fuera, se oyó la voz del órgano que acompañaba los cánticos religiosos. Detrás de los arqueros venía la guardia con el estandarte de Castilla, y después varias comunidades religiosas con cruz alzada.

Los monjes llevaban caídas las capuchas, y contrastando con su aspecto humilde dejaban oír sus preces, que parecían acentos de amenaza; seguía la carroza del gobernador con un tiro de doce caballos, y ésta precedía á su vez á la del novio, que había ensoberbecido los colores de su casa prodigando el oro en flámulas y guarniciones.

Don Luis de Requesens vestía de negro, con suma sencillez, sin duda para imitar á la que hacía tan célebre á su señor y rey.

Descendió el primero y esperó junto á la

gradería. Sonaron los atabales, y muchas cabezas se descubrieron; pero el respeto ficticio que inspiraba el gobernador, quedó ahogado por la admiración que produjeron los futuros esposos.

Don Fernando tendría treinta años y era hermoso como un Antinóo. Vestía de terciopelo grosella con afollados de oro, y llevaba en el sombrero una sola pluma color ceniza, sujeta con un joyel riquísimo.

Su prometida, doña Laura Quiroga de Guzmán, deslumbraba más con su hermosura que con su tocado. Densa palidez cubría el semblante del novio, que no pudo evitar el tender una mirada inquieta en derredor de sí; pero sólo vió sombreros que se agitaban, saludándole, rostros conocidos y manos femeninas que arrojaban á los pies de su amada una verdadera lluvia de flores.

El gobernador y su brillante séquito empezaban á subir la gradería, cuando una exclamación de asombro les hizo volver rápidamente la cabeza. Un hombre del pueblo, saltando como un jaguar, habíase arrojado sobre don Fernando hundiéndole en la garganta su cuchillo.

El caballero cayó rebotando sobre los escalones, quedándose, al fin, con la frente apoyada en la piedra y dejando escapar de su herida un manantial de sangre.

La confusión fué indescriptible; el asesino que llevaba el gorro colorado que distinguía

á los orangistas, se inclinó sobre el muerto contemplándole con gozo bestial; pero al ver un grupo de arqueros que se dirigían hacia él comenzó á subir de espalda los peldaños, tratando de ganar la entrada del templo.

—¡Muera! ¡muera!—gritaban los castellanos en todo el ámbito de la plaza; y á lo lejos, el pueblo de Amberes zumbaba con sorordo clamor amenazando á los arqueros que, sin respeto alguno, precipitaban hacia el pórtico sus caballos. Los nobles que componían la escolta se lanzaron hacia adelante haciendo brillar sus espadas y amenazando con sus puños á Jacobo, cuyo semblante desencajado expresaba su angustia feroz.

Ya uno de los caballeros le había cogido por el tabardo desgarrándoselo y dejando al descubierto la carne destinada al verdugo, cuando un grito terrible, grito de toda una muchedumbre que contempla horrorizada un espectáculo que no esperaba, hizo retroceder á los que se hallaban más próximos. Oyóse un roce inexplicable, un choque extraño, un zumbido como el que pudiese producir un alud rodando al abismo, y luego se percibió un golpe seco que estremeció el piso como si la tierra estallara.

Una mole inmensa, un cuerpo enorme, una campana de Nuestra Señora, desprendiéndose con violencia, había caído sobre los que aprisionaban á Jacobo; éste, arrastrándose como si se sintiera morir, logró pe-

netrar en el templo acogiéndose á su sagrado, y sobre aquella gradería, entre cuyas mellas de granito corría en arroyos el agua de la lluvia mezclada con la sangre y con las hojas de las flores, vióse á los frailes aterrados conduciendo el cuerpo de doña Laura, cuyo vestido blanco lanzaba reflejos sombríos, y á don Luis de Requesens, conternado, trémulo, apoyado en la puerta y haciendo destacarse su figura sobre aquel vapor luminoso destinado á envolver tanta felicidad. Sus ojos extraviados vagaban desde el cadáver del caballero á la campana, en cuyo derredor el agua, ensangrentada también, trazaba dilatados círculos y hacía verdear su ancha falda de bronce como la escama de un reptil. Más que un objeto inanimado era un monstruo, y con sus brazos de madera, tendidos sobre aquellos sangrientos despojos, con sus abiertas fauces entre cuyas sombras se veía su lengua agarrotada, parecía desafiar al pueblo.

La multitud se sintió sobrecogida de temor y de superstición sin límites; sólo la vieja del puente gritaba con frenesí agitándose más que nunca:

—¡Esa es la justicia de Dios! ¡Así morirán todos nuestros tiranos!

—¡Y tú antes que todos!—exclamó un soldado precipitándola en el río.

Poco después el cuerpo de la vieja pasaba derivando, como había pasado el cuerpo de

Heberg, junto al lanchón de Hand. Los dos barqueros se descubrieron respetuosamente.

Hand tendió el brazo hacia ella.

—¡Es la vieja Mulder! — exclamó con acento tristísimo.—Muere como el hostelero de *Las Tres Rosas*, sin ver nuestro triunfo. ¡Guillermo, juremos vengarla!... Mira todos esos rufianes del colete amarillo cómo nos observan desde los murallones. Están frenéticos y pronto sonará en Amberes el toque á degüello... ¡Pero ellos ó nosotros! Deja que ese cuerpo derive... La corriente lo arrastra, lo arrastra hacia donde están nuestros hermanos; no la chupará la marea.

Los bateleros quedaron absortos, con los ojos fijos en el cadáver que se alejaba; durante algunos minutos viéronle inmóvil, al parecer, pero empequeñeciéndose en la superficie amarillenta del río, hasta que tomando un recodo desapareció rápidamente en dirección de Brujas.





## Una aventura de Quevedo.

---

### I

**G**RAN ingenio era menester para habérselas con los muchos que había en la corte; pero Ginesillo el del Arrabal le tenía de sobra, y es lástima que sus hechos y sus donaires, prodigados sin asomarse á la posteridad, no hayan ido á perpetuarse en las páginas de un cronista. No fué seguramente el primer español que habló mal de otro, ni el que mintió más, pero sí uno de los que se burlaron con mejor traza del Rey, del valido, de las mujeres, de los caballeros y de los bellacos. Andaba á la husma de puntos débiles que fustigar, y levantaba con la intención vestidos femeninos y hábitos frailunos, para dejar al descubierto curcunos y roñas que eran, según decía, lo menos malo que de esto pudiera mostrarse, y alababa á los ju-

díos por lo que cobraban, y no de afecto precisamente, llamándolos zahoríes de escudos por lo pronto que los adivinaban y daban con ellos. Componía romances y trovas para uso de galanes enamorados poco expertos en lo de rimar suspiros y lágrimas, y hacía la contra á dos Adanes, al del paraíso y al de la Parra; al uno por ir casi en cueros y al otro por la prontitud y frescura de sus ideas donosas, fértiles y alegres como cigarral toledano.

Y sucedió que en aquellos sagrados tiempos en que los hijos de los ministros no eran ministros, ni los de los poetas, poetas, ni los eunucos literarios pasaban como grandes genios, ni se zurrían celebridades entre banquete y merendona, ni el uso ni la conciencia pública ni el quijotismo de la edad permitían á los audaces monopolizar lo que de hecho pertenecía á los elegidos; sucedió, digo, que la fama del buen Ginés rodó desde el claustro de San Felipe á las gradas; de las gradas á las covachuelas y de éstas á la calle Mayor y entró en la casa de Calderón, que allí vivía, y en la de Montalván, que habitaba en la de Don Pedro, frente al Infantado, y en las de Lope de Vega y Quevedo, que vivían en las de Francos y del Niño, y en el convento de la Merced calzadá, donde cantaba misa Fray Diego Téllez, el peregrino autor de *Por el sótano y el torno*, y penetró en el Alcázar del Buen Retiro en que vege-

taba Velázquez á mesa y mantel, y saltó como cínife tenaz hasta los oídos del rey, y mereció, en fin, que el gran satírico de la torre de Juan Abad le representara en el personaje de Pablillos en *La vida del gran ta-caño*.

No pareció bien á Ginés esta burla, á pesar de lo aderezada que se la dió Quevedo, ni pasó por lo de los calzones de farfulla ni mucho menos por los huéspedes encarnizados que le achacaba, y así resolvió burlarle, dónde y cuando tuviera ocasión, hasta que le escribiera un *Contra Pablos* que dejara bien sentadas su pulcritud y honra.

Desde entonces se dedicó á desesperar al buen don Francisco y á proporcionarle todo género de contratiempos y desazones y seguía á media noche por las silenciosas calles, tratando de ahogar el ruido de sus pasos con el que producían los gruesos zapatos del poeta, y al llegar á las rinconadas tirábale del manteo ó le propinaba con voz chillona un ¡hí... de tal! que le sacaba de quicio, y como á todo esto al muchacho le favorecía la obscuridad y los ojos con marco negro del otro apenas si le servían para hurtar su nariz del encuentro de las esquinas, quedábase Ginés en la impunidad y don Francisco lanzando sapos y culebras por aquella boca maldiciente y nunca cerrada. Otras veces se fingía recadero de hermosuras fantásticas, y siempre de noche y andan-

do delante y tapándose con el ferreruelo para no ser conocido le llevaba á ciertas casas en que, cansado de esperar, tiraba de tizona y armaba estropicios que sólo terminaban con la presencia de la ronda.

## II

Cierta noche en que llovía á cántaros y las calles de Madrid convertidas en torren-teras dejaban ver como fantasmas en acecho los salientes de los muros, desdibujados por las trémulas luces de las hornacinas y los guardarruedas en cuyo alrededor se hacían balsas donde la lluvia resonaba con lúgubre ruido, un hombre, con la capa pegada al cuerpo por el exceso del remojón y las plumas del sombrero colgantes y lacias, subía por la calle de San Nicolás. Era Quevedo que acababa de salir de Palacio y se dirigía hacia la casa de Lope de Vega donde había de reunirse con otros ingenios. De pronto y al pasar por junto á una reja toda en sombra le pareció oír un ¡ce! prolongado, y una voz femenina y fresca díjole al pasar:

—¡Gracias al cielo que se os ve!

—Ojos de lince tenéis, señora, si no os equivocáis y me habéis conocido, que á buen seguro no distinguiría yo un guardacantón de una pulga.

—Pues ya veis que yo distingo en vos esas dos cosas á la vez.

—Sois donosa y tengo miedo de que no seáis linda. ¡Pero juguemos á sabiendas! ¿Me conocéis ó no?

—Mucho, muchísimo, don Francisco; pero la Virgen de la Almudena me valga, que si habláis tan recio fácil será que lo echemos todo á perder.

—En eso hemos de parar —gruñó don Francisco tratando de meter la voluminosa cabeza por entre los hierros y aspirando con fruición el aroma de agua de Irlanda que salía de lo que le pareció perfumado retrete.

—¡Oh, hablemos quedo si queréis!

—Reparad, señora, que mis zapatos son galeones de este mar de que es vuestra ventana el puerto; reparad también en que el agua azota más que el verdugo, y en que la lluvia que á veces debiera subir, cae ahora y de tal modo, que ha convertido mi gorguera en esponja y mi sombrero en canalón.

—¡No sabéis cuán desgraciada soy! —murmuró la dama exhalando un suspiro.

—¡Puede! —contestó Quevedo.

*No eres dichosa mujer,  
mas con ser mujer te basta,  
que la desdicha en vosotras,  
es como el aire, que pasa.*

—Mala noche está de romances.

—Y de mujeres.

—¿Qué sabéis vos?

—Decid; pero ¡por Jesucristo! que me déis albergue—gritó Quevedo pegándose cuanto podía al muro y sirviendo de receptáculo á una inmensa gotera que hacía sonar con triste rumor su sombrero.

—Paso, pasito, que todo ha de llegar.

—Así sea,

—Nací de padres opulentos.

—¿Y hace mucho, señora?

—Veintidós años.

—Empecemos desde el último si queréis, que aprieta.

—No seáis cruel, don Francisco, que sólo vos podéis darme los consuelos que he menester. ¡Que infancia la mía! Seguramente, ni entre lo que habéis escrito, ni entre lo que hayáis pensado, habrá trazas más terriblemente urdidas por la casualidad y el abandono que las que presidieron mis primeros años. Nací, como os dije, y si no lo dije sabedlo, en la ciudad de Barcelona, cuna de muchos é ilustres varones entre los que se contaba el autor de mis días.

—¡Fuego de Dios, señora!

—¿Qué os sucede?

—Que si vienen *raccias* como esta, no creo que podamos salir de vuestra lactancia según el paso que lleváis.

En este instante el vendaval, aullando contra la pared en que el poeta se apoyaba, le cruzó el rostro con hilos de lluvia arrebatándole el sombrero.

Don Francisco rugió, y agitando sus brazos como las alas un vampiro, quiso lanzarse tras el fugitivo que huía calle abajo en medio del torrente, arrastrando sus plumas negras entre las inmundicias de la calle que flotaban con él.

— ¡Teneos, teneos por piedad! — gritó acongojada la voz.

— ¡Pero esto qué es? — respondió iracundo el poeta. — ¡Por Cristo! Señora, ó dueña, ó rodrigón con faldas ó marimacho barbudo, que estáis equivocada creyendo que yo no tengo más misión que la de escuchar vuestro eterno principio ó ser oidor de letanías ó poeta en remojo.

Una carcajada retozona y alegre sonó tras de la celosía.

— ¡Os reís, vive Dios!

— De vuestro humor me río, Quevedo.

— Abrid y concluyamos.

— Pero tened sigilo.

— ¡Hay marido celoso? — preguntó el poeta dulcificando el tono.

— Sí; pero está ausente.

— ¡Ha ido de montería?

— Está en Flandes.

— Pues entonces abrid, ¡vive el cielo!, es decir, abrid por compasión, que tiritó y no parece sino que estoy tocado de alferecía ó frío de terciana.

Abrióse un postigo y una mano muy poco suave asió la velluda mano de Quevedo ti-

rando de ella, y dama y galán siguieron un estrecho pasillo entrando en una habitación que, lejos de ser lo que el poeta había imaginado, no era sino una cuadra sin adornos ni muebles apenas, aposento de hospedería más que de gentes de acomodo y en que lo único bueno que se veía á la escasa luz de una lamparilla de alcoba era el semblante deslumbrador de la mujer. Ésta era ni alta ni baja, ni bellaca ni distinguida, pero además de su hermosura tenía tal gracejo, que hizo brillar intensamente tras de los espejuelos los ojos del poeta.

—¡Oh!—dijo cayendo de rodillas.—Yo os vi en alguna parte.

—Me visteis y seguiréis viéndome, don Francisco.

—Mucho me holgara—contestó Quevedo tiritando de pasión y de frío.

—Estáis trémulo.

—Bien puede ser.

—Tened cuidado y poned el remedio antes de que se os venga encima la calentura—dijo la dama levantándose y haciendo crujir su falda sobre las anchas losas del piso.—Ahí tenéis un lecho; desnudaos y meteos en él, que no quiero que por mí se pierda el hijo favorito de las musas, y perdonadme que os haya retenido así. ¡Es tan raro veros! Y topar con una ocasión como la de esta noche... ¡Mucho tembláis!

—En efecto.

—Desnudaos, don Francisco, y entraréis en calor.

—Vos mientras...

—Os prepararé una taza de orégano, y ya de madrugada, cuando os hayáis repuesto, saldréis de aquí procurando no comprometerme, ¿verdad?

—Por mi honor os lo juro; pero por Cristo, que aceleréis lo de la taza.

—Descuidad—murmuró la dama, y salió.

Quevedo se desnudó rápidamente arrojando sus ropas y su capa mojada sobre un mueble próximo y depositó sus espejuelos sobre una silla.

—¡Pardiez!—murmuró tapándose con la colcha hasta la nariz.—Fortuna te dé Dios, hijo, que camas encontrarás en el camino y bienandanza y amor tierno aunque llueva á cántaros. ¡Ah, mujeres, mujeres!

En esto oyó un ruido próximo al lecho y dijo saltándole el corazón de alegría:

—Voy, señora, á miraros de nuevo, y aún no me habéis dicho vuestro nombre.

Otra vez se oyó la carcajada retozona y fresca.

—Esperad; esperad la taza de orégano—dijo la voz de la dama con lacrimoso acento, y luego otra voz de pavipollo gritó en la obscuridad:—Id á buscar la taza de orégano á la calle de Francos, que allí os la servirá el *Buscón*.

Oir tal Quevedo y echarse fuera de la

cama fué cuestión de un minuto. Lo primero que hizo fué buscar sus anteojos, luego su traje; pero en vez de sus espejuelos hallóse una anteojera de asno, y en vez de la ropa una ropilla desfilachada y unas medias llenas de puntos y unos zapatos en que apenas le cabían los pies, y al verse burlado, prorrumpió en desaforados gritos y llamó á la ronda, lleno de rabia y sin saber de dónde le venía la burla, y acrecentó su enojo un irresistible picor que le encendía el cuerpo, y un ir y venir sobre la piel de pecho y espalda, que no parecía sino que empezaba la feria y llegaban los forasteros, y con esto, y aprovechando lo mucho que quedaba de noche y ansiando vengarse, andando más torpemente que lo que solía, salió y se dirigió á la calle de Francos, haciendo reverencias á las esquinas y tomando las sombras por calles y los guardarruedas por transeuntes, y murmurando sin cesar:

Parióme adrede mi madre,  
ojalá no me pariera,  
que mis deseos y el vino  
son aguados donde quiera.

Llegado que fué frente á la casa de Lope de Vega sintió algazara y risas, y conoció la voz de Moreto, y llamó con saña y penetró como una bomba en el zaguán. Allí estaban Calderón y Moreto, los dos de la misma edad, con el pelo y la perilla negros como el ébano, y el sabio Mira de Amescua,

seco como un récipe, y D. Luis Vélez de Guevara y otros dos ó tres ingenios, amén de Villegas, el viejo Góngora y frey Félix, en quien no se advertía nada de juventud si no eran sus ojos negros y penetrantes.

Sobre una mesa que estaba junto á Calderón veíase un rollo de papeles; pero lo que más estupefacto le dejó á Quevedo fué que frente á la entrada hallábase él mismo; él, con su abundante melena, sus anteojos con montura de concha y su ferreruelo con la cruz de Santiago, y aquel otro él le miraba con su mirada misma y su idéntica burlona expresión, y confundido, y loco, y tomando en serio las cosas por primera vez, murmuró con acento indefinible:

—Señores... caballeros...

Pero no pudo continuar.

119

—Muy tarde llegáis, don Francisco—dijole con cierto reproche cómico Lope de Vega;—acabamos de leer una comedia de don Pedro intitulada «*Antes que todo es mi dama.*»

—¡Fuego de Dios en eso y en lo de más allá, que dispuesto estoy á poner pleito á todo y á todos! Si es que soy quien decís, haganme vuestras señorías la merced de decirme quién es aquel yo que de tal manera me mira.

Y diciendo ésto, hundíase las uñas en las carnes buscándolas entretenimiento.

Todos soltaron la carcajada, y después el

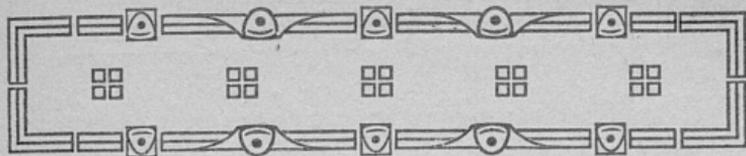


Quevedo apócrifo, quitándose los espejuelos y despojándose del bigote y de la melena, exclamó, dirigiéndose al autor de *El alguacil alguacilado*:

—Yo soy, señor don Francisco, Pablillos el buscón, hijo vuestro y de la taifa de donde me sacásteis con piojos y todo para lanzarme á la celebridad; yo soy quien os dió hisopazos de noche, quien os quitó el manteo, quien fué vuestro correvedile en amores imaginarios; quien se fingió dama y quien os facilitó por fin el lindo traje que lleváis, más que traje ciudad con vías y con habitantes; vos me los achacásteis y yo más generoso, en vez de insectos, os puse en vuestra piel pajas de ortigas, que quien va con hoces vuelve con mieses y no digo más sino que soy, en fin, Ginesillo al que deseábais conocer y que reverencia vuestro ingenio al par que os dice:

«Quien tal hizo que tal pague.»





## Un ardid vulgar de amores.

---

**R**OSALES espléndidos! ¡Primavera viva!  
¡Merced de la tierra pródiga que os da los brazos en sus flores, y en el perfume de ellas su aliento! ¡No podéis quejaros, señora, del gracioso homenaje que os rinde todo, hasta el amor! ¡Cintillos de diamantes eternos os ofrece la noche como una esclava negra que bajara á reverenciar vuestra hermosura! ¡El viento que en el espacio es amenaza, tórnase invisible alcatifa para tenderse con blando ruido á vuestros pies, y hasta mi acento, fuerte y áspero, sorpréndeme por lo dulce y suave al hablaros, que tal sois, que imprimís color á las rosas, galas á la estación, ternura á la tierra, asombro á la noche, discreción al aire y seducciones á la voz!

—¡Arrullos de poeta son esos, don Fadri-

quel ¡Gran lástima que la vida no se componga de madrigales!

—¡Nieve sois! ¡Ya lo veol

—¡Brava cosa fuera el que todas y todos, muy aliñados y gentiles, apareciéramos de jornada en jornada como en las comedias, dejando nuestros estrados y aposentos para salir á la voz del autor de la compañía á decirnos lindezas, sin pensar en cosa mayor, ni en descomponer nuestros rizos ni perifollos, siempre galanes ó doncellas, los labios bermejos, las frentes sin rugas, dulce ó enconado el mirar, las manos de nieve, y el cabello de oro ó de endrino!

—¡Cruel tirana sois!

—¡Siempre tuvo la razón esta clase de tiranías!

—¡Mi señora!

— ¡Poeta que venís á ofrecermel en bandeja de oro un corazón velado por las mágicas galas del ensueño! ¿Qué lograréis si me engañáis y os engañáis al par por padecer los dos la misma sed de amores? ¡Dejad los hierros de esta ventana que, aunque parecen duros al contacto de cualquier lima, en leve polvo se deshacen, y no insistáis, don Fadrique, pues que en ello hay peligro! ¡Hurto este tiempo á la decisión de mi padre, que es terca y firme y no entiende de amores, aunque en tiempo los tuvo por haber sido soldado y poeta!

—¿Lo véis?

—Mas... ¿qué tenemos? La espada tomada del orín, y el cuerpo tomado de la gota, ella en el muro, y contra el muro él, no se separan, amenazando siempre; la una con sus gavilanes grises y torcidos; el otro con sus bigotes blancos y revueltos. En la mesa, de patas retorcidas también, como sintiendo el peso de su mal humor, el tintero de bronce y la pluma de ave, lacia, curva y con mordorra, cual si la pesaran las trovas que escribió, y mirando de soslayo con sus barbas al dueño, como diciendo: ¡Señor! ¿Queréis que escribamos un ¡pésia á mí! ó ¡un voto al diablo! por cada mentira de amor que me pusísteis en los puntos?

—¡Adorable ingenio tenéis!—dijo riendo don Fadrique.

—¡Su hábito de soldado le hace estar en constante alerta, y su condición de poeta en continua malicia, y así es siempre Argos, y nada puede escapar á la diligencia de sus ojos! ¡Leonor! ¿Dónde estás?, dícame con la voz queda si le instiga el cariño; pero, si tar-do en responderle, grita y vota y se encrespan la pluma y la espada, y es tempestad su voz, y al jubileo de sus puños saltan mesa y tintero, y el lebrel se refugia bajo el sitial sin acertar á relamerse de puro miedo: ¡y siempre así!

—¡Pardiez, Leonor! Grandes respetos vuestro señor padre me merece, y á fe que habré de ir á pedirle vuestra mano con ar-

madura y sin espada para que sacie en mí sus iras, y, una vez pasadas, pueda decirme como á vos con la queda voz del cariño: ¡Leonor!... ¡Fadrique!... ¿Dónde estáis?

—¡Burlón os ha puesto el discurso!

—Lejos de ello, estoy pensando cómo os valdréis si es que don Alvaro despierta ahora.

—¿Lo veis? ¡Ni aun vos mismo dais disculpa alguna á mi tardanza! ¿Qué es lo que hacéis?

—Tomad, Leonor, mi espada y pasadme con ella si advirtiérais un asomo de burla en mí... Mas decidme: si ahora despertara... ¡Dad con vuestra respuesta una satisfacción á mi cuidado!

—Puse á la dueña en mi aposento; la habitación está en tinieblas y el sueño transige con disfraces de voz; ¿me comprendéis?

—Si vuestro padre llama...

—Responderá la dueña.

—¡Doña Mencía!

—Dura tiene la voz, pero bien adiestrada está. Aun esforzándose mucho me imitará para decir: «Perdonad, padre y señor, que me eche una falda», y correrá á avisarme.

—¡Si no fuérais el ángel del amor, seríais el diablo del ingenio!

—¡Adiós, don Fadrique!—respondió presurosamente la doncella.

—¿Qué, así me dejáis? ¡No os veo, Leo-

nor! ¡Colocaos cerca y pensad que, más que estos hierros, os resguardan vuestro recato y mi respeto! ¡Dejad que se mezan mis sueños en las blanduras de esta noche serena, embriagándome en la luz de esos ojos que vierten á deshora rayos de claridad divina! ¡Oh, prometedme, Leonor, un amor como el que me consume, pues Fénix es de vuestras llamas y de entre ellas saldrá mil veces por probaros la inmortalidad de mi idolatría!

Cortaron el monólogo de don Fadrique lejanos votos y gritos y golpes, y entonces advirtió que su adorada no estaba ya junto á la reja.

—¡Voto al infierno, digo yo, viejo del diablo!—exclamó el galan dándose cuenta de lo que sucedía y se alejó de allí, y mientras se embozaba en su capa bermeja y se señalaba al pasar por frente al humilladero de la esquina que arrojaba ya su temblor de luz al pleno campo, por ser en las lindes de la calle de Segovia y el Soto donde el solariego casón se levantaba, murmuraba furioso:

—¡Al hierro se le bate con hierro! ¡Tú serás mío, don Álvaro de Fuentesala! ¡Lo juro por el amor de Dios! ¡Mañana se correrán cañas y toros...! ¡Por la fuerza, por la gentileza, por el ingenio ó con todas estas cosas revueltas y el diablo por añadidura, he de vencerte! ¡Vamos á ver á mi amigo don Juan de Tasis!

Así como se decía:

*¡Palacio del Buen Retiro!  
Palacio del Rey Poeta,  
una niña te pregunta,  
palacio galán, contesta,*

hubiera podido decirse:

¡Plaza Mayor de la corte  
que estás de cañas y fiestas  
teniendo en fustes de hidalgos  
edificios de bellezas!  
¡Plaza Mayor de la cortel  
¡Plaza galana, contesta!

Parecía que había ido hasta el mismo sol el señor don Juan de Tasis, conde de Villamediana, caballero mayor del Rey, para transmitirle el decreto de que brillara más, y á plomo caía el buen Febo y rezagón se quedaba en los ángulos donde dejaba sus enormes cuchillas de oro, y á su luz valiente arañaban la pura diafanidad del aire mil resplandores de preseas, de joyeles y dijes y de piedras preciosas y de empuñaduras de espadas, cuyos blancos flameos turbaban la vista.

Las gradas de la Panadería, recubiertas con aquellos tapices que fueron el ornato y la gala del alcázar real, hervían de hidalgos y de damas. ¡Desgajábanse los balcones y andamios de hartura de gente curiosa, y en las graderías del pueblo, y hasta en las últimas talanqueras, donde se descubrían los herreruelos de burdo tafetán y los picos pardos, reinaba una expectación grandísima! Alzábese aquí una cabeza vigorosa, con las

mechas colgando sobre las sienes y los ojos en fuego, pidiendo quimera; al otro lado, el capitán de Flandes, tendido sobre el antepecho, hundía en el mullido bigote los recios pulgares, estimulados los recuerdos de gloria por el fúlgido brillar de la arena; acá, ceremoniosas damas rebozaban, con la castidad monjil de sus gestos, un vivo diálogo de amor; esforzabase tal galancete en enseñar su tahalí de paño de oro sobre su jubón del más sencillo vellorí; pedanteaban los estudiantes, en *sermo nobilis*, lanzándose, al par que sus gorras de plumilla blanca, sus pomposas citas de Cicerón, y sobre aquel estruendo de ola creciente, vago, bronco, apenas contenido por el respeto al rey, flotaban los aromas, perezosos de trepar á los senos azules del aire.

Bajo el balcón real, en el sitio acotado para la nobleza, veíase á don Álvaro Fuentesala, con los bigotes menos revueltos, humilde la tizona, cuyo recio puño parecía reflexionar en las mudanzas de la vida, y las manos largas y amarillas de prior, sobre su báculo de cedro. Jovial y sonriente, tornaba la faz ante su hija, haciendo moverse al hablarla, con juvenil desembarazo, la negra pluma de su sombrero.

Abriéronse, por fin, las altas puertas rojas que daban al arco de Toledo y por ella entraron los hidalgos que habían de correr las cañas y alancear los toros. Gracia te hago,

lector, al llegar aquí, de las minuciosidades de esta fiesta, mil veces descrita con fechas y datos y motivos de su celebración. De ella quedó como recuerdo, punto de oro arrinconado en la memoria de los que vieron tal hazaña, el capotillo de púrpura de un paje atrayendo hacia su señor la atención de un toro; el gallardísimo jinete que lo esperaba; una luz muy fuerte del día, vertiendo su esplendidez sobre los lomos de un caballo tordo con cabos azules en las crines y penacho corto de hilo de plata; el jinete con traje blanco y afollados azules y sombrero negro, con gran pluma también azul, sobre unos cabellos como sonrosados de puro rubios; una corveta; un alarde de agilidad; una cuchilla, que fué un rayo, y una explosión de gozo delirante.

Y allá se fué el don Fadrique ante el don Álvaro, que sin sospechar el motivo que á tal saludo y á tal ceremonia le obligaban, mostróse cortés y admirado del vencedor, mientras Leonor se encendía en el Etna de su amor naciente. Y cuentan las crónicas que el viejo, actor de carácter al fin en aquella breve comedia que iba desarrollándose al par de otras tantas, llegó á cazar con el fiero halcón de su mirada el rubor de la hija y el gesto inteligente y gracioso del caballero que murmuraba:

*Todo lo puede el amor,*

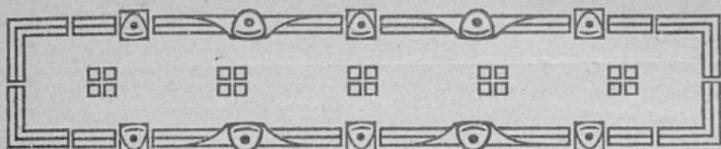
mientras don Juan de Tasis, que pasó mal-

humorado á su espalda haciendo rebrincar y quejarse á su potro entre la presión de las nerviosas piernas y los desgarrones que le abrían en el vientre sus espuelas de oro, mirando airadamente al balcón de la Casa Panadería, refunfuñaba este título de otra comedia calderoniana:

*¡Fuego de Dios, en el querer bien!*







## La comedia en Aranjuez.

---

**A**UTORICE, señor, vuestro real sello este despacho, y lo demás es cuenta mía, pues ya parece harta mansedumbre el tolerar que histriones y faranduleros se desmanden así zahiriéndolo todo.

—¡Muy mala voluntad los tienes!

—Mejores son los cofrades de la Garduña; que esos, á lo menos, no dan en la sátira.

—Esgrime un arma igual.

—¡Señor!

—¡Quizá no puedas; es difícil tener ingenio, pobre Olivares, y Dios no suele conceder ese gran dote á los ministros!

—¡Es verdad! Díósele por completo á don Luis de Góngora.

—Y á otros que olvidas.

—Y á don Agustín Moreto.

—Aún hay más.

—Y... á Quevedo.

—¡Á tenazón te salió el nombre! Pero... aún hay otro.

—¿Don Pedro Calderón?

—¡Dios te tenga en su santa guarda, como descaminado vas!

—Confieso...

—¿Y yo, pardiez?

—¡Hubiéralo dicho vuestra majestad! Yo no cuento á mi rey en el número de los ingenios, porque estando sobre ellos, tiene el de todos.

Mordióse el rey los labios y replicó en tono desabrido:

—No parece, duque, sino que de algún tiempo á esta parte, buscando vas aquello que más pueda caer dentro de los términos de mi desagrado.

—Señor, otra fué mi intención, y ruego á vuestra majestad que me perdone.

—Lugares y cosas sobradas existen—repuso el monarca—que puedan entretener á mi justicia; pero eso de llevar un candil para topár histriones y faranduleros como dices, que no son carne de galeote, en vez de buscar algo más ajustado á razón, como sería el prender y aun entregar al Santo Oficio ladrones, salteadores y sacrílegos de los que al templo van á citas y otros menesteres que me callo por respeto á la santidad destos sitios, más que espíritu de justicia parece antojo pueril de *un quien todo lo puede*.

—De atajar eso y todo se trata...

—Embárguente los cuidados del Rosellón y las sutilezas del cardenal de Richelieu y las continuas quejas de mi hermana la reina de Francia, y deja que expansione mi espíritu, desmedrado ya para todo lo que sean cosas del mundo, en mi corte de poetas y comediantes... Mira, Gaspar: la sangre es una gran fuerza reveladora, y yo siento que á medida que la mía se apaga, van tomando vigor en mí el misticismo de mi padre y la taciturnidad de mi abuelo, y así no pienses que lo de los poetas es mi gala, sino mi distracción. Plácenme las agudezas y aun las cortesanas de Moreto, porque las dice tan bien y se inclina tanto, que no sé que es más, si el gozo de verle ó la gloria de oírle. Quevedo tiene para mí el raro mérito de ser un gran pecador de mentiras que pasan, así como tú eres un gran pecador de descabros que quedan. Don Pedro Calderón es la misma severidad...

—Eso está bien.

—De los cómicos, poco puedes argumentarme: todos los del Corral de la Pacheca son buenos cristianos á pesar de la farsa.

—¿Y Alonso Colmenares?

—¿Negaréis acaso su ingenio?

—No... Pero...

—Un solo defecto tiene.

—Á eso voy—respondió el de Olivares con viveza, sin ver que á la espalda del rey

se agitaba demasiado deprisa para que fuera el viento el causante, uno de aquellos tapices de los Gobelinos que constitufan la riqueza más suntuosa del aposento real.

—Es muy frío—repuso el rey—para expresar los afectos de odio y amor.

—Pues sucede lo contrario cuando en el sigilo de su cámara y delante de amigos que juzga leales, se dedica á copiar mi traza y mi modo de andar, y mis gestos y mi voz, y todo.

—¿De veras?—preguntó el rey con aire de candorosa ingenuidad, mientras se escapaba de sus labios una sonora carcajada.—Pues habrá que verle con la corcova que te da la costumbre de ir inclinado, con tu gesto de vencedor, tu gran belfo y tus bigotes cercenados en el sitio en que empiezan á florecer.

—¡También se burla vuestra majestad!—exclamó el favorito con amargura.

—¿Yo? ¡Dios me libre!—prosiguió el rey con seriedad cómica.—Y tan es así, que puedo jurarte por el amor de mi ferreruelo, que si en la función que ha de darse en Aranjuez con motivo de mis cumpleaños no finge bien los celos que son el resorte más saliente de la nueva comedia que escribo, te le abandonaré á su suerte. Hasta entonces, olvídale.

Y Felipe se levantó, mientras Olivares, después de inclinarse profundamente, salió

de la cámara real, diciendo para su ropilla:

—Pues cátrate que ya es mío; que es más fácil el morir y resucitar, que dar talento á un cómico que no lo tiene.

En esto sonó tras el tapiz una voz campanuda que tuvo el privilegio de llenar de alegría los ojos del rey.

—¡Quevedo!— exclamó, viendo asomar una cabeza que parecía una explosión de cabello negro y que se alzó enseñando una fisonomía abierta y ancha, á que daban apariencias de causticidad los colosales redondeles oscuros que delataban la miopia del poeta.

—¡Señor!— dijo.—Mi amigo el conde de Haro me escribe que los tercios españoles han sido derrotados en Ulm.

Quedóse el rey perplejo, temblón, con la palidez de la muerte en el rostro y la mirada vaga.

—¿Cómo?— murmuró.—¿Y Olivares nada sabía?

—Hay que disculparle, señor; ¡es ministro!— respondió bondadosamente Quevedo.

## II

El Tajo mugía á lo lejos y las frondas del bosque temblaban con suaves murmullos. Era noche de amor aquella, y de los oscuros cenadores de los jardines y del fondo entenebrecido de los oteros, atravesados qui-

zás por misteriosas hadas y lúbricos faunos, parecían escaparse suspiros y frases que velaba el continuo lamento del río entre los sauces. Á un lado alzábase el alcázar proyectando en la obscuridad su negra mole recargada de jorobas y torrecillas, y en cambio, en la ancha alameda todo era luz y rumores, danzas y júbilo: vagaban sin cesar caballeros y damas, ellos con sus gruesos bucles de oreja, sus capillas de corte, sus trajes afollados con cuchilladas de oro, sus sombreros con ricos penachos y sus gorgueras de Alençon, y ellas despojadas de su manto de gran casquete, con sus guarda-infantes y y sus altísimos peinados partidos por mitad en preciosos rizos que desaparecían ante los lazos y los joyeles. El monarca y las demás personas reales recibían el tributo de la admiración oficial, y se veían filas de cabezas que se inclinaban, y oíanse murmullos de veneración para la reina, para la infanta, para el príncipe, para todos.

Don Gaspar de Guzmán tenía también su pequeña corte, que aplaudía todos sus actos de gobierno. Moreto danzaba de un lado al otro dando disposiciones, y allá, en el interior del escenario, los comediantes de la Pacheca disponíanse á representar, bajo la dirección de Alonso Colmenares, la comedia de *Un ingenio de esta corte* intitulada *El mercader de Toledo*.

El menos avisado hubiera podido obser-

var que junto á Colmenares aparecían y desaparecían como sombras personajes de aspecto patibulario, golillas y subalternos que discurrían desde el escenario hasta la orilla del río para cambiar, con otros que allí esperaban, misteriosas consignas.

Á veces oíanse golpes sordos y cruzaban el sector de luz las falúas reales, que traían nuevos grupos de caballeros y de embozados.

Quevedo penetró en el escenario y buscó á Colmenares, sujeto de su especial predilección y que conversaba en aquel momento con su mujer, la Bárbara Barajas, mientras los artífices y mozos de telón daban los últimos toques á la escena.

—¡Dios guarde á vuesa merced, don Francisco!—gritó Colmenares con júbilo al divisar al autor de la *Vida del Gran Tacaño*.

—¡Él os colme de suertel!—respondió el poeta.—¿Estáis sobrado de ánimo?

—Desmayo, señor, cuando me veo delante de la corte, y parece que los brazos desvaídos se me escapan á lo largo del cuerpo, sin voluntad ni acción.

—Pues cuenta con ello. Ya sabéis que el conde-duque acecha, y si en el entremés no prestáis vigor á la jácara y poesía y bríos al personaje de *El mercader*, tened por seguro que con el cuerpo dais en la cárcel de corte donde estudiaréis otros papeles... que no serán ciertamente de enamorados.

—¡Oh, señor don Francisco!—replicó entonces la Bárbara.—¿Y el rey?

—Básteos esto: si luego no atináis, estáis perdido.

—¡Dadme algún consejo!

—Más vale que os preste alguna ayuda—dijo Quevedo en tono distraído.—Id, id—añadió empujando á Colmenares,—que yo me daré traza para burlar al conde-duque.

En seguida se llevó aparte á la mujer y la preguntó sigilosamente, con gran misterio:

—¿Es vuestro marido celoso?

La Bárbara se ruborizó.

—¡Cuernos del diablo!—dijo vivamente Quevedo.—Daos prisa, que se avienen mal el tiempo y los dengues. Oid; ya están dando las diez en el alcázar.

—Pues bien, sí—respondió la pobre comediante,—muchísimo, señor, y tanto, que no permite que toque las tablas con los pies, ni dé mano á galán, ni alce los ojos.

—Este es mi Argos.

—¿Qué dice vuesa merced?

—Nada: que pase lo que pase, y si queréis salvar á vuestro marido, no os mováis de la primera caja de la derecha, ni os sorprendáis de nada.

—Así lo haré, señor.

Retiróse Quevedo, y apareció el rey seguido de sus cortesanos, enterándose minuciosamente de la disposición de la escena. Poco después dió comienzo la farsa, y Colmena-

res, con gran alegría del de Olivares, empezó á vacilar; las frases de pasión que dirigía á la sin par Astrea, se escapaban trémulas de sus labios. Decía «Ven» y sus brazos permanecían muertos. Aquel gran técnico teatral no sentía el soplo del Arte. Sucedió á la del amor una escena de celos, y el cuerpo siguió inobediente á la voluntad. Por todas partes sonaban murmullos de desagrado, y el rey deseaba entregarle cuanto antes á las iras del conde-duque, cuando la situación varió por completo. Tornóse Colmenares iracundo, magnífico, soberbio, rugió, acomodó sus pasos á la energía de la palabra, alzáronse sus brazos en fervorosa súplica ó en terrible ademán de amenaza, y un aplauso entusiasta apagó un momento los rumores del Tajo y los murmullos de las frondas. ¿Que había pasado? Fijo Colmenares en su mujer mientras decía sus desmayados versos, había visto avanzar cautelosamente al bueno de don Francisco hasta tomar la mano de Bárbara, que se la abandonó lánguidamente. El poeta olvidándose, al parecer, del sitio en que se hallaba, resguardándose él y resguardando á la cómica detrás de un bastidor, la dirigía palabras de ternura, y más deprisa que con los conceptos íbase con las manos, mientras Colmenares decía

*Fiereza me dan los cielos  
para morir ó matar;  
dar la vida, sólo es dar  
el infierno cuando hay celos.*

provocando aquella tempestad de vítores que antes dijimos.

Cayó el telón, y el comediante se fué derecho hacia el poeta, que le esperaba sonriéndose.

—¡Mucho me debes, Colmenares!— díjole.

—¿Qué?—respondió el otro atónito.

—¡Esta era mi traza! Si no galanteo á tu mujer te prende el conde-duque... ¡Y aún no me lo agradeces!

En el espíritu de Colmenares, que al fin se dió cuenta de todo, sobrevino una reacción benéfica, y exclamó humildemente:

—¡Gracias, señor!

La Bárbara, entonces, miró á Quevedo con ojos encendidos y murmuró también:

—¡Gracias, señor!





## Puntillos de honra.

---

(Á mi amigo D. Luis Criado de la Hoz.)

**E**L caso era durísimo, porque había necesidad de contárselo todo, y á pesar de su aire bonachón, su rezo continuo y los *Agnusdéis* que llevaba colgados del cuello, era mucho hombre el demandadero de las monjas vallecanas.

¡Qué tarde tan triste! El sol retiraba su pálida luz de los tejados del viejo Madrid, señalando todos los defectos de aquel oleaje petrificado y sucio de casas viejas y de patios hediondos, en cuyos remates se veían ventanas oscuras como las de las cárceles, agujeros, cortaduras ruinosas que marcaban el trazado de calles y plazas, palomares azules y rejas de guardillas, en las que el viento hacía flamear trapos multicolores, surtus y basquiñas y pañales y calzones viejos.

Todavía quedaba mucho de poético en

aquel mundo especial del crepúsculo, en aquellas chispas de oro que el sol dejaba en las vidrieras lejanas y en las altas cruces de las torres; pero todo iba decolorándose y hundiéndose en el vaho cárdeno del anochecer. Cerca y lejos tañían incesantemente las campanas, y Ascensión hubiera podido distinguir, de hallarse en otro estado de ánimo, cuáles eran las de las monjitas de los Ángeles, las de las monjas de la Baronesa, las de las de Constantinopla, y cuáles también los sonidos de la campana rota de los padres Agonizantes de Atocha; pero entonces hallábase abstraída, muda, inclinada hacia adelante con graciosa actitud en su silla de paja, las manos juntas y el seno mullido y libre de la pegajosa cotilla. Aquellos ojos, negros como las aceitunas de Córdoba, seguían con mirar distraído un rayo de luz que, penetrando por el ventanuco, se doblaba en el muro frontero, acariciando los cuadros de avisos trazados por su señor padre, que era también memorialista.

Allí, orladas con marco de papel azul, veíanse tablillas hechas con magnífica letra española y tinta parda: «*Quien haya perdido una hebilla de oro junto á la Soledad...*» «*Quien desee compañero para silla de posta...*» «*Quien quiera adquirir un manucordio..*» «*Un mozo avisado solicita acomodo. Sabe escribir y algo de barba y no tiene reparo en comprar...*» «*Señora de circunstan-*

*cias desea colocarse con señor sacerdote ó persona de suposición».*

Pero la joven delectaba cien veces aquello sin darse cuenta de lo que hacía. Su pensamiento la llenaba de crueles zozobras.

¡Con qué inquietud miraba hacia la puerta de cuarterones cada vez que sonaban pasos en la escalera ó se producía en el silencio ese ruido precursor de la hora en su viejo reloj de pared! Esperaba á su padre. No podía más: necesitaba que alguien supiera su terrible desgracia, su deshonra en fin. ¿Cómo empezaría? El señor Gabriel, cuyo carácter rígido no le había permitido salir de su doble oficio de demandadero y memoria-lista, no toleraría una falta de tal magnitud.

Pero ¡no!, ¡no podía llegar aún! Había ido á llevar bizcotelas al señor duque del Parque, y de Lavapiés á la calle Ancha había paseo de largo, eso sin contar con que el demandadero era tardo de pies y listo de lengua, y más se hubiera él olvidado de la bula de la Santa Cruzada que de echar algún parrafillo en la tienda de andaluces de en frente ó con el rapabarbas de la esquina.

De pronto se oyó retemblar todo el tramo y rodar por los escalones algo que botaba al caer, y se percibieron gruñidos y algún «¡Anda con Dios!», y luego golpes en la puerta.

Y salió la muchacha y se encontró con su

padre, todo congestionado, pateando con furia unos bollos convertidos en migas y contemplando con ojos feroces una enorme cesta de mimbres que había ido á parar contra la pared del tramo inferior y allí se enseñaba avergonzada y rota, como una criatura que espera el castigo.

—Pero ¿qué le sucede á usarcé?—preguntó Ascensión sobresaltada.

—¡Ya diré á Sor Luciana que me mande con bizcotelas otra vez! El señor duque estaba de montería en El Pardo con el rey nuestro señor, y como las madres me dijeron que había de entregárselo en propia mano y no era cosa de ir al real sitio y presentarse con la cesta detrás de un chopo para decir: «Esto traigo de parte de las buenas madres vallecanas», tornéme á casa todo corrido y avergonzado, porque ese cesto, que más que cesto es un tamiz, iba derramando la azúcar, y las gentes parábanse al verme, y entre zumba y dale volvime, y subí y tropecé y di en el suelo, donde los bollos, por ser de las monjas, sintiéronse humildes... y dijeron ¡pulvis sum! y se hicieron polvo... Y no digo más, sino que más vale que ello sea cosa de harina que de honra, ya que esto al fin tiene sustitución.

Estremecióse la muchacha oyendo aquello de la honra, y sin saber ni lo que hacía cogió la escoba y empezó á barrer la escalera. El señor Gabriel sentóse delante de su

mesilla, una antigua mesa de petitorio con cajón largo y chirriante al abrirse, del que sacó un tintero de estaño, dos ó tres plumas de ave y algunos pliegos de papel, y luego de calarse la gafas redondas y de armadura recompuesta, murmuró entre dientes:

—¡Es mucho hombre este diarista de don Preciso!... Pero más valiera que escribiera mejor, que á ojos cansados como los míos, letra engurumiñada y al caer de la tarde no les está muy bien.

—Déjese vuesa merced de escribir ahora, padre y señor—dijo la joven, que había vuelto junto á la ventana y sacudía una sábana vieja para disimular el llanto.

—¿Y mañana ó esotro nos desayunamos con nísperos?

—¡Dios proveerá!

—Bien estaba eso cuando Moisés andaba por el mundo; pero en Madrid y en los tiempos que corren, más vale un toma que dos te daré... Luego—prosiguió combando la pluma sobre el papel para hacer un trazo magnífico—hay que pensar en cosas graves, que yo no estoy muy allá, y fuerza es que pienses detenidamente en la coyunda del matrimonio.

—¡Tiempo hay!

—Eso decía aquel á quien iban á ahorcar, después de rezar el credo.

—Soy demasiado joven...

—Así has de ser para el mercado del ma-

trimonio; que viejas y pobres... ¡ni el diablo carga con vosotras!

—¡Me da lo mismo!

—¿Piensas pasarte la vida en este palomar, ó salir año tras año con la señora Mónica para hacer aquí una novena y rezar un credo acullá, siempre entre maitines y tómporas, cuándo en Santa Ana ó en el Carmen, ó barrer la escalera cantando lilailas del tiempo de la Marizápalos? ¡No y cien veces no, y á cada edad lo suyo! Y si antes te prohibí que anduvieras en trazas de amores y admitieras misivas con corazones rotos y palomas tristes, hoy que ya tienes edad te lo consiento, ¡fréjoles!, te lo consiento todo, siempre que sea á la vista del padre y se distribuya el tiempo de estar con el novio entre labores y pláticas honestas, hasta que llegue el día de hacernos felices á dos hombres: á tu prometido y á mí.

Silbó la pluma sobre el papel y sonó un sollozo. El viejo levantó la cabeza mostrando sus ojos atónitos á través de los espejuelos.

—¿Lloras?—exclamó levantándose.—¡No te entiendo!

—¡Ay, padre, padre mío!—gritó la joven echándose de rodillas y abrazando las no muy seguras piernas del señor Gabriel.—¡Padre mío, perdón!

—¿Y de qué he de perdonarte?—preguntó el demandadero con voz trémula.—¿De qué,

desdichada?—prosiguió con acento más trémulo todavía.—¡Oh!—gritó de pronto con rabia.—¿Será posible? Levántate, Ascensión, mírame, mira á los ojos de este hombre que no ha podido ver una vileza sin castigarla... Dime, ¿tengo razón para pensar mal?

La joven siguió sollozando.

—¡No!—continuó el pobre padre.—Satanás me tienta para que no piense lo que es debido, y yo te estoy atormentando... Levántate, hija mía, levántate... ¿Te ha sucedido algo con gente de la vecindad? No lo extrañaría, porque la del pulidor tiene envidia de todo el mundo, y la rabricortona del sotabanco no es de lo mejor en su clase. ¿Es que te entristece estar sola? ¿No viene doña Mónica por aquí?

—¡Ojalá no hubiera puesto jamás los pies en esta casa!

El señor Gabriel debió presumir al cabo toda la verdad. Como la noche había caído por completo se fué hacia la cocina, y metiendo entre las brasas un papel doblado lo puso junto al mechero del velón soplando con fuerza hasta que logró producir la llama. Á cada soplido brillábanle los espejuelos y el nacimiento de la empolvada peluca, dándole el resplandor aquel un aspecto diabólico. Luego, con tardo andar y no sin algún traspiés que otro, colocó el velón sobre la mesa, con la pantalla hacia el lado que pensaba ocupar, y fué á sentarse en el viejo si

llón, apuntalando el cuerpo con sus brazos sin fuerzas.

Su hija no lloraba ya. El viejo había tragado la píldora, y ella preparaba en silencio las armas que esgrime la mujer después del llanto: la resignación ó la astucia.

—¡Bueno!—dijo al fin el señor Gabriel.— Quiere decirse que esta casa, donde anidaron la honra sin mancilla y la pobreza bendita de Dios, fué profanada por ucé; quiere decirse que el pobre viejo que iba por esas calles, temblón y ahito de penas, á buscarse un mendrugo para él y su hija á quien creía un ángel, ha servido de espantajo y burla, y que los trisagios eran supercherías, y que la mujer á quien dió abrigo al calor de su confianza era un áspid que había de morderle en el corazón, y que su hija, su único regalo en la vida, era una pelafustana sin vergüenza ni dignidad...

—¡Padre mío!

—Lo fuí, y hartó me pesa... que no se echan las ilusiones por la ventana tan pronto como fuera de desear...

—¡Perdonadme!... Yo explicaré...

—Un marido celoso—rugió el viejo, transfigurado y fuera de sí—mata por defender su decoro... ¡Un padre á quien se burla y se abandona, se aleja de su casa, y muere!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Dios fué de la mujer hasta el pecado!

—¡Y después, cuando la perdonó!

—¡Si hubiera estado en mis circunstancias, no lo hubiera hecho!

—¡Vea ucé que blasfema!

—¡Es verdad!... Pero en sesenta años de amargura, se puede permitir un hombre ser malo alguna vez... ¡Ella no tiene veinte y ya lo ha sido!

Un nudo de pena cortó la voz del viejo. Ella lo aprovechó para empezar. ¡Qué voz la suya! ¡Qué maullido de gata en mimo! ¡Qué inflexiones tan suaves! La pecadora arrepentida y la madre futura mezclaban en un solo acento el ansia de la persuasión.

—¡Si viera ucé, padre!—aquí dió un suspiro muy hondo y muy prolongado.—¡Si viera ucé lo que he llorado entre estas paredes, frías como mi alma y desnudas como mi pensamiento, y lo que he sufrido pensando en el tremendo disgusto que le había de dar, y las luchas que he sostenido y las veces que he tenido que rezar para que Dios me quitara la tentación de tirarme por esa ventana!... ¡Si ucé se diera cuenta de esto, no tendría más remedio que perdonarme!

El señor Gabriel hizo un movimiento en sentido favorable á su hija, pero se contuvo, y metió un dedo bajo las gafas para limpiar los lagrimones que le cosquilleaban en los párpados.

Ella seguía sentada en el suelo, amparada por la sombra de la mesa, sin dejar otra cosa

expuesta á la luz que sus cabellos negrísimos primorosamente trenzados.

—Íbamos á los trisagios del Olivar... es cierto... y rezaba, rezaba con fe para que el Señor nos sacara de este mal aprieto de vida... ¡Y allí estaba él, siempre él... acechando mis movimientos, adivinando dónde iba á poner mis miradas para conseguir que se encontraran con las tuyas! Yo no hacía caso, y así un mes, y otro, y la señá Mónica contándome al oído que si tal cosa, que si tal otra, que si estaba por mí hasta cegar...

—¿Y por qué su señoría me callaba esas cosas?

—Por miedo, señor padre, porque me dijo la señá Mónica que estaba ucé amenazado de alferecía.

—¡Miren la comedianta!

—Luego...

—¡Cállese, ira de Dios!—gritó el pobre hombre asustándose de la confesión que iba á oír.

—¡Si no fué nada!...

—¿No fué nada y resulta tanto?... ¡Ya os lo dirán de misas á vos y á la beatona de vuestra acompañante! ¡Por bruja pasará en burro todo Madrid, mientras ucé llora y yo ando en lenguas!... Pero... ¡no será así!... ¡No, y cien veces no!—gritó el viejo paseando como podía de un extremo al otro de su reducido desván.

Ascensión lloraba que se deshacía, y á

cada pausa el viejo iba dulcificando su tono.

—Cría cuervos y alimañas asquerosas que te roan el corazón, y luego... ¡lágrimas! y después algo que corone la obra; una enfermedad que nos parta... ¿Cree ucé que con lágrimas se arreglan las cosas? ¡Antes lo hubiera visto!... Si el que tiene la culpa soy yo, por fiarme de esa vieja que tiene tan malas intenciones como púas en la sotabarbal ¡Ea! ¡He dicho que basta de llorar!... Hecho está lo hecho y no tiene enmienda... ¡Ahora es cosa de hombres! Iré á ver á ese currutaco y le diré: «Demandadero soy, pero fueros de dignidad tengo y es preciso que esto se arregle y se dé lo suyo á cada cual como corresponde á un hidalgo.»

—¡Si no es hidalgo!

—¿Pues qué es, entonces?

—¡Mancebo de una lendrería!

—¡Malas liendres le coman!... ¿Y es posible que un vendedor de lendreras tengo tanto poder en la mirada?... Lo mismo es, puesto que ha de reparar mi honor.

—¡Ay, padre, que no puede ser!

—¿Emigró á las Indias?

—¡Ha muerto!

—¡Vea ucé lo que son las leyes del honor, qué no tienen previsto este caso! Y ahora ¿á quién exijo yo que me repare la honra? Perdida está, como las bizcotelas de Sor Luciana; pero en fin; ¡qué le hemos de hacer!... ¡No llores! Viviremos como podamos... ¡Más

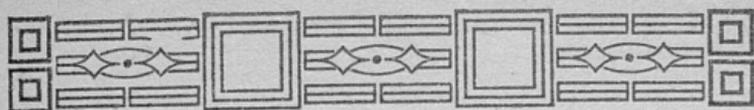
no hiciera tu madre!... Nos mudaremos al Barquillo, donde nadie nos conozca, donde podamos decir que eres, si viene el caso, ¡hasta la viuda de un oidor!... Y trabajaremos... trabajaremos...

—¡Yo, yo sí, aunque me muera... por lo que nazca y por ucé, padre de mi vida y de mi alma!

—¡Así seremos felices! ¡Ea, venga un abrazo! ¡Y á ver si te cuidas y comes y te dejas de amargaras!.. ¡Voto á bríos! ¡Pues no faltaba más! No hagas caso de lo que te dije; tu hijo será hijo de su abuelo, y Sor Luciana lo meterá por el torno para comérselo á besos, y lo llevaremos en las Minervas vestido de San Juanito con su borrego al lado... Sí; Dios hizo al hombre y á la mujer, y los dos juntos hicieron y deshicieron la honra... Pero en los pobres son ridículos esos puntillos. ¡Cristo, estoy contento! He perdido la honra, pero os tengo á lo tuyo y á ti.

Dijo, y se abrazaron llorando de felicidad.

El velón brillaba con doble fuerza, y la luna, paseando su hinchado disco por el cielo sin nubes, mostraba con su luz plomiza los tejados como diciendo: ¡Aquí también son felices!... ¡Y aquí! Y se oía el maullar de los gatos y el sonido intenso de la campanita de las monjas vallecanas que, interpretando, sin duda, los deseos de las buenas madres, parecía decir al demandadero con su repique continuado: «¡Bien, bien!»



## Quien quita la ocasión...

---

**B**RILLABA el sol con fuerza, reflejándose en las blancas paredes de la casa y dibujando en el fondo del soportal la sombra de los gruesos pilares. La pared tenía dos huecos, y eran las puertas de la abacería y la del parador. La una con tres escaloncillos para alcanzarla, hechos con cal y ladrillos puestos de canto y desgastados por el uso, hojas de cuarterones resquebrajadas y cancela de pino sin pintar; y la otra destartada y con mucha luz, y con guardacantones empotrados en el suelo, torcidos y llenos de oquedades, á los lados del dintel. Tenía el primer piso ventanas con rejas voladas y medias celosías y enredaderas, y de los extremos de la fachada salían dos muros altísimos de un corral que circundaba la casa y que adolecía de tanta altura por

tener poquísimo que guardar, ya que en su interior sólo había tres carrascos, unos cuantos montones de estiércol y algunas gallinas. Levantábase el edificio en el campo de las Vistillas, y competía en gozarlas con el real palacio, pues no tenía ante su fachada más estorbo que el horizonte de los Carabanchales á un lado; al otro el límite azul del Guadarrama, manchado con las brumas del Norte, y á sus pies el soto entre cuyos árboles se enredaba una estrecha zona de neblina que venía marcando desde las estribaciones de la sierra el pobrísimo curso del Manzanares.

Aquel soportal era mesón y tienda, menidero y solana, asiento constante de vagos y lonja de esquila. Veíanse allí continuamente mulos con arreos de camino y el saco del pienso colgando del hocico, atados á las argollas de los postes; jumentos inmortales á pesar de las mataduras, y cuyos rebuznos y revuelcos eran la desesperación de las viejas por el ruido que turbaba sus murmullos y el polvo que se producía.

En un lado relumbraban las tijeras de los esquiladores, distinguiéndose en otros montones de harapos que, después de muy vistosos, mostraban ser faldas de comadres. Oíanse voces tomadas por el aguardiente y tacos y refunfuños, y algunas saluciones hechas de mala gana, y se veían por doquier bocas hendidas, barbillas rugosas que habían sido

de mujeres y que tenían á la sazón pelo de barba; manguitos anémicos por lo perdido que tenían el color, manos como ganzúas, sillas con asientos de orillo y canastos vueltos del revés, donde se aposentaban las que teniendo escasas posaderas se avenían á casarlas, que no era poco. Aquí, una mujer ventruda sobaba y resobaba con su peine de cuerno las pocas crines que aún conservaba la momia que tenía delante, y que cabeceando á un lado y otro se hacía la ilusión de que sentía los tirones; allí, una especie de furia de labios remangados, boca sin dientes y con el pañizuelo grasiento atado por detrás y sujetando guedejas de pelos lanosos, pegados para siempre por el sudor de toda la vida, pugnaba por despegarse los párpados á fuerza de babas; otra, César de aquel senado, hacía conquistas en su propio cuerpo matando enemigos voraces, y por todos lados colgando como racimos de las columnas ó en cuclillas junto á las basas, veíanse enjambres de viejas que hacían calceta, escondiendo entre la plata de su pelo ó entre las redecillas, las largas agujas que brillaban al sol; y en el fondo y en el dintel, oscilando, gesticulando al murmurar y hablando mucho como si pensaran en que la eternidad les había de sellar muy en breve la boca, se veían á un tiempo mismo y en el mismo rayo de sol, cabezas ensortijadas y llenas de muge, caras lacias y tristes, colgajos de pelle-

jos, facciones horribles, ojos saltones y hundidos, barbas desiguales y dientes verdosos.

Pero el regidor de aquel cotarro era el señor Blas, el de la abacería, conocido por *el abuelo*, poseedor de noventa años y que se pasaba los que iba viviendo haciendo guñifaditas al sol mientras éste se mantenía en el horizonte. Sentado en un sillón monacal con respaldo de cuero de Córdoba deslucido, cubierto con un casacón que conservaba aún en los faldones restos de bordados que en tiempos remotos simulaban flores, y abrigado con una capeja tornasolada por el tiempo, gozaba de aquel día de Diciembre, oyendo contar cuentos de Navidad á los arrapiezos y hablar de la sopa de almendra á las mujeres y ponderar las excelencias del cascajo y de las aceitunas.

El señor Blas era padre de una hija de quien se decía que nadie podía decir nada, lo cual hablaba muy alto en pro de sus virtudes ó de su cautela. Era la tal, cincuenta, mas por haberse conservado célibe, tenía un buen ver, y unos ojos expresivos y grandes. Pero dejemos esto y digamos que cuando estaba en su auge la tertulia acercóse al vejete un hampón y le habló al oído; alegróse la fisonomía del viejo, y la del joven se puso más socarrona, pero nadie advirtió el caso, ni pudo oír este diálogo que se cambió en voz baja:

—¿Y es esta noche cuando ha decidido venir?

—¡Sin falta!

—Ponle tropiezos.

—El alcalde de casa y corte don Frutos Medinilla es testarudo y difícil de convencer. Burlé á muchos; pero aseguro á ucé, que cuando la mano de éste cae sobre el cuello, no suelta la hopalanda. Contraje con él deudas de grillos que ahora vengaré, y por favor lo hago y ucé no me ha de dar las gracias siquiera, que pagado estoy con haberme escondido cuando se clavaron en esa puerta los corchetes; conque ojo avizor y á temblar menos de pie y de mano, que su honra se halla en entredicho y esta no es ocasión de alferecía. Á la noche, mientras crezca el burdel y Madrid cene y zumben los panderos y la majería del contorno vaya á la misa del gallo que costea en San Andrés la señora duquesa de Alba, el alcalde Medinilla vendrá como zorro astuto á rondar vuestro gallinero. Conque abuelo, ¡arriba el ánima, que asan carne!

—¡Mira, hijo, que con que seas mudo me basta!

—Cuenta me tiene, que ni siquiera estoy bien con el Santo Oficio y al buen callar llaman Sancho; y ahora importa que me retire, que tengo avisperos y catarro á la vista y me molesta el sol.

—¡Dios te guarde, hijo!

—Antes me guarde Él que la ronda. Conque á las once...

—¡Descuida!

Hundió el mozo en las faltriqueras las manos recomidas de sabañones, y mostró al volverse las espaldas deslucidas de su casaquín y su redecilla parda de borlón y su monteruela con ribetes y cabos de piel, y su alejé echando vaho, como si en lugar de estar helado pretendiera caldear la atmósfera, y el viejo se quedó en su constante actitud, siempre guiña que te guiña los ojos, y hundido en el sillón como un despojo puesto á calentar á los rayos del sol de invierno.

\*  
\* \*

—Créeme, hijo, que tan confuso estoy en este laberinto de ideas que provocan mis esperanzas, que no sé como agradecerle lo que haces por mí, y eso que si á gratitud vamos, es más larga tu cuenta, y á buen seguro que te llegará ocasión de caer en mis manos, que no hay perverso que se escape del juicio de Dios, ni caco á quien no llegue la jurisdicción de mi vara. Anda y guíame, que hoy no soy alcalde, ni llevo ronda ni he menester más que tu apoyo y mi decisión. De mozalbete adoré á Manuela, la hija del señor Blas, el abacero, y logré su correspondencia, pero no sus favores, que honrada ha sido, es y será, aunque un mal pensamiento

y ese diablillo tentador que de continuo atosiga á la mujer la haga mía esta noche. La primera ocasión que se me presenta de lograr mis deseos es al cabo de cuatro lustros; ya ves, ¿no hubiera sido mejor á los veinte? Hoy, sin embargo, tengo sesenta y cinco y mi lozanía es muy grande, ¿no es cierto, hijo? Tú dirás si no parezco todavía un joven.

—Créame usía, que en toda la corte del rey nuestro señor Don Carlos IV, no hay un galán que se parezca á vuesa merced, sobre todo de noche. Anda con tal seguridad y pisa tan fuerte, que á no ser por el báculo en que se apoya y esa maldita costumbre que usía tiene de andar corto y de sacar la espalda, nadie diría que pasaba de los veinte, y luego el garbo con que se echa la capa, sin que le cuelguen por delante las puntas de los embozos, y la voz dulce, que más hecha está para hablar con damas que con alguaciles, son cosas que seducen, y no digo á la hija del señor Blas el abacero, que después de todo es una maja, sino á la mismísima duquesa de Alba, si se topara esta noche con vos.

—¡No creas!... ¡no creas!...—exclamó el viejo deteniendo el paso, irguiéndose y volviendo la luz de la linterna hacia su cara carcomida por las viruelas y angulosa y lacia.—Aquí donde me ves, he tenido más duquesas en mis redes, que penados una galera.

—Nadie lo duda; pero yo que vuesa mer-



ced me quitaría esos quevedos que le desfigurán la cara y le ponen diez años encima.

—Tienes razón, y cuenta que no es por miopia por lo que los llevo, que bien pudiera contar las chinas que hay desde aquí á la tienda del abacero.

Diciendo estaba el alcalde lo que antecede, cuando dió un tropezón y cayó á lo largo haciendo trizas la linterna. El truhán no podía contener la risa, pero importándole seguir la farsa, se limitó á decir:

—Ande vucencia, que no quedó por embustero, porque aquel tropezón no fué en china, sino en pedrusco.

—¡Vamos, vamos—gritó con impaciencia y todo corrido el alcalde,—que la noche pasa y el relente es frío como la hoja de un puñal milanés!

Y embozándose en su capa y siguiendo el punto de luz que el mozo le marcaba con su farol de sacristía, avanzó renqueando y embebido en sus lúbricos pensamientos.

Doblaban entonces por la esquina del palacio del Infantado, y al desembocar en las Vistillas notaron cierta claridad que hacía innecesaria la luz del farol. El cielo estaba cubierto de nubes blanquecinas tirando á rojo que anunciaba una nevada próxima, y el frío era tan intenso que no bastaba para resguardarse de él todo el paño de Alcoy.

Á lo lejos se percibían rumores confusos y por las entradas de las calles vecinas al

monasterio de San Francisco desfilaban de vez en cuando procesiones de luces, á cuyos fulgores se percibían grupos heterogéneos de mujeres embriagadas y hombres que golpeaban con furia los panderos, y se vislumbraban á trozos algún sombrero portugués, alguna capa grosella, algún detalle, en fin, de aquella majería que burlaba el frío rondando por los alrededores de San Andrés mientras llegaba la hora de la misa del gallo, á la que habían de asistir la duquesa de Alba, don José de Toledo, el Príncipe de la Paz, y hasta se murmuraba que también iría de incógnito la reina María Luisa. Ello es que en el alcázar dieron las doce, y que el griterío fué creciendo, y que se vieron pasar algunas sillas de mano, conducidas por lacayos cubiertos de pieles, y que al fin la explanada quedó silenciosa como un yermo. El alcalde y el mozo, que no necesitaban esconderse, llegaron al soportal y allí el vejete dijo con la voz trémula de impaciencia:

—¿Qué señal es la convenida?

En aquel momento brilló una luz en cierta ventana del primer piso.

—¡Ahí la tiene vuesamerced!

—¡Es ella!

—Es Manuela quien la encendió.

— No hay tiempo que perder.

—Sírvase usía quitarse la capa y cuanto le pueda estorbar, que yo lo cuidaré como si fuera mi fe de bautismo.

Medinilla entregó lo que se le pedía y tuvo hasta el valor de dejarse al descubierto la peluca y entregar al mozo su sombrero de tres candiles.

—¡Voto al chápiro! Si no fuera porque uno es joven todavía... ¿pero cómo he de subir si no veo saliente en el muro?

—Está previsto — dijo el hampón alargando la mano junto á la pared, y no sin esfuerzo enderezó una larga escalera que hizo descansar sobre el adarve.

—¡Arriba, señor de Medinilla, y buena suerte— exclamó entonces con voz de envidia,—y no le arredre el frío á vuescelencia, que en su cuarto tiene la que va á visitar, una buena copa de lumbre y varias de vino de Arganda, además de algunos fanales y golosinas que yo mismo traje!

El sexagenario se encaramó por los escalones queriendo lucir su agilidad y tropezando á cada momento, hasta que al fin se colocó á horcajadas sobre el caballete.

El hampón retiró entonces la escalera y dijo:

—Al otro lado hay otra igual; pero... ¿y los doblones prometidos?

—¡Canalla!— exclamó desde su altura y en voz baja el galanteador.—¿No estás bastante pagado con servirme?

—Bien vendida esta capa y este sombrero, diciendo de quien son y en qué ocasión los recogí, pueden valer hasta cuatro maravedises.

—¡Ah! ¡Hijo de mala madre! ¡Tu caerás entre mis garras!

—¡Corchete Medinilla—dijo entonces en alta voz el galopín:—á mi padre, que era un tercero honrado, le hiciste pudrirse en los sótanos de la cárcel de corte, y á mi madre la echaste como carne de rueda al Santo Oficio porque daba las cartas y ayudaba á las grandes señoras en todo aquello que les parecía bien ocultar! Yo soy Zoilo el del Pasadizo, á quien no conociste y que mil veces te hizo temblar. ¡Corchete correvedile de justicia, quédate ahí, y feliz Nochebuena!

Y el mozo se alejó riendo á carcajadas, no sin dar un silbido que chocó extraordinariamente al viejo. No comprendía bien que el perillán con arrebatarse sus prendas se vengara de todas aquellas cosas que había dicho; buscó la escalera zarandeando el pie que daba hacia el interior, y al fin tropezó con ella, y ya iba á colocarse sobre el primer peldaño, cuando creyó ver moverse con demasiada pereza un bulto en el corral. Sintió que tiraban del armatoste que entonces era su salvación y un acento temblón gritó entre la sombra:

—Alcalde Medinilla... después de treinta años te llegó tu ocasión...; pero quien quita la ocasión .. quita la escalera.

—¡Vive Dios! ¿Qué hace el que sea? ¿No ve que soy más carámbano que alcalde?

—¡Estuvierais... en vuestra cama y no sen-

tiriais el frío... Bajad como podáis, alcalde... que quien escala huertos ha de saber como los baja... y si caéis de cabeza mejor, que más alto caisteis cuando se os ocurrió tal pensamiento. ¡Adiós, seor Medinilla, y feliz Nochebuena!

Quedóse el desdichado sin conciencia de lo que le pasaba; vió apagarse aquella luz que había sido para él una promesa misteriosa, y entre la obscuridad de arriba y la de abajo, sin que un ruido llegara hasta él, sintió que sus miembros se agarrotaban. Quiso gritar y la lengua haciéndole traición permaneció muerta, y aterrado entonces y sin orden los pensamientos, vió de lejos aquellas ventanas de su Madrid, rojizas aún como bocas de horno y alegres como luminarias de bodas, y después no vió más, y cuando albo-reaba y á través de los festones de niebla brillaron los faroles verdosos de una ronda, pudo distinguirse la figura de Medinilla, rígida sobre el caballete del muro, con las manos apoyadas en él y con las piernas dobladas como si estuviera espoleándole.

Quedáronse absortos los alguaciles contemplando aparición tan extraña, hasta que uno de ellos, el más animoso, viendo que el hombre no respondía á su voz, subió hasta él y le colocó su linterna junto á la nariz.

— ¡Nuestro alcalde! — exclamó consternado.

Efectivamente, allí estaba Medinilla, ó me-

jor dicho, lo que quedaba de él, en la más espantosa actitud; tenía la peluca echada hacia atrás, y los ojos, que habían sido verdes, torcidos y sin expresión. Surgió el conflicto, avisóse á otra ronda, llegó un alcalde más cuerdo que lo había sido Medinilla, y decidieron arrancar al viejo del muro, y puesto que debía haber subido allí por su voluntad, echar tierra al asunto y al difunto y decir que la muerte le había sorprendido en el cumplimiento de su deber.

Y lució el nuevo sol, y volvieron las viejas á la solana y á su sillón el abacero, y cuando éste oyó comentar el caso y decir que el alcalde había nacido para más altos fines, ceceando y con voz de malicia, dicen que dijo:

—Pues fin más alto que el que tuvo no pudo tener.

Y siguió haciendo guiños al sol y torciendo la cara á un lado y otro mientras rebujaba entre las manos su largo pañuelo de hierbas, como esperando pacientemente el turno de seguir al alcalde.







## El barbero de las Vistillas.

---

### I

**H**acia la mitad de la calle de Don Pedro, y como si se fuera desde el campo de las Vistillas á Puerta de Moros, á la derecha y remetidas en el soportal de una de aquellas casas contemporáneas del Zurdillo y Peruchó, veíanse dos puertas bajas con vidrieras de vidrios pequeños y muy emplomados y cancelas de pino. Sobre una de ellas distinguíase una bacía muy brillante, lema de las barberías de antaño, como la rama de olivo lo era de las tiendas de aloja, y sobre la otra veíase, á vueltas de fijarse mucho, un cartel amarillento en el que el señor Lesmes ofrecía el modesto auxilio de su pluma para escribir cartas y memoriales.

Era el barbero Francisco Rendueles un mozo de pelo en pecho según se decía por el barrio, airoso de talle, no escaso de esta-

tura y que tenía negros los ojos, ancho el comienzo de las patillas, larga la boca, y un aspecto de gracia y fuerza tal, que su tipo se entraba por la puerta grande de la simpatía en viéndole por primera vez.

Además de barbero, actuaba como picador del señor Joseph Hillo, cuando el célebre sevillano toreaba en Madrid; pero cuando andaba por Sevilla ó Ronda, Rendueles se atenía á su oficio, y con él y con su Cayetana, que era más limpia que el aljófara y una real hembra por añadidura, vivía tan satisfecho y feliz. Adolecía, sin embargo, de cierta debilidad nuestro picador, como era lo de creer tanto en su gloria, que, según su criterio, toda la gente que iba á su tienda á rasurarse buscaba con disimulo únicamente la ocasión de ver cómo tenía aquel émulo de Juan López la cara, la nariz, etc., y sobre todo la mano, aquella mano con que castigaba tanto á los toros y se los despegaba tan bien, y que con la navaja, en cambio, no se sentía. Ahora, que las malas lenguas del barrio no estaban conformes con el criterio del picador, asegurando de tapadillo que la coquetería de la Cayetana la barbera era lo que llamaba á la gente.

Lo cierto es que á esa hora en que el sol de invierno amarilleaba sobre las calles del antiguo Madrid, cuando tras de la sosieguilla de la siesta y después de la maciza comida de las doce, nuestros antepasados salían

á lucir sus casacas, á estirar las piernas ó á facilitar la digestión, caminando hacia la huerta de los Jerónimos que entonces constituía las afueras, las alamedas del Canal ó las Vistillas; á esa hora, decimos, la barbería se llenaba de barbudos dispuestos á descañonarse ó de tertulianos y clientes de aquellos que caían en las tiendas á no dejar sino su conversación, más pesada á veces que la campana mayor de Toledo.

Allí podía verse á don Fuencislo de Ibarroqueta, ex alcalde de corte, adelantado de Indias y de vientre y oidor, aunque sordo, de los Tribunales del Reino. Parecía abrumado por la casaca y el reuma, y no obstante, tenía por prurito piroppear á las mujeres y decía estar encorvado de lo que le pesaba el gracejo; allí concurría de igual modo don Fernando Pimentel, traductor de Horacio, especie de Comella lírico, que había sufrido varias penas inquisitoriales por sus poesías, y con razón; dos ó tres venerandos vejetes de rancio abolengo y crecido peculio, unos cuantos guardias de corps y una porción de prohombres y lechuguinos de casaquillas con demesurados faldones ridículos, sombreros apuntados, calzón corto con cintajos á la francesa, peluquines raquíuticos y caras tersas y adobadas y con más polvos que una carretera en la canícula.

También solía acudir un señor de color atezado, buenas carnes, rostro de mal humor,

muy viril de rasgos y algo desnivelado de cejas, que era un pintor célebre ocupado á la sazón en inmortalizar con admirables frescos los muros de la Casa Panadería. Aquel personaje, amigo de casi todos los toreros de entonces, entraba, saludaba cordialmente á Curro, daba sus treinta cuartos y desaparecía. En cierta ocasión, sin embargo, y á una hora de la mañana en que Rendueles se hallaba solo en la barbería, entró y habló con él gran rato. De lo que trataron nada se supo entonces ni aun hoy, en que tan descaradamente se supone lo que no pasa.

Algún puntillo de honra se debió tocar; eso sí; el bueno del pintor debió convencer al barbero, su tocayo, de que no era precisamente la fama del picador lo que le traía parroquia, sino cierto tufillo de hermosura que trascendía por toda la calle.

Al retirarse el artista, Rendueles penetró en la sala donde se encontraba su mujer y hubo allí tempestades de celos, caricias rechazadas, relámpagos de odio y, por último, calma, ternura, abrazos y trama de una conspiración horrorosa cuyos resultados habían de verse aquella misma noche. Cayetana enseñó á su marido, absorto y pálido de coraje, multitud de cartas sin abrir del Adelantado, del Canciller, del poeta, de los guardias y de los boquirrubios y... hasta estampitas de los vejetes. Era la clientela en masa dedicada al género epistolar y que no había encontrado

consecuencia en la curiosidad femenina. Cayetana entregó á su marido los documentos amatorios, y después de ser leídos y glosados con ternos y enriquecidos con apostillas de amenazas, el matrimonio se dedicó á una tarea misteriosa; salían al patio de corredores, visitaban comadres, despedíanse, tornaban á entrar, y á la postre quedáronse tranquilos como los generales que, ya maduro el plan y preparado el ejército, esperan el momento de entrar en batalla.

## II

Y era á la mañana siguiente de suceder lo que se ha contado cuando á cosa de las nueve se abrió la portezuela del memorialista y salió el señor Lesmes todo presuroso á colocar sus muestrarios de letra, vestido á medias, con su casaca de figurón deslucida y gruesa, los calzones con las hebillas sin trabar, arrugadas las medias de estambre y á medio hacer la trenza de la peluca.

Como tenía los ojos apretujados por el frío y el sueño y además casi en carne viva, ocupóse un momento en acabar de despegarse los párpados con sus manazas llenas de sabañones, cuando una voz fresca y varonil salió retozona de la barbería entonando la copla siguiente:

Ya no hay lunes sin toros,  
 Cuerpo sin sombra,  
 Procesión sin tarasca,  
 Baile sin mozas,  
 Ni vino añejo,  
 Que anime más que animan  
 Tus ojos negros.

—¡Bien por el vecino!... ¡Caraspia!—gritó el tío Lesmes sacando del inconmensurable fondo de su bolsillo dos quevedos redondos como ojos de buho y colocándoselos apoyados en la punta de la nariz.

—¿Le gustó á usiría la manchega?—dijo Rendueles apareciendo.

—Y mucho; pero... ¿adónde va su mercé —dijo haciendo aspavientos con los brazos —tan garrido, con su calzón azul, su casaquilla de alamares, su faja de color de cereza y su cofia y su sombrero nuevo y su capote de lamparilla? ¿No afeita hoy? ¿Va vuesa merced á contrata ó anda de jonjabeos con alguna damisela de pergamino?

—Voy á pedirle á ucé un favor.

—Cincuenta maravedís le pedí el otro día y *entoavía* no se ha servido pedírmelos, ¡y eso sí que es favorecer!

—¡Bueno! Agarre ucé la pluma, que voy á soltar pronto el mirlo por si se me va de la idea lo que quiero decir.

—¡Andando!—gritó el tío Lesmes alzándose los quevedos, hurgándose de nuevo los sangrientos párpados y sentándose ante su mesilla, no sin echar á un lado y otro aquel

raudal de tela que constituían los faldones de su casacón.

—Antes que todo, tío Lesmes, ha de hacerme la caridad de guardar el secreto... Ucé ya sabe que por ahí se murmura de la Caetana.

—¡Lenguas viperinas, tío Curro, pa ensalmarlas con aceite hirviendo que es óleo de brujas! Las hay en toas partes, y ó matar ó dejar. Pero ¿quién cree en cotorreos si conoce á ese granito de sal con basquiña que usiría eligió por mujer? Yo, á punto fijo, no sé si se hacen lenguas ó no en tal ó cual respectivo, ni si se dice que la gente que viene á que usiría la descañone viene por tal ó cual, que aunque mi oficio es de tan trae y lleva, mi sopón diario me ocupa más que los chismajos de corredores. ¡Puercas! ¡Y son las de la casa de Ginesillo, enjambre de corcovadas y malas gentes, que no mandan escribir una carta... ni se las ocurre un mal recado!

—¡Bueno, tío Lesmes! Cierre ucé la boca y sagandungué usiría la péñola.

Echóse de codos el torero sobre la mesa sujetando el vuelo del capote con airoso ademán á la cintura, y se puso á pensar mientras el tío Lesmes se entretenía en mojar y en remojar la pluma ó en remediar como podía los muchos picores de su cuerpo.

Por fin su letra igual y gorda manchó el papel, emborronando hasta veinte pliegos,

que fueron encerrados en sus correspondientes sobres.

Las cartas contenían citas de amor para aquella noche, é iban dirigidas á todos los que el bueno de Rendueles había creído sus admiradores. Sorprendióse mucho el memorialista al escribir el nombre de don Fuen-cislo, y mucho más al ver que en las dos cartas que el barbero había dictado se sobre-entendía que la que citaba era la mujer; pero pronto fué puesto al corriente, y entró á formar parte de la conjura.

Pasó el día con sorna, cayó la tarde, llegó la noche y no á gusto de todos, según costumbre, y empezaron los escasos faroles de aceite á parpadear como ojos de vieja en angustia, brillando por las encrucijadas de la villa y corte, quizás para hacer más medrosa la obscuridad que reinaba en ellas; oíase de vez en cuando allá junto á los dislocados aleros una voz chillona de bruja gritando: «¡agua va!», y el chaparrón de aguas mayores y menores que seguía después, el andar presuroso de un transeunte, los pasos de una ronda, el silabeo de dos amantes en las tinieblas, ó el prolongado aullido de los gatos, entregados á la violencia de su pasión.

El patio de la casa en que habitaban el torero y el tío Lesmes parecía completamente tranquilo; sobre las bandas de yeso con pasamanos de madera verde, la luna llegaba á iluminar algunas mantillas de bayeta ó algu-

nos calzones puestos á secar; en el fondo de los corredores se veían las puertas, esos nichos que tienen los pobres antes de ocupar la fosa común, cerradas herméticamente; ni un punto de luz de candil disipaba la hipócrita obscuridad, ni en el fondo del patio se oía otro ruido que el gorgotear de una fuente y el crujido de las mandíbulas de algún perro que roía los pedazos de suela que dejara el zapatero remendón.

De pronto chirrió una puerta y entró en el patio un hombre que llevaba una linterna sorda; se oyó otro ruido, y una voz de mujer exclamó en voz baja: *¡Imprudente! ¡Apague usiría esa luz que me pierde!* Muchos cruji- dos sonaron después y otros tantos resplandores fueron apareciendo y extinguiéndose, y la mirada penetrante de una persona puesta de bruces sobre el barandal del primer piso habría visto deslizarse en la habitación del barbero por la puerta excusada la sombra de don Fuencislo, la de los guardias, las de los boquirrubios, etc., todos por supuesto sin verse y como quien va á un crimen sin sospechar una encerrona.

De repente, y como antes los cruji- dos, oyóse un ¡ay! y luego muchos, y después, cual si las vomitase el infierno, de todas las puertas, de todos los corredores, salieron espantosas algarabías; el rumor más acentua- do era el de los cencerros y el de los almire- ces; las hembras sacaban fuera de los baran-

dales los velones de cuatro mechas para observar lo que abajo pasaba gritando: ¡dale! y ¡toma cotufas!; y abajo había una de chapinazos y bramidos que daba gloria. Don Fuencislo, huyendo, fué á dar con el reumático cuerpo en el pilón; el poeta graznaba mientras un herrador de la guardilla le ponía las espaldas en regla, por haber sido precisamente las reglas lo que más había despreciado; los currutacos corrían sin aliento, como caballos sin jinetes en el fragor del combate, y Rendueles, garrocha en ristre, picaba sin piedad en los costillares ó atizaba estacazos á diestro y siniestro.

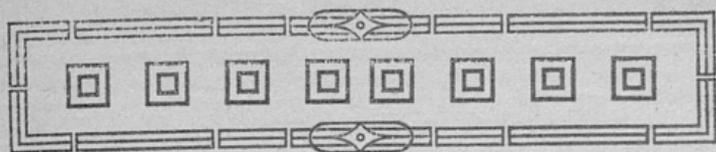
Pronto el escándalo fué monumental; forzóse la puerta de la calle, procurando cada cual poner á salvo su reputación con la huida, y al fin jurando unos, espantados los otros y magullados todos, se perdieron en las tinieblas, mientras las carcajadas atronaban el patio.

Calmóse al fin la agitación y entonces el tío Curro y Caetana se retiraron á su cuartejo. Juró el hombre no raspar más piel que la de los toros, y ella entre mimo y caricia le hizo pensar en que á los hombres les convenía olvidar más frecuentemente á su soberbia que á sus mujeres, y enlazándole al cuello los brazos desnudos para hacerle sentir más suavemente su calor y sonriendo con astucia y subiendo y bajando el pecho más, mucho más que lo que le hacía bajar y subir

su respiración anhelosa, deslizó una palabra en su oído y le lanzó una mirada llena de luz, arrobadora, insinuante, esa que lanzan las mujeres cuando desean que tengan sus mimos unas consecuencias dulcísimas.







## LOS CELOS

---

**L**ISO, mayordomo del señor de Perales, tuvo celos de su mujer. Noña y gastada era su edad, corta y curiosa la de la cónyuge, y así, á medida que á ella se la iban agrandando los ojos por el ansia de ver, á él se le tornaban más chiquituelos y avizoradores, que el espíritu, cuando va perdiendo la opulencia de las energías y se reduce á su buharda, vuélvese regañón y hosco y sutil, y anda á caza del delito ajeno, siempre metido en cábalas de ideas maliciosas.

Por su parte hubiera suprimido la humanidad, sobre todo á la humanidad aquella de lentejuelas y espadines y sombreros apuntados y de medio queso y de corazas y de chaquetillas y de robustez y brios y de fisonomías bellas y lánguidas que llevaban suspiros de amor prendidos á los labios, y ma-

nos llenas de ímpetu para mantener con la espada sus deseos y pasiones.

Doblegado bajo el casacón de color de pasa, consejo decentemente vestido, seguía á su mujer aburriéndola. ¡Que esto! ¡Que lo otro! ¡Que la perdición anda á la vuelta de cada esquina! ¡Que no vale llorar cuando no hay remedio! ¡Que el honor y la castidad y la decencia! Total, que tanto encareció estas prendas á la cuitada y tanto la aburría con su torna y dale, que ella sintió el más férvido deseo de perderlas una á una ó todas á la vez. Y como á los que dan consejos les sucede lo contrario de lo que se proponen, es decir, que lejos de impresionar al que escucha, no logran sino impresionarse y tranquilizarse á sí propios, Liso quedábase satisfecho con sus homilías, mientras la Rosario los rezaba de discreteos con un su vecino mozo hampón, de los que siempre se anunciaban en el Diario de Madrid, ofreciéndose «como lacayo que sabe peinar y hacer la barba», aunque sin encontrar nunca acomodo. Y sucedió que uno y otro buscaban ocasión de reducir la cantidad de espacio que los desunía. Pero como era tal y tan sin reposo la vigilancia del buen viejo, una y otro fueron adurmiéndose en el regalo de sus fallidas esperanzas, rindiéndolos el constante atisbo hasta expirar, por fin, en largo bostezo la pasión malaventurada. Á Liso, por el contrario, se le encendían los celos cada vez más, hacién-

dole ir por la noche de su infortunio, con el candil desvelado de la curiosidad, sobresaltándole hasta los suspiros del viento.

En cierta madrugada de Agosto despertóle violentos golpes dados á la puerta. Vistióse apresuradamente, calzóse las sandalias y bajó para franquear la entrada á quien fuese. Eran Martín y Ginés, criados del señor de Perales, que venían en su demanda. ¡El amo se moría! ¡Un cólico misere-re! ¡Quería hablar de haciendas, y no era posible esperar!

— Pero... ¡sin prevenir á mi mujer!

— ¡Nada, nada!

Y el viejo, resignado y trémulo, hundió la llave en la cerraja, cerró el portón, lo empujó con la espalda para ver si cedía, y animando á una pierna con el ejemplo de la otra, y con las manos como colgadas de los vuelillos y el rostro inclinado y el pelucón á medio poner, fué caminando hacia el sitio donde le llamaban sus obligaciones, sin que la casualidad le diera otro consuelo que el de toparse con Periquillo Ansúrez, monago de las monjitas de Constantinopla y rapaz muy adicto suyo, para decirle, como el reo que encuentra á un conocido en su viaje al caldoso:

— ¡Periquillo, que mi casa se queda sola!...

Hubo un largo paréntesis de calma y vino la aurora, y con ella y sobre Madrid entero tendióse una nube negra como la tinta, y á

lo largo de la estrecha y ruinoso calle empezó á moverse un vientecillo que martirizó á las varillas de los balcones haciéndolas pro-rumpir en largos lamentos, y por último, y como si hubiera esperado el regreso del mayordomo, la lluvia, floja al comenzar, nutrió de pronto los formidables canalones desgajándose sobre la calluca, que á tragantadas, sedienta y saturada de los malos olores del verano, se sorbía ansiosamente como una negra fauce aquel diluvio. Del casacón del señor Liso pendían como cascabeles de plata las gotas de lluvia; desmayábasele el pelucón, y él, ¡halal! ¡halal!, tirando de las hinchadas piernas, no hacía sino murmurar:

—¡Con tal que llegue á tiempo!

En la calle no se advertía un solo bulto. Allá en los tejados sonaban voces de viejas sorprendidas por la lluvia en su inquieto dormir, que quitaban, entre ¡válgame Dios! y ¡quién pudiera esperar esto!, las basquiñas y trapos puestos á secar la noche antes con toda confianza bajo las estrellas.

El mayordomo se volvió y revolvió ante la puerta. ¡Había perdido la llave!... Entonces dió dos ó tres puñetazos de rabia sobre la acuarteronada madera, y vió sorprendido que el portón cedía y que en su hueco aparecía la cara larguirucha y los ojos satisfechísimos de Periquillo Ansúrez, que le dijo con perezosa voz:

—¡Ah! ¡Es usarcé!

—¡Cómo! ¿Tu aquí?

—¿Pues no me dijo que le vigilara la casa? ..

—Mas no al extremo de...

—Perdoné ir á mi casa, y amparado en la bondad de un vecino, entré acá y me pasé la noche sentado en la escalera. ¡No se ha movido ni una rata!

—Pero—exclamó conmovido el viejo— ¿qué pensará tu tío, el señor arcipreste?

—No tema usarcé—contestó el chiquillo riéndose de un modo equívoco, mientras iba tomando la calle. — Si no se sirve á los amigos como á usarcé, ¿á quién ha de servirse?

Subió el buen Liso apresuradamente, ganando los escalones con los ojos antes que con los pies, vencido el cuerpo como si fuera á echarse á nado sobre la escalera, levantando con la celeridad que podía sus piernas veteranas, y así llegó ante la puerta de su cuarto, que vió todo en orden, y á su mujer dormida, con el plácido y bello rostrô animado por su gesto de adorable beatitud. La luz hizo despertarse á Rosario, que sonrió al vejete, diciéndole:

—¡Vaya una noche!... ¡Mucho ha llovido!

—Mucho... sí...

—¿Te levantas ahora?

—¿No me sentiste?—respondió el viejo completamente tranquilizado. — ¡Me vestí hace muy poco!

Y salió á la salita y se puso á escuchar,

porque le pareció que su mujer reía por lo bajo.

—¿Qué?... —dijo—¿Ríes?

—No; es que rezo...

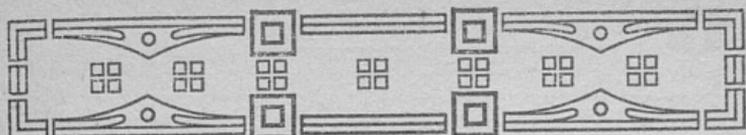
Liso, tiritando, se fué hacia la ventana, abriéndola de par en par.

Sus irritados ojos fueron á fijar las igní-vomas miradas en el ventanuco del hampón, que permanecía cerrado, blanqueando tras de los verdosos y pequeños vidrios.

—¡Loado sea Dios! ¡Ni ella ni él se han enterado de mi ausencia! ¡Bien se ha portado Periquillo!

Y un suspiro de satisfacción recogió todo el aire que cabía en la estancia, para llevarlo á los cansados pulmones del vejete.





## DÍA DE TOROS

---

**E**RA un ir y venir de calesines que atontaba.

Los forlones de caja á la inglesa, las sillas de posta arrastradas por sus seis mulas que saltaban al galopar y ensordecían con el campanilleo de los cascabeles que brillaban como ampollas de oro en sus colleras rojas, los coches de pechera, los birlochos y las berlinas, bajaban atronando por la calle de Alcalá, levantando nubes de polvo entre el cual se encendían los resplandores encarnados, amarillos y azules de las ruedas; los rápidos fulgores de preseas y joyas; las tonalidades blancas de las mantillas; los tornasoles de las sayas de tafetán y los tonos vivos del alepín y las pasamanerías de casaquines y sombreros.

Ardía la atmósfera de aquella tarde cani-

cular y el sol destellaba con luces de diamante en las torres y en las vidrieras. Junto á la Cibeles, los pánfilos aguadores de carga y las mozas de cántaro contemplaban con miradas envidiosas el manantial de lujo que se iba hacia los toros, y en la altura y dominando el conjunto con sus tres puertas que cortaban el purísimo color del cielo, ostentábase el arco de Alcalá, cuyo frontis sombreaban á veces con angulosos trazos azules, las palomas que revoloteaban sobre sus escudos ó se paseaban con zambo andar sobre las cornisas.

Veíanse multitud de puestos de aloxa y de mandarinas y torraos, y por entre ellos circulaban los transeuntes, llevando jóvenes ó viejos retratado en los semblantes el reflejo de esa juventud que presta á las almas españolas la esperanza de presenciar una buena corrida de toros. El ambiente estaba saturado con el aroma de la melisa y el agua de Noruega, y á la suave ondulación de cada basquiña se exhalaba un nuevo perfume; la tierra envidiosa se pegaba á las faldas y á los zapatos de seda con taloneras de picos y, elevándose en zonas de polvo, esfumaba los brillantes colores del cuadro; toda aquella muchedumbre torcía hacia la plaza, empujándose, vociferando, plegando las espaldas sobre las que se movían las moñas negras de los hombres del pueblo y las colas de los peluquines de los ricos, cada vez que un pi-

cador aparecía y gritando ¡ahí va! hendía la masa de carne.

Las rojas puertas de la plaza tragaban gente sin cesar, y sobre las alturas y junto á los sombrajos de los ventorros, los mozos de calesín, los chulos y los pajes, bebían sosegadamente turbios vasos de vino de Arganda. Allí estaba también la flor de la canela, la hampa sucia del real del Avapiés y Maravillas, sastres de portal y mancebos, esperando el arrastre ó contemplando las huellas del de por la mañana, en las anchas gotas de sangre negruzca estrelladas contra la arena.

En lo interior, todo era regocijo y cháchara; tendidos, gradas y palcos estaban de gente á no poder más. Pocas glorias, tanto artísticas como literarias, había entonces; pero, sin embargo, y aparte del Rey que lo era por derecho divino, veíanse algunas, tales como, por ejemplo, don Francisco de Goya con su casacón bermejo, su ceño fruncido y su mirada hosca, aposentado en un lugar de preferencia del tendido 5; al presuntuoso Moratín, á su amigo Melon, y detrás de este último y ocupando un gran trozo de la delantera de grada, las primeras partes de las dos compañías de Rivero y García que actuaban en los coliseos de la Cruz y del Príncipe. Allí se enseñoreaba la picantísima Rita Luna, delgada, pizpireta, enseñando bajo las vueltas del rebozo de su mantilla de casco, el seno pletórico que apenas podía

contener el peto; la señora Antonia Prado, con su cara formalota y fresca, moviendo hacia uno y otro lado sus ojos llenos, al parecer, de hastío, y allí vociferaban también los cómicos José Robles y José Huertas vistiendo airosos casaquines con hombrillos bordados.

Los currutacos ensordecían con sus gritos y los beodos con su eterna y dislocada charla; en el graderío, como un movable adorno multicolor, distinguíanse largas filas de pantorrillas hombrunas que se movían sin cesar, y abajo en los tendidos, manchas de tonos abigarrados formadas por las basquiñas, las monteras, los chacós y los sombreros portugueses; el palco regio estaba ocupado por las reales personas hacia las cuales dirigía el pueblo sus ávidos ojos como si nunca pudiera cansarse de admirar á la majestad que le sometía.

Dió el Corregidor la señal, y por la puerta de Madrid salieron airosos como siempre los hermanos Pedro, José y Antonio Romero, con el *Pocho* de sobresaliente; vestían de gusanillo carmesí, que era un tejido de punto hecho en zig-zag por lo cual recibía tal nombre, y ostentaban hombreras con borlas y flecos de plata en las casaquillas y capas cortas encarnadas. Los picadores Manuel Cañete y Juan López, que luego acorrió en sus últimos instantes á Pepehillo, llevaban pañoletas negras y en el rostro la tristeza más

honda; allí mismo, en la tierra que hundían los pies de sus caballos, había muerto por la mañana su compañero Bartolomé Carmona.

Los toros de don Joseph Gijón, de Villarrubia de los Ojos, y de don Gabriel Gómez, de Navarra, eran bravos y duros y se mostraban deseosos de pelea excitados por el calor de aquel día de Junio. El banderillero *Nona*, favorito del público, hacía morisquetas y toreaba con el arte movido y gracioso á que daba gran aliciente su gallardísima persona.

Pero en el palco real no se prestaba una gran atención á la fiesta, y reyes y gentiles hombres bebían fresca naranjada aromática en ricos vasos de cristal de Sevilla. Era de ver la majestad de Carlos IV con el rostro encendido, congestionado por el calor, los ojuelos avizoradores y los rizos de la peluca deshechos sobre las narices, relatando con voz perezosa incidentes de montería, dejando resbalar sobre el húmedo bello las más vulgares palabras del idioma.

En cuanto á la reina María Luisa, aquella gruesa y atrofiada hermosura, escuchaba plácenteramente á sus damas las descripciones de los últimos saraos y los encomios de los sermones pronunciados en las Góngoras y en la Real Iglesia de la Visitación del Barquillo.

De pronto, en graderías, tendidos y talanqueras estalló un clamor inmenso. *Nona*, alcanzado al saltar la barrera y sacado entre

los cuernos del toro navarro que le había cogido, era zarandeado como un pelele sin que consiguiera evitarlo el picador Manuel Ximénez que con la vara en largo enristraba los ijares de la fiera.

En aquel momento un personaje se presentó en el palco.

—¡Señor—exclamó dirigiéndose al rey,— el correo de Francia acaba de llegar!

—¿Trae peores noticias?

—El pueblo ha guillotinado al duque de Orleans.

—¡Pobre primo!... ¡Ay Ensenada! ¡No me has dejado ver la cogida de *Nona!*

—¡Lo siento, señor!

—¿Y el general Ricardos?

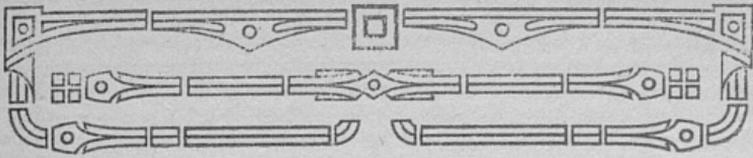
—Se mantiene con tesón en el Pirineo.

—¡Ah! ¿Pero el general Ricardos está en los Pirineos?—preguntó un general lleno de encomiendas que se encontraba junto al rey.

La mirada de éste seguía entonces la marcha vacilante de un pobre jamelgo que á paso nadado y vertiendo sangre á borbotones fué á estrellarse contra la barrera, para caer después azotando el polvoriento piso con su largo cuello.

La gente mugió de gozo.

—¡Dios conserve la paz de mis reinos!—exclamó el rey.— ¿Ves, Ensenada, ves? ¡Compara este pueblo plácido y que con cualquier cosa se divierte, con ese otro pueblo francés, sanguinario y feroz!



## Una corrida extraordinaria.

---

**M**IRE vuestra reverencia, padre prior, que estoy muy atosigado, y ya no encuentro en la cabeza que Dios nuestro Señor se ha servido poner sobre la humildad de mis hombros, medio para fortalecer la fe de ese motilón, dispuesto á todo menos á entrar en los latines que el señor Alcalde de casa y corte y vuestra reverencia se empeñan en que estudie. Apto es para disparar una piedra contra un ministril que se halle al paso, ó para aplicar un revés á cualquier otro chico, incitar á la vaca de leche, paciente si las hay, ó para voltear con la campana, ensuciarse los pies en la sangre de los caballos de la plaza de toros, ó hacer de toro él mismo en la plaza que da frente á nuestro sacratísimo convento; pero de tales

cosas á Santo Tomás hay mucho, y por los cánones no entra si le empalan.

—Tenga paciencia el hermano, que esas son cosas de la edad...

—¿Y no le parece á vuestra reverencia que dejemos el latín para cuando pasen esas cosas? Yo trasudo y me pongo temblón de pie y mano cuando me encierro con él, y me empeño en que trasiegue cualquier parrafillo de los Santos Padres, que dicho sea sin agravio ni asomo de censura, suelen ser largos y confusos como la eternidad. Y si esto sólo fuera; ¡pero eche vuesa merced paciencia en el saco de la conformidad, y olvide que ha sido granadero del rey don Carlos, y déle y machaque para que el chucuelo se esté con los dedos en la nariz, ó silba que te silba, ó haciendo chacotas á mi vientre ó cometiendo algún acto sacrílego! Porque ha de saber vuesa reverencia que hasta llegamos á coger el volumen que trata de la vida de San Cleofás, lo ponemos de canto sobre la mesilla, requerimos el palo de cerrar la ventana, y matamos al Santo de una estocada á volapié como el señor Costillares...

—Pues diga, hermano—replicó con asombro el prior;—si en esas cosas se entretiene vuesa merced, ¿qué ha de aprender el mozalbete? ¿Conque vuesa merced le ayuda? ¿Conque vuesa merced anda empeñado en esas quisicosas mundanas? ¿Conque vuesa

merced se dedica á lidiador de vidas de Santos?

—Mire...

—¡Ejemplo abominable que, á no estar considerado como dicho de vuesa merced á mí bajo secreto de confesión, motivaría un exoneramiento en regla!

—Es que... vea vuesa reverencia, que ese *llegamos y ponemos* no es que yo llegue y ponga, sino el mala hechura de hombre que ha dado al traste con toda mi evangélica calma.

— Piense más vuesa merced en el débil retoño encomendado á su saber, y en que desde hoy mi vigilancia será extrema.

—¡Voto á bríos!

—¿Cómo? ¡Tal lenguaje!

—Ha sido el granadero el que juró; máteme, padre; condéneme á disciplinazos perpetuos; amontone, lance, busque injurias para castigar mi soberbia; pero déjeme hablar, que repodrida el alma tengo y la voy á dar á Dios si no le hago entender que el que á todas esas quisicosas se dedica es el motilón, que no sé cómo ha venido á ser jaqueca del cerebro, tósigo del corazón, cicuta para la sangre y laberinto del espíritu. ¿Qué delitos cometí, reverendo padre, para practicar la obra de misericordia de desasnar al que no sabe, si antes necesito desasnarme yo? ¿Qué pena ha de purgar esa paciente vaca, mansa como el Cordero de Dios, para que el moni-

gote la incite? Pues si nada hicimos ni la vaca ni yo, librenos de esa condenación eterna, y déle el motilón á otro para que el chocolate se le acede, y déjeme á mí comer en paz la alfalfa divina.

—No—replicó el prior con tono solemne; —todo pecado tiene su castigo, y yo doy al de vuestra impaciencia el de enseñar á ese muchacho las prácticas divinas y las exaltaciones religiosas. Todo ser tiene su Calvario: sea éste el vuestro, hermano, y que os ayude Dios nuestro Señor.

Y volviéndose con pausado ademán, la cabeza inclinada y las manos juntas, en actitud orante, alejóse el reverendo prior de la Orden del señor San Francisco, dejando al otro padre entregado al mismísimo Lucifer.

Pasaba esto á la mitad de uno de esos días de Agosto en que el sol de la canícula arroja sobre Madrid sus rayos de fuego, requemando las calles y brillando entre verdaderas nubes de polvo. Por las altas claraboyas practicadas en las bóvedas de los claustros penetraba la luz á raudales yendo á pintar sobre las anchas baldosas del piso los vivos tonos de los cristales de colores, mientras por el otro lado la ancha ventana abierta hacia el campo dejaba ver la sombra cortada con dureza hasta la vega del Manzanares, y allá á lo lejos los árboles del soto, largos é inmóviles, sin una ondulación en

sus ramas, y aún más allá, el desamparado horizonte de Madrid brillando con claridad metálica hacia la parte de Carabanchel y ostentando muy hacia la derecha aquellas perspectivas de los famosos cuadros de Velázquez, moradas en los montes cercanos, y de azul pálido en las lejanías de la sierra.

El padre Bernabé, que tal era el que se daba á tanto enojo contra el motilón, hallábase, como se ha dicho, en el centro de un claustro del histórico monasterio de San Francisco, hidrópico de coraje por la repasata del prior y por los impulsos del propio encono. Mientras la larga figura de la reverencia fué andando á parco andar por el ancho pasillo, el padre Bernabé estúvose quieto como en éxtasis; pero apenas miró por el rabillo del ojo y se vió aislado con Dios y su conciencia, empezó á mesarse los pelos del cerquillo, á ponerse colorado por el cogote y á tentar la badana á todos los sitios con el largo y nudoso cordón del hábito.

Quiso la mala suerte que apareciera el motilón en aquel instante, destacando en el vivo rayo de sol que penetraba por la puerta la figura desperjeñada de un pillete de buena laya; iba sin casaquilla ni sombrero, á medio cinchar los calzones, un tirante cruzado sobre el pecho á modo de tahalí, y el otro desfilachado y pendiendo de la cintura hasta más allá de la corva. Bajo la remangada nariz brillaban dos velas que no eran cierta-

mente latinas, y el fino color de su cutis se ocultaba bajo una espesa capa de mugre que si no aumentaba de un día para otro, al menos era adquirida de una vez, pero con tal prontitud que no parecía sino que el chico andaba de revuelcos por los cercanos muladares.

Verle el padre Bernabé, prenderle por una de las orejas rojas y brillantes como la grana, arrastrarle á través de los claustros lo mismo que la zorra á una garza sucia, y llevarle al corral donde se hallaba la paciente vaca lechera, todo fué uno. Cerró el clérigo contra el muchacho á guantazo limpio, moviendo de pura fuerza los anchos lomos que apenas podía contener la estameña del traje talar; lloró y gritó el granujilla inobediente; inflóse la cara del fraile, y al fin quedaron molidos víctima y verdugo. Este de espaldas y aquel hecho un garabato y con la boca en frunce; pero pronto se secaron sus lágrimas, y una idea singular asaltó su cerebro; registró la faltriquera de sus calzones, sacó un fósforo de los de ruido, fuese quedo á la vaca, raspó el cartón contra una guija y colóselo en un oído al animal. Saltó mugiendo la res, asustada y colérica, y haciendo por el bulto más abultado y que más de cerca veía, que era el del fraile, le enganchó por las posaderas, lanzólo al aire, lo volvió á recoger con más furia en cada derrote, y ora azotaban el aire las inconmensurables sandalias del clé-

rigo, ya brillaban al sol sus calzoncillos de bayeta amarilla, ya pasaba de un lado á otro su cara abotijada, en que se retrataban á un tiempo el miedo y la ira.

Estallaron las risotadas del chico, que escapó en cuanto vió al fraile cogido, no sin gritarle al huir que le hiciera el quite Santo Tomás. Salieron los Franciscanos, quedándose absortos, y no sabiendo qué hacer empezaron á mascullar rezos. Detrás de todos apareció el prior, que rezaba en voz alta y más deprisa que ninguno.

Quedó por fin el padre Bernabé panza arriba; fué la vaca; llegaron los reverendos hasta el cogido creyéndole muerto, lo zaran-dearon, y vieron que estaba desnudo y que todas las partes blandas y duras de su cuerpo se hallaban en contacto con la atmósfera.

—¿Vive el hermano Bernabé?—preguntó con sorpresa el prior.

—Sí—contestó fray Bernabé con una especie de gemido;—pero deje vuestra reverencia los pater noster, y máteme á *su débil retoño* y á la paciente vaca, si no quiere que yo mate á todos.

—El terror le extravía—murmuró solemnemente el prior;—llévenle á su celda y examínenle.

—No tengo herida alguna, sino todos los huesos rotos.

—¡Dura ha sido la lección para vuestra soberbia!—le gritó su superior al oído.

— ¡Dura ha sido! ¡Muy dura! ¡Pero sépa  
vuestra reverencia que no es lo peor lo dura  
que ha sido, sino lo que ha durado...!





## EL GATO NEGRO

---

**S**ALIÓ el sol de aquel día, rojo, turbio y cansado como peregrino que de lejanas tierras vuelve, polvorienta la túnica, en jirones la capellina y el semblante apagado y triste. Tal vez se dijera para su disco: «¡Ya está ahí ese Madrid del diablo con su dichosa calle del Campillo y su señora Manolita asomada al hueco de su guardillón!»

¡Y así era en efecto! La maja con el semblante cetrino, á medio trabar la cotilla, y el cabello, libre de la presión de la red, lacio y en hebras, miraba al cielo como si quisiera agrandar con sus ojos oscuros la mancha de claridad que crecía tan lentamente, bruñendo con remates de oro las canales, las aristas de los tejados y las torres y las velatas y las jorobas de las cúpulas y aquel hacinamiento de casas altas y con el tejado muy en declive en la actitud del jaque, vueltas de

espaldas, dándose de codo, contemplándose despectivamente con sus palomares, en cuyas vidrieras encendía el sol miradas de odio; estrujándose, empinándose sobre sus húmedos cimientos para sorber la luz y el aire con sus ojos cuadrados y sus tragaluces y gateras, procurando todas, con el ridículo cuidado de una muchedumbre indisciplinada, guardar la alineación de las calles, avanzando ya la falda sucia de una fachada, ya el pie de un terraplén herboso ó la pared de una corraliza ó el ampollón de un ábside.

Empezaron á sonar con el ruido velado de barras metálicas que se entrechocaran en la lejanía, las campanas de las iglesias.

De pronto hubo un mariposeo de luz en la pared de enfrente, y á la derecha de la maja se abrió la ventana de otra guardilla.

Asomó un capricho de Goya; una vieja de cabeza mondada, con tres pelos de ceniza por todo lujo, unos ojos muy brillantes y la boca en sumidero. De ella salió una voz sibilante para decir:

—¡Dios me valga! ¡Rompe el día, y ya la señora Manuela en atisbol!

—¡Acórrame Dios, señora Úrsula! ¡Qué tarde se levanta usarcé!

—¿Con usía y todo?

—¡Virreina del Perú la hiciera, mi señora, por el gusto que con verla me da!

—¿Desde cuándo?

—¡Desde ahora mesmo!

—¡Veletas tienen los antojos! Hace días era una Marizápalos para usarcé, y ahora...

—¡Ahí verá usarcé!

—¿Pasó mala noche?

—¡Señora Úrsula, y qué desvelo!

—Siendo viuda y moza...

—¡Ay!—gritó la señora Manuela tornando los espantados ojos hacia el interior.

—¿Qué?

—¡Que está ahí mi marido!

—¡Su marido!—tartamudeó también la bruja apoyando su lívida cabeza en el carcomido hueco de la ventana.

—Sí, ¡el gato!... ¡mi gato negro! ¡Su alma se ha metido en el cuerpo del animal!

—Siempre tuvo esas tendencias, pero...

—Escúcheme, señora Úrsula, si el espanto me deja hablar. Ya sabe usarcé, porque usarcé me conoce como si me hubiera parido, y no es de ahora, que yo vivo en santo temor desde mi doncellez.

—¡Bueno! Siga usted, señora Manolita.

—De viuda, nadie tiene nada que decir de mí.

—Todos sabemos lo reteindino que era el señor Tomás y la vida que la dió á usarcé por aquello del muñidor.

—¡Suposiciones! ¡Pero comiendo está el pobre tierral ¡No hablemos de él!

La vieja se santiguó y la señora Manuela quiso imitarla, quedándose en la mitad del signo.

—Yo—dijo—ordené misas; yo fuí de novena en novena, desde la Soledad á los Basílios...; hice penitencias y todo en beneficio del alma...; pero anoche...

—¡Diga, diga!—repuso la vieja acoplando su huesudo brazo al ángulo de la ventana y dejando brillar un reflejo alegre en sus pomulillos amarillentos y en el visaje de su boca.

—Anoche... pensé: ¡qué demonios! ¡Vamos á echar una cana al aire!

—Y...

—Y... me fuí de verbena con las demás ribeteadoras.

—Y...

—¡Nada!... ¡Volví tarde! ¡Di fuego al candil, y aquí tiene ursacé al señor gato que dió en olfatearme la falda y en mirarme con unos ojos que parecían dos bandejas y en subirse al cofre y en tirárseme al cuello!...

—¡Íras de sastrel! ¡Así hacía el señor Tomás!

—Eso dije yo, y por eso pensé si sería su alma, y entonces, espantada, me calcé los chapines y medio desnuda me asomé, y entre acordarme... y entre el gato... y entre el miedo, pasó la noche y... ¡aquí me tiene usarcé, señora Úrsula! ¡Sin pegar un ojo!

—¡Pobre hija mía! ¡Si á usarcé no la conviene vivir sola!

—¡Sí! ¡Eso he pensado yo!...

—¡Estando arregladita, es ucé una mi

nerva con albahaca y todo! ¡Vaya si habría más de un prócer que pusiera calesín dorado á esos ojos y medias de seda de la India á esas piernas tan torneadas y...

—Pero, ¡señora! ¡Calle usarcé, que pueden oír!...

—¡Dice bien! ¡Venga, venga á mi cuarto y hablaremos!

La maja se puso arrebatada de alegría; fué hacia adentro; salió; dió un portazo, y entonces el gato negro saltó al tejadillo, se sentó nervioso sobre las pardas tejas, con el cuerpo muy contraído, como empujando con la cara satánica la nerviosa nuca, las orejas hacia atrás y los ojos de amarillo y luciente talco, muy abiertos, muy furiosos, contemplando al sol de hito en hito con ira medrosa, y como diciendo:

—¡Fuera... harás lo que quieras, ya que eres mujer; pero en mi casa!... ¡De ningún modo! ¡Pues no faltaba más!







## LA SOLANA

---

**Q**UIÉN más, quién menos, todos mataban algo allí; los unos su hambre, los otros su tiempo, y los restantes sus picores, que, como todo lo español, eran exagerados.

Es imposible que en pleno Diciembre se dé un día de sol más espléndido, y por eso la señora Bernarda, la de la Huerta del Bayo, clamaba desesperadamente contra el tío Curro Mendivil, que decía que el sol de aquella época iba más lejos de Madrid que la fortuna de su bolso, mientras don Sebastián, el mayordomo del palacio contiguo, aseguraba terqueando que en el invierno el sol va mucho más cerca de la tierra de lo que se cree; ¡más que en Julio, cuando se secaba la Mariblanca y no se veía un dominico por las calles y los aguadores de la Cibeles

se decidían á abrir sus paraguas rojos convirtiéndolos en parasoles! ¡Más que en Agosto, cuando la Melonera! Todo ésto lo escuchaba el señor Lucas el Retuerto, sentado sobre una silla de tijera que, sin saber cómo ni cuándo, había ido desde la Mayordomía de la Casa Real á la Rinconada del Buho. La silla era de felpilla verdosa flordelisada y deslucida ya; pero pegada á las posaderas del señor Lucas, parecía un mueble recién salido de los talleres de Montresor, el ebanista alemán que había en la calle del Carmen, junto á la Posta. El señor Lucas había sido calesero y mozo de taifa y todo cuanto de pícaro puede haber; pero los noventa le habían acoplado á la pared de la Solana, con su cara de pergamino seco llena de arrugas, entre las que asomaban dos ojuelos avispadados y diminutos que giraban y regiraban en todos sentidos codiciando, asesinando, burlándose y dando á cada cual su «por qué».

Al oír al mayordomo don Sebastián, le enviaron los ojuelos un rayo de través; quedóse la cucharada de sopa estancada en un vaivén de viejo entre taza y boca, y allá en lo hondo sonó un ruido semejante al que dejan escapar las gastadas cajas de música si se las hace funcionar; una risilla blanda y dócil, tras de cuyo esfuerzo salieron al nivel de los labios estas palabras temblorosas:

—¿Sabe ucé cuándo está más lejos el sol? Cuando mi señora doña Úrsula, la costilla de

ucé, se asoma al balcón y mira hacia el cielo, porque con el tufo de su boca le deja cortado y le echa pa atrás.

De un grupo de mujeres puestas en cuclillas se alzó una morena regañona, que dijo colocándose la mano junto á la frente y matizando con sorna la voz:

— ¡Padre! ¡Que se le cae la sopa!

El Retuerto metió aceleradamente su cuchara de palo en la escudilla y empezó á dar largos sorbetones, poniendo en sus ojillos la más viva expresión de placer.

Siguieron las horas de la solana. La pared, enjalbegada y luciente, alegraba la vista, prolongándose hasta fundirse en el muro de un huerto, tras del cual dos ó tres árboles destacaban sobre el cielo terso y azul sus ramas rígidas y sin hojas. Los canalones proyectaban en lo alto de la pared sombras delgadas con chorreones oscuros, y en las ventanuelas cerradas, los menudos cristales verdes y rugosos dejaban escapar reflejos intensísimos, que desde lejos parecían chispazos colosales. Todas las puertas de la fachada eran mezquinas, con batientes de cal, grandes y profundas rajadas en la madera y herrajes á granel, tales como clavos de cabeza lisa, planchas de lata y herraduras para evitar el mal de ojo. De sus fondos salía un vaho calentucho que iba dando bofetadas de mal olor á los transeuntes, suponiendo que los hubiera allí, y el portalón que daba al corral

dejaba ver una urdimbre de corredores con barandas rotas, ventanas feas, remelladas, hundidas en el regazo de la sombra azul, vasijas desmochadas, harapos y sogas combadas y llenas de faldellines, mantillas de irritante amarillo, y prendas de vestir que eran museos de remiendos puestos á orear.

Fuera, sobre la parte baja de la pared, los cuerpos proyectaban sombras pequeñísimas de vigorosa y dura intensidad; brillaba como un sol diminuto el martillo del zapatero, que subía y bajaba incesantemente machacando la suela, mientras los ecos rebotaban como estallidos en la rinconada y gruñían las viejas sujetando á pleno puño las matas de pelo de las jóvenes, dejando escapar furtivos resplandores de los peines de estaño.

Había vago en la vecindad que malhería los oídos ajenos con los clamores de su guitarra de una sola cuerda, y veíanse reuniones de carreros, mechudos y mal olientes, con monteras de Avila y grandes moñas y casaquillas de burel, que jugaban á la «perejila» y largaban tacos y ¡voto á brioslés! cuando se les iba un maravedí.

Las mujeres chillaban ó se golpeaban los gruesos muslos, hablando á grandes voces, ó remendaban sus cotillas ó se colocaban graciosamente sus flojas moñas de estambre dejando asomar á sus ojos morunos la fuerza de la hora y del sol; sobre la cerca, los fragmentos de vidrio simulaban explosiones,

de luz; brillaban deslumbradoras las bolas de oro que remataban los balcones del palacio á que pertenecía el huerto; cegaban á reflejos la bacía del bachiller Castuera, y las guijas del suelo y las hebillas del mayordomo y la guitarra del majo, siempre que la movía, y hasta los perros que se estiraban llenos de placer sintiendo la caricia abrasadora del sol dejaban fulgurar sus ojos oscuros.

Á ésto llegó un lacayo de pantorrillas adobadas, pues ya se sabe que en los palacios antiguos y modernos entristece el ánimo de los grandes ver criados con canillas sutiles, no por lo que en ellos se haya de remediar, sino porque recuerdan la delgadez y otras varias cosas. Habló el lacayo con don Bastián; emocionóse éste, hizo temblar todo su cuerpo con un apresuramiento prematuro antes de romper la marcha, y por último se dirigió al palacio con el paso corto, las manos sobre el pecho y la cabeza inclinada como para que luciera más la peluca. El viejete hizo una guiñada, meneó la cabeza, se rió dejando escapar un hilo de baba, y exclamó:

—¡Que demóngano de don Bastián!

El lacayo pasó entonces frente á él y le gritó á voz plena:

—¡Abuelo! ¿Sabe ucé para qué lo llaman? Para repartir los escudos como todos los meses. Los señores duques se van al soto de Aranjuez, y el señor Bastián queda encargado de los cuartos.

Ciertas mujeres que sacaban una manta vieja para echarla un remiendo oyeron el aviso y lo propalaron, de modo que al minuto sabíase en toda la solana lo de la limosna, con lo cual cesó la zalagarda, dando principio en cambio una conversación general respecto á las prendas morales que adornaban á los señores duques y al propio don Sebastián, conviniendo todos al fin, incluso el Retuerto, en que el sol estaba mucho más cerca de la tierra de lo que pudiera sospecharse. De repente sonó un ruido sordo que fué aproximándose, y asomaron por el repecho las orejas de las mulas, la tumba del pescante con su gran cochero de borlas, y una carroza monumental de grandes vidrios y enormes ruedas amarillas, llevando á la trasera á los dos perillanes de costumbre.

Sí; porque en aquella época era un lujo, y sabedlo si no lo sabéis, era un lujo, repito, el que las caras de los lacayos fueran lo más picarescas posible. No hay razón para ello, y sin embargo, ved lo que son las cosas; un lacayo joven con cara de pillo da más alta idea de su señor, que otro que tenga por su mala suerte el aspecto contrito de un demandadero de monjas.

¡La vida es así!

Paró la carroza frente al ancho portal orlado con bancos de caoba, y á poco se oyó un ruido de seda, y se plantó en la puerta, ga-

llarda como un cisne, una mujer joven, delgada, con el pelo castaño todo en rizo, el talle estrecho, la falda sobre fondo rosa, muy ajustada á las caderas y con el vuelo muy largo hasta besar los chapines con su onda de encaje. Miró durante un momento á un lado y á otro y penetró en el coche, haciéndole oscilar sobre sus ballestas; siguió-la una mocita de muchos guantes, que apareció y desapareció del portal varias veces como avergonzada, y por último, dejaron ver su magnificencia el señor duque y la señora duquesa; él con los hombros esmirriados bajo la gran casaca verde, la cara lánguida y arrebatada á un tiempo, y los ojos atortolados; ella, altiva y gallarda como su hija mayor.

Estallaron los vítores.

¡Vivan los señores duques! ¡Vivan las señoras duquesitas doña Fernanda Paula y doña Circuncisión Salomé! ¡Vivaan!

El cochero parecía más afectado que nadie con esta explosión del entusiasmo público. Diríase que toda la dignidad del señorío que servía había trepado por las ruedas de comunales apoyándose en los salientes de la tumba y subiéndosele librea arriba hasta bambolearse en las borlas del sombrero apuntado.

Su gordura era una promesa de felicidad, y de sus manos robustas parecían escaparse rayos como de las de Júpiter; brillaban en

toda su longitud las bridas charoladas y los arreos y los cascabeles de plata y los lomos de las mulas, hasta que todo aquello empezó á moverse y se hundió cuesta abajo lo mismo que había aparecido cuesta arriba.

Entonces dió principio una función de locos; las que estaban á medio peinar corrieron con las manos al moño gritando: ¡venga! ¡venga!; las viejas furias agitaban los peines haciendo visajes; el majo de la guitarra la levantaba como si fuera un estandarte; los sombreros de medio queso volaban lanzados por manos nerviosas; las chicuelas púdicas esperaban con labios temblorosos; ladraban con furia los perros, como si pidieran su parte de botín, y hasta el Retuerto enderezó sus noventa años para dar fe de vida.

El silencio se hizo otra vez.

En el dintel de la puerta de servicio apareció la amazotada figura del mayordomo don Bastián que exclamó con voz lacrimosa:

—¡Á qué gritáis si no hay escudos! ¡Los señores no han dejado nada!... ¡Nada absolutamente!

Una oleada de desaliento sobrecogió á la pequeña multitud; pero alguien levantó los ojos y vió que desde la ventana de una guardilla el lacayo de marras, apoyado en las tejas sobre uno de sus brazos y dando á su cara todo el vigor de la más expresiva elocuencia, señalaba hacia abajo con uno de sus

dedos, resobando después el gordo contra el índice, mientras sus guiños y el movimiento de sus labios parecían decir:

—Hay cuartos para vosotros, y ese los tiene; pero se los quiere guardar.

Referir lo que luego pasó, sería tanto como explicar el secreto de las grandes revoluciones; la masa de desocupados, hampones, mujeres y chiquillos, se precipitó hacia delante, alzó como una burbuja la figura del mayordomo y la hundió en su seno para hacerla rebotar otra vez y diez veces más, obligándola á tomar en el tránsito las más innobles y vergonzosas posiciones. Era que le habían colocado sobre la manta á medio zurcir, y arriba y abajo, entre los de la «perejila» y el de la guitarra y tres ó cuatro mozos de su índole dieron en no parar hasta que le molieran los huesos, excitando las risotadas de las hembras, que comentaban uno por uno los detalles de todas las posturas.

El asendereado mayordomo decía cosas que ni siquiera eran palabras, y sólo cuando al hacer un esfuerzo pronunció claramente «escudos», le dejaron descansar sobre el suelo.

—¡Malditos!... ¡malditos seáis!—gritó hecho una furia.—¡Merecáis que se pusiera en juego hasta el Santo Oficio! ¡Venid, y os daré los escudos; pero por el ánimo de mi madre, que me las habéis de pagar! ¡No visteis que todo fué gana de chacota?



—Pues por chacota le hemos manteado á usiría; ¡pero en cuanto á cariñol!...

—Sí, ya lo sé; ya sé que todos me queréis!—gruñó don Sebastián poniendo en frunce la espalda de su casacón al tocarse la parte dolorida.

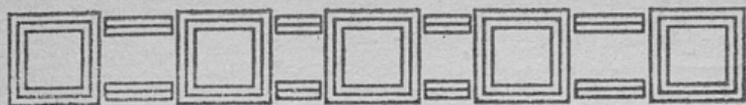
—¡Ya sé que me queréis!—añadió más cariñosamente, viendo cerca de sí la sucia manta con que le habían vapuleado.—Pero mucho me temo que á los dolores de la molienda se unan cosas de más picor.

—Esté usiría tranquilo—respondió una de las mujeronas,—que á no ser liendres, no encontrará cosa de más provecho en esta manta.

—¡Loado sea Dios, si no es más que eso!—replicó don Sebastián, y se fué hacia el palacio y tras él se metieron todos en el ancho portal, y la solana se quedó un instante desierta, sin más que el Retuerto que, al pasar el mayordomo, le escupió esta ironía:

—¡Por esta vez puede asegurar usiría que el sol está más cerca en el invierno que cuando se seca la Mariblanca!

¡Benditas horas de sol! A lo lejos sonaba el retintín de una campanita; sobre el estiércol esparcido, un cónclave de gallos parecía comentar la avaricia de aquellas gentes; algunas cornisas y algunas fachadas empezaban á quedarse en la sombra, y únicamente la solana blanca radiante de luz esperaba sus habituales figuras.



## PUDO SUCEDER ASÍ...

---

*2 de Septiembre de 1805.*

**D**ESPUÉS de sudar y resudar por esos caminos en que el polvo paraliza las ruedas de la silla de posta, y donde se siente el desamparo del desierto, llegué hace seis días á la Granja, habiendo adquirido en tan breve tiempo la certidumbre de que el rey nuestro señor tiene la felicidad soberana de no preocuparse jamás. Es tan egoísta, que ni aun da á la patria sus ideas, quizá por la sola razón de que no las tiene. Cuando un arduo asunto del Estado es sometido á su consideración, baja la cabeza como si pensara, dando tiempo seguramente para que los demás piensen por él, y es posible que ante el pavoroso porvenir de la ruina de España no se le ocurra más solución que alguna cacería á Riofrío, llevando sobre la

peluca su montera truncada y entre sus inútiles manos la carabina de abrazaderas de oro. Hoy dicen que no ha tomado chocolate por primera vez en su vida, efecto de haber recibido una carta de Napoleón llamándole *Hermano* y reclamando el auxilio de su escuadra contra Inglaterra. En Palacio se advierte un ir y venir que atonta, y cabildeos y suposiciones de puertas á fuera, porque como los españoles somos buenos hijos de la monarquía, no tenemos derecho á conocer qué rayos se forjan en las altas regiones, y nos contentamos con la suspicacia natural, ateniéndonos en comandita al régimen que se nos imponga ó á las órdenes que se nos den. En lo que más se conoce nuestro feminismo, es en que la reciente revolución francesa, cuyos fulgores han brillado sobre todos los países del mundo, en nosotros han producido solamente una curiosidad comparable á la de una bella que ve desde su ventana brillar la luz del sol sobre los botones de un dormán. ¡Ay, amigo, somos tan imbéciles que no vemos la ironía de nuestros antepasados al marcar con un escudo de hierro los solares de granito en que nos consume la abyección! Ahogemos la pena y dejémonos llevar por esa pereza, que ha venido á ser una ley en nosotros; esperemos á que lleguen los acontecimientos sin salir á buscarlos. ¡Dios sobre todo! Consérvate bien y acapara todo el oro que puedas para comerciar con

las desdichas de la patria, si éstas te ofrecen un filón.

*3 de Septiembre.*

Había decidido no escribirte hasta que la fuerza de los acontecimientos me obligaran á coger la pluma; pero han ocurrido tales cosas que no puedo menos de comunicártelas, con objeto de que distraigas tus veladas compartiendo las horas de ocio entre la lectura de San José de Calasanz y esta humilde carta, que has de romper en cuanto te hayas enterado. Sé el confidente de este barbero del rey Midas y cuida de que no te broten las cañas, por aquello de que las cañas se vuelven lanzas, y ya sabes el adagio de que «contra la Justicia y la Inquisición, chitón».

¡Infeliz si creías que España era pobre porque no se fundan en ella todas las casas de misericordia y hospitales que necesitamos! Los dineros de la nación se guardan para las grandes ocasiones, y una de estas ha llegado al sentir que sobre nuestras cabezas cernían sus velos las águilas imperiales. ¿Cuánto dirás que damos á nuestra coaligada la Francia? Pues seis milloncitos de reales al mes, y comprende que no puede sancionar menos nuestro deber de coaligados. Esto no ha parecido suficiente á Bonaparte, y de aquí el apresto de nuestra escuadra que, según se dice, irá á unirse en Brest

con otra flota formidable que bombardeará algún puerto inglés. ¡Dios lo haga y permita que salgamos de nuestro abatimiento! Aquí rebosamos de patriotismo; pero ¿qué puede hacer el patriotismo sin medios y sin dirección?

*5 de Septiembre.*

Acaba de llegar el duque de Gravina.

Ha sido un momento solemne el de su llegada y quiero describírtela. Al amanecer despertáronme los sonos vibrantes de una trompetería marcial. Me arrojé del lecho y vi desde una ventana una larga fila de soldados, cuyos pintorescos uniformes se destacaban sobre el piso ceniciento del Parque.

Los primeros rayos del sol se filtraban por entre los grandes árboles, yendo á envolver el alcázar en una especie de atmósfera de oro. Si esta esplendidez de la luz es un buen presagio, nuestra dicha va á ser inacabable. Los pájaros piaban entre las flores de los tiestos y mi corazón saltaba de regocijo.

Á las nueve llegó el almirante Carlos en traje de camino, pero llevando las insignias de su mando supremo sobre el pecho de la casaca y en sus grandes bocamangas triangulares. Seguidamente ha entrado á ver al rey nuestro señor. Mientras tiene lugar la conferencia concibo un proyecto superlativo, que no llamo único porque sé que las cosas grandes se les han ocurrido á otros muchos que

vivieron antes que yo. Sin embargo, merecerá seguramente que abras los ojos más que lo que ordinariamente te los hace abrir la sorpresa. He decidido solicitar del almirante ir con él á la escuadra porque estoy cansado de mi empleo en la Cancillería, donde para la custodia del sello real basta el canciller. Sí, amigo mío, quiero ser útil al país, porque aunque se diga que lo mismo se sirve á la patria con la pluma de la administración que con el fusil del ciudadano, he tenido ocasión de juzgar que lo que hay en las Covachuelas de ahí y en los Registros de aquí es lepra pura, y que el abuso en prodigar empleos es la rémora de una nación.

*Postdata.* He hablado con el almirante, cuya mirada me turbó; no he visto nunca la del águila, pero sí te puede decir que aquellos ojos negros confunden al mirar, y si se fijan enloquecen más que una alocución de Bonaparte. Es hombre de cincuenta y tantos años y sus facciones son pronunciadas y enérgicas.

He aquí cómo realicé mi maniobra: me confundí entre los pajes y los oficiales que se agolpaban á la puerta, y comprendiendo que sólo con un golpe de audacia podía llamar hacia mí la atención del gran hombre, me cuadré apenas vi salir del dintel una de las hebillas de sus grandes botas.

Gravina traía entrecejo y quiso apartarme, pero viendo mi obstinación se detuvo.

—¿Que desea usted?— me preguntó rápidamente. Y viendo que dos ó tres serviles querían demostrar su arrojo echándome de allí,—¡Dejadle!—dijo con tono suave.—¡Si pide, necesitará!

—Pido únicamente—respondí turbado—acompañar á S.E. en su viaje.

—¿Sabe usted donde voy?

—Á luchar.

—¿Es usted marino?

—No, señor: empleado en la cancillería.

—Mal se aviene la vida del burócrata con la del mareante.

—Es verdad; pero creo tener bastante corazón y...

—Convenido; con hombres así se puede hacer mucho. Si logra usted mi confianza con su despejo, haré por usted lo que pueda. Hasta entonces nada aventuro; los cañones y la inteligencia del hombre no se deben emplear en la defensa de la patria hasta no tener conciencia de lo que alcanzan y de lo que valen.

Me voy, pues, y esta es quizá la última carta que te escribe tu pobre amigo. No sólo por el riesgo que correrá su vida, sino por las probabilidades que hay de que si te escribo alguna más llegue á tu poder seis años después de mi muerte.

*20 de Octubre.*

Héme aquí acostumbrado al mar como

un candiota y en pleno océano. ¡Qué diferencia hay de la sombra que nos rodea á la animación que dejamos detrás! Todavía parece que resuenan en mis oídos las lánguidas canciones, el ceceo vivísimo de los hijos de Cádiz y los vítores de los que nos despedían. Hasta hace muy poco vi el faro brillar y achicarse á lo lejos, iluminando una zona temblorosa de aguas removidas también por las quillas de nuestros buques. Aquella luz parecía el símbolo del egoísmo que gritaba: «Id, id vosotros hacia la muerte para defender nuestras vidas, y mientras apuráis el cáliz del martirio, cantaremos vuestra victoria ó depuraremos el mérito de vuestro sacrificio.» Me parece tan ridícula la humanidad, como grandes los héroes que mueren por su causa.

Te hago merced de otros pensamientos que se me ocurren ahora, respecto de la guerra, y te diré que en nuestro navío, que es el *Príncipe de Asturias*, donde va el ilustre Gravina, reina el más absoluto silencio, sólo turbado por los ruidos de la maniobra y las órdenes de los jefes. Allá á lo lejos, bajo el puente y junto á la bitácora, arrojan su luz fantástica dos grandes fanales.

El oficial de guardia pasea silencioso como un fantasma y varios marineros recostados en las bordas fuman ó piensan. Yo he querido trabar conversación con algunos de ellos y ni siquiera me han contestado. Esta tran-

quilidad tiene un carácter espantoso. Amigo mío, no sabes con cuánta sinceridad te quiero en estos instantes en que se me revela de un modo franco y absoluto el brutal egoísmo del hombre. Aquí nadie piensa más que en sí mismo...

.....

Acaba de circular un rumor que hiela mi sangre y, sin embargo, solamente noticias de esta índole debo esperar. Dícese que mañana es posible que avistemos la escuadra inglesa. Gravina se halla descansando en su litera y la esperanza de lo que este marino pueda hacer es lo que me sostiene. No deja de consolarme también la vista de esos enormes bultos negros que parecen cosas inofensivas asomadas á las amuras y cuyas líneas se pierden á lo lejos en la sombra de la cubierta. Son los ciento doce cañones que mañana probarán el valor de España. Cerca de nosotros navega otro gran barco, cuyas luces rojas parecen velar con sangriento insomnio. Es el *San Juan Nepomuceno*, que manda Churruca, gallardo oficial, joven todavía, que se ha vestido de gran gala para embarcarse. Quizá presiente su eterno desposorio con la historia. ¡Quién sabe!

.....

Son las cuatro de la madrugada y el horizonte blanquea ya. Mi cerebro se embota y pierdo la noción del tiempo que pasa, hasta que una voz lejana logra sacarme de mi es-

tupor. Es la del vigía que grita: ¡Una escuadra por barlovento!

Tiende la vista por el mar y en todas partes veo barcos que maniobran, colocándose en larga línea de batalla. Hay seguramente más de treinta navíos. Entre ellos se destacan el *Santísima Trinidad*, mandado por Cisneros, y el *Montblanc*, que dirige Lavillegris. La escuadra inglesa toma la ofensiva y se dirige rápidamente hacia nosotros. Gravina está en el puente con su largo anteojo en la mano, pálido, sereno y rodeado de toda la oficialidad.

Los servidores de las piezas están en su sitio, varios marineros llenan el suelo de serrín, otros traen balas y todos quedan al fin en expectativa de las órdenes del almirante. Hay un silencio tan profundo que siento latir el corazón con extremada violencia. De pronto suenan vivas á España y un temblor convulsivo se apodera de mí. Óyese la voz del almirante y en seguida un estampido que estremece la cubierta. Percíbese el olor acre de la pólvora, y el fuego se generaliza hasta el punto de ensordecirme. Es la lucha del bronce contra el bronce, mil bocas que vomitan metralla, humaredas amarillentas, relámpagos rojos y truenos sin intervalos que se atropellan vencién dose en ruido, en rapidez, gigantes que no jadean y á quienes falta el tiempo para matar. Entre los torbellinos de humo se ven jirones azules de

mar y charcos de sangre, y columnas de agua, y hombres que caen y se retuercen. Veo á un marinero dar algunos pasos hacia atrás y apoyarse en el palo mesana, dejando caer los brazos con desaliento. Corro hacia él; de pronto levanta la cabeza dilatando las ventanas de la nariz, y luego cae de bruces arrojando un chorro de sangre por la boca: un cañón, al recular, le ha dado en mitad del pecho. El golpe no le ha roto la blusa, pero le ha destrozado los pulmones. Casi junto á él yace un artillero de pelo rizado, con los ojos vidriados y la boca espantosamente torcida. Un grupo de hombres, que traen algo en el centro, los apartan á puntapiés para pasar. Entre los hombros de dos conductores descubro la cabeza de Gravina en actitud de dolor resignado; lo llevan medio envuelto en una manta, y al paso va dejando un reguero de sangre.

¡Dios mío! ¿De qué servirá tanto sacrificio?

*Cádiz 9 de Noviembre.*

Acabo de recibir tu carta, que me ha llenado de alegría. Tranquilízate, voy mejorando, y podré satisfacer tu curiosidad. Lo que más me molesta es que, quizá por sentirme tan débil, el eco de los cañones repercute todavía en mi memoria, pero pasará como pasan los días de luto y las horas felices. La catástrofe se ha consumado y se extinguió

el poder naval de nuestra España, quizá para siempre. Perdóname, pero la persistencia de nuestros errores me ha obligado á ser fatalista y á prever grandes males futuros.

Los vates madrileños habrán inventado muchas figuras retóricas para ensalzar á los fantasmas sangrientos de nuestros marinos, sacrificados inútilmente. De las cuerdas de las liras saldrán acentos de dolor; de los labios ajenos á esta desventura, voces de sorpresa, y de mi alma brotan sólo notas desesperadas, que gritan: ¡Vosotros, los que por una palabra, por un resquemor, por una conveniencia ficticia precipitásteis á la muerte á un millar de hombres, con qué podréis compensar los placeres que los arrebatásteis, los sueños que arrojásteis á la eternidad, los sufrimientos estériles que el horror arrancó á su pecho! ¡Con condensar en una cifra á los más y enaltecer en una lápida á los menos! ¡Oh! Antes que los héroes, deben nacer los gobernantes, que solamente bien gobernado un país de héroes puede ser el asombro del mundo.

¡Adiós! ¡Hasta la vista! ¡Aquel sol que jamás se ponía en nuestros dominios, acaba de ocultarse en el horizonte!







## El tonto del Rastro.

---

**A**L fondo un parador con ancha puerta y muros altos, blancos y sin ventanas, como los de una casa marroquí. Junto á la puerta una piedra de molino medio empotrada en el suelo; sobre la piedra un hombre que pasaba por tonto; esto era lo primero que veían los traficantes andaluces y segovianos de aquella época al entrar en Madrid por el Portillo de Embajadores.

Hombre y piedra estaban unidos por eterno consorcio. Ni la piedra parecía bien sin el idiota, ni éste pasaba de ser una vulgaridad en su clase si no lucía sus harapos sobre el extraño pedestal.

La gente se había acostumbrado á ver aquella figura famélica, siempre en la misma actitud, destacándose de la blancura de la pared como un manchón de mugre echado

allí por la casualidad, y le miraba en conjunto, sin pararse nunca á examinar aquel cuerpo encorvado como el de un filósofo y sucio como el de un puerco espín. Su pecho, fortalecido por las mismas inclemencias del tiempo que matan á otros, aparecía guarecido por algo que participaba de casaquilla y de mosaico. Sus piernas, no se sabe si rollizas ó hinchadas, se guarecían en las perneras de un calzón en que los zurcidos habían reemplazado á la tela. Llevaba medias de algodón, deshiladas y con arrugas perennes por no desprenderse jamás del sitio que pretendían ocultar, y el pelo vedijoso estaba sujeto por una redecilla de estambre amarillo que contrastaba singularmente con la fealdad de la cara. Sus ojos, eso sí, eran dos rayos de sol que animaban aquel muladar y á ellos solía asomarse un alma inculta por consecuencia, cuando en el rodapié de la puerta aparecía la figura de Isidora, la hija del ventero, mujer que condensaba en su semblante toda la gracia madrileña, maja de á veinte, algo pálida, morenita, limpia como los chorros del oro, y que traía de cabeza á tódos los mozos del barrio.

Es de notar que la chica tenía muchas y buenas proporciones y las desechara tenaz como si se diera tufos de merecer á un príncipe. Su padre la había lanzado á la cabeza varias veces la medida del vino, para persuadirla prácticamente de que la carrera de la

mujer debe ser un matrimonio ventajoso.

Las comadres ayudaban con sus consejos y ella cedía á veces, pero luego mostraba un arrepentimiento intolerable. ¿Por qué? Porque había adquirido la costumbre de que Toñuelo el idiota la fuera tan necesario como al idiota la piedra. Porque en esto precisamente hallaba lo más ilógico y lo más imposible; porque si como mujer soñaba en tener trajes de gran señora y calesín forrado de seda como el de la duquesa de Osuna, y marido con calzones de raso y casacón de agremanes y podía brillar más allá del mundo que acababa para ella en el arco de Toledo, su corazón la gritaba contra su voluntad, aconsejándola cosas distintas y haciendo su carácter irascible y sombrío.

Muchas veces al asomarse á la puerta saboreando todavía los requiebros de un hombre de pro, veía al tonto mordiendo un trozo de pan duro y mirándola con aquellos ojazos como se mira á un Dios. Entonces su rencor hacia el monstruo no tenía límites, le odiaba de veras, con odio de pasión, y exclamaba furiosa: «He de conseguir que echen de ahí á palos á ese montón de piojos. ¡Vaya una facha para tenerla de respeto!» Y luego añadía con vehemencia, recriminándose por sentir aún más repugnancia de sí misma que de la facha de aquel ente: «*¡Pero qué reteasquerosa soy!*»

Una mañana al fin, la del célebre 2 de Mayo, el idiota salió de las cercanías del parador y echó á andar empujado únicamente por su instinto. Acababa de amanecer y se notaba el ambiente húmedo y la claridad brillante que precede á los días de gran calor. Por la Ronda sólo turbaban el silencio las voces de los arrieros que se daban los buenos días y el zumbido de las cigarras.

Toñuelo, con las manos metidas en los bolsillos de su calzón, el pescuezo estirado, los morros salientes y el cuerpo echado hacia adelante, caminó sin detenerse hasta la puerta de Segovia. Allí volvió á un lado y otro su cabezota enorme como si dudara en ir por el soto del río ó entrar en Madrid, cuando de pronto y hacia las alturas de palacio, oyó ruido de voces destempladas que parecían producidas por una gran muchedumbre. El idiota, dejándose guiar por el ruido, llegó á la Plaza de Oriente y oyó hablar de que lloraba el infante Don Francisco, y de que la reina de Etruria no quería salir, y de que los franceses querían dominar en España, y que nadie podía consentirlo, y de varias cosas que se llamaban dignidad y honor; añadían que iban á sucederse el saqueo y el robo y el hambre; esto último fué lo que mejor entendió Toñuelo, y, por fin, esto es lo que casi le volvió á la razón, decíase que los soldados imperiales atropellarían á las mujeres españolas. ¡Dios de

Dios! Isidora era una de tantas y correría la misma suerte. En esto se produjo un movimiento de avance en la muchedumbre, y casi en seguida una violenta detonación turbó la tranquilidad de la mañana.

El tonto vió palidecer muchísimos semblantes y temblar muchos labios, y luego advirtió que unos hombres corrían y otros empuñaban navajas y se metían encorvados por entre los grupos indecisos. Toñuelo quedóse deslumbrado algunos instantes y luego corrió como un gamo, no sin ver cómo bajaban al galope tendido por la cuesta de la calle de Santo Domingo, donde vivía Murat, una tropa de caballería, cuyos soldados llevaban unos calzones muy anchos, encarnados y azules, y sables corvos y turbantes con una especie de plumeros sobre la parte de la frente. Eran los Mamelucos.

Toñuelo se refugió en una empalizada que había junto á los caños del Peral, y luego, y á todo correr, enfiló la calle de la Bola, bajó por la Ancha de San Bernardo, cruzó calles silenciosas, vió en muchos balcones los postigos cerrados aún, y en otros caras de viejas madrugadoras que charlaban preguntándose á qué causa obedecía aquel tiroteo lejano y, por último, se encontró junto al parque de artillería, cuyas puertas cerradas y hechas con tablones puestos en ángulo y pintados de ocre, dejaban brillar al sol los anchos clavos que las guarnecían.

Allí vió algunas mujeres del pueblo, unas con un pañuelo atado á la cabeza y otras con vestidos de medio paso, sin cofia y con los cabellos en desorden, y hombres que golpeaban las puertas con furia. Á primera vista cualquiera hubiera sospechado que aquella gente se hallaba á la entrada de un convento esperando la sopa, y, sin embargo, todos pedían armas y daban gritos ensordecedores y mueras que sacudían horrorosamente los nervios. Percibíanse también en lo interior del parque otros gritos roncós y voces de mando y golpes inexplicables producidos al parecer por cureñas ó cuerpos pesados que rebotaran sobre las piedras. De pronto cesaron los rumores de la multitud y Toñuelo vió á un oficial con alto cuello bordado, casaca y pantalón azules, charreteras de oro y medias botas de montar, avanzar con resolución hacia la puerta, en la que golpeó con la contera de su sable. Oyóse dentro una voz preguntando quién era, á lo que contestó el recién llegado que era el capitán Velarde, y se abrió un postigo y entró el artillero seguido de dos ó tres majos y del pobre Toñuelo. En el ancho corralón que precedía al parque y que estaba empedrado á trechos y á trechos cubierto de hierba, se veían montones de granadas y dos ó tres cañones.

Algunos inválidos discurrían por allí lanzando imprecaciones y protestando de que

las órdenes de gobernantes débiles les atarían de pie y mano, impidiéndoles vomitar metralla contra los soldados invasores. En el cuarto de banderas había cinco jefes, entre los cuales dos, sobre todo, llamaban poderosamente la atención de Toñuelo por la vehemencia con que se expresaban. Era uno de ellos alto, enjuto, de tez morena y ceñuda y con un deje especial como el que se advierte en los extremeños de la Vera. El otro tenía la estatura del hijo de Madrid, y era suelto de talle y robusto. Llegóse Velarde al grupo con el rostro congestionado de ira, y sin saludar exclamó:

—¡Es necesario abrir el parque y dar armas al pueblo!

—Si eso no se hace—gritó el joven alto, que después fué conocido bajo el nombre glorioso del teniente Ruiz,—yo abandono esta espada que no debe estar ociosa cuando el país la necesita.

—Me hago partícipe de vuestro afán, y no los cinco cañones que tenemos disponibles, sino quinientos sacaría yo contra esos bandidos; pero las órdenes de la Junta Española son terminantes. Vedlas aquí—añadió el capitán que hablaba;—¿qué haría usted, amigo Velarde?

—Yo...

—Hable usted con entera franqueza.

—Las rompería, capitán Daoiz; abriría de par en par esas puertas y diría á las

gentes: «tomad fusiles y uníos á nosotros para combatir y aniquilar á los enemigos de España bajo el pabellón nacional. Vosotros lo defenderéis por necesidad, nosotros por deber, y yo juro...»

Al oír esto don Luis Daoiz que tenía en su mano la orden, rompió el papel en cien pedazos y arrojándolos con furia al suelo los pisoteó. Después desenvainó su espada, y continuando lo que había empezado á decir su compañero Velarde, gritó con entusiasmo:

—¡Nosotros juramos defender la honra española y combatir á los invasores mientras podamos tenernos en pié: juramos sucumbir antes que tolerar la dominación extranjera! ¡Á las armas!

Un clamor de amenaza resonó por todas partes, y la gente comenzó á invadir el corral cuando Daoiz, Valarde y Ruiz se confundieron en un estrecho abrazo, en el último que se daban. Toñuelo, siempre con sus manos metidas en los bolsillos, no pestañeaba siquiera mirando todo aquello. Llamaban extraordinariamente su atención las bocamangas de los militares y la actitud de las mujeres que gritando y empujándose trataban de sacar los cañones á la calle; en cierta ocasión le pareció que tenía fuerza suficiente y quiso ayudarlas. Entonces una de ellas se echó á reír.

— ¡Toma!—dijo.— ¡Si es el tonto del Rastrol ¡Quítate de ahí, visión!

Toñuelo volvió á quedarse petrificado, pero ya con otra expresión en los ojos; aquellos preparativos parecían despertar su alma disponiéndola para algo grande.

Oyóse vivo fuego de fusilería hacia la antigua iglesia de Monserrat, y poco después comenzaba el combate cuya historia está grabada en el alma de todo español. Baste decir que entre los héroes de aquel día se olvidó uno que fué la última, pero la más elocuente expresión del pueblo que guarda por tradición su hazaña. Fué un espectáculo grandioso. Velarde había muerto alevosamente en el patio del parque; Ruiz hallábase mal herido y Daoiz acababa de ser retirado casi agonizante. Entre la gente que defendía la puerta hubo un movimiento de terror, breve como un relámpago, pero lo suficiente para dar lugar á la epopeya; un cañón quedó abandonado á merced de los franceses que avanzaban ebrios de sangre.

El sol caía de lleno sobre aquel sangriento escenario, y su luz intensa se quebraba, produciendo intensos resplandores en la coraza de un capitán de caballería que era el que primero quería llegar. Sin saber por qué la atención de todos se concentró en aquel hombre y en la enorme pieza cargada que cualquier mano astuta podría descargar, destruyendo en un segundo el empeño del que avanzaba desafiándola. Algunos hombres dieron un paso, pero se detuvieron en segui-

da. Sólo una especie de furia surgió de repente detrás del cañón blandiendo una enorme navaja. Era Toñuelo, transfigurado, radiante de valor y de patriotismo; sus labios temblaban, sus ojos aparecían inyectados, pudiendo asegurarse que aquel no era el león de España, sino el tigre, pronto á lanzarse sobre su presa.

Había sentido palpar su corazón al ver aquellas caras ebrias de gozo considerando seguro el botín.

Sin saber por qué buscó en sus bolsillos un arma, sin poder encontrar sino algunas cortezas de pan duro; pero estando en esta operación vió tendido á sus pies un hombre que en su mano crispada sostenía una faca enorme: lo demás ya se sabe, llegó el oficial y tiró un tajo que Toñuelo paró con su brazo derecho; al principio sólo se vió la cortadura de la tela, pero en seguida empezó á manar la sangre á borbotones, corriéndole también por el pecho desnudo. Entonces el pobre herido dió un verdadero salto de pantera y los dos hombres rodaron por el suelo entablando la lucha más bárbara que puede verse; se mordían, querían matarse con sus miradas de odio; á cada vuelta, el brazo del herido dejaba en la tierra un coágulo de sangre, mientras el otro brazo que aparecía desnudo entre los desgarrones del chaquetón se alzaba y se bajaba procurando acabar. Al fin el oficial dió un rugido y quedó inmóvil.

Toñuelo se puso á gatas sobre él; levantóse vacilando, y fué á caer sobre el jirón de una bandera española que besó con frenesí nervioso, buscando quizá en aquel trapo la sombra hechicera de su Isidora, que ya no le vería más sobre la piedra de molino.

Cerca de media noche veíanse cruzar en todas direcciones las antorchas de los que recogían los cadáveres en Monteleón. Á largos intervalos se oían descargas que contrastaban con los rezos y los sollozos, triste remate de aquella jornada de muerte.

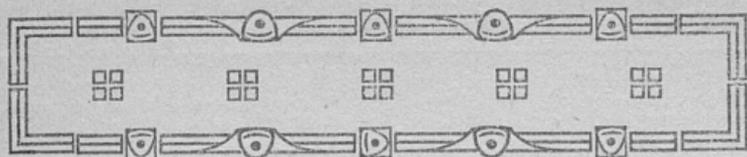
Casi junto á la puerta del parque distinguíase un grupo de majos y en el centro un cadáver y una mujer que le miraba conmovida. Era Isidora que iba á contemplar por última vez al tonto del Rastro, cuya fama cundía de boca en boca.

—¡Miradle—decía;—la muerte le ha transformado y está realmente hermoso!

—¡Ni aun sé cómo te llamabas—continuó Isidora con pasión, arrodillándose y posando su hermosa cabeza sobre la palma de la mano;—pero has de saber que Isidora fué tuya siempre y te idolatraba! ¡Sí!—añadió, depositando un beso apasionado sobre la helada frente del mártir;—aunque me quede pobre, tendrás sepultura y yo podré decir: ¡Aquí duerme el hombre que más me ha querido y el único á quien quise yo!







## TRAGABUCHES

---

**E**RA cosa alarmante el chirrido de las ruedas del galerón turbando el silencio de la noche al atravesar los solitarios caminos de la serranía llenos de sombras misteriosas y tendidos entre laderas y abismos que la mirada no podía sondear; á un lado y otro, espesos brezales se ofrecían á cualquier asechanza, y á lo lejos la estrecha cañada, cerrada al parecer en algunos trechos por altas y tajadas rocas, prestábase á cualquier desagradable sorpresa.

Brillaban los luceros grandes y pletóricos en un cielo profundo y despejado y aquella era la única luz que esclarecía las tinieblas, debiendo considerarse esto como una suerte, pues la luna hubiera sido más perjudicial que beneficiosa.

La galera atravesaba en aquel momento

el paraje más peligroso de la serranía, teatro de las continuas y funestas hazañas de los Niños de Écija que tenían en jaque á la tierra baja desde Santa Elena hasta la mar, y las precauciones eran pocas como puede suponerse. En pos de la galera marchaba un convoy militar, y custodiándolo todo, detrás y delante, diseminados como fantasmas de aquellos desfiladeros, pero sin separarse un tiro de pistola, veíanse varios soldados de Caballería, prontos á evitar cualquier golpe de mano.

En el interior del vehículo se oía á las mujeres mascullar rezos y más rezos y á los hombres roncar y toser. Un farol, pendiente del aro central del toldo y zarandeado en todas direcciones por el movimiento de la galera, arrojaba débil claridad sobre aquel grupo que ya no se componía de individuos de distintos sexos, sino de cuerpos egoístas caídos los unos sobre los otros á fuerza de cansancio y que mezclaban sus piernas y sus alientos olvidando todos el pudor ó las consideraciones para buscar únicamente la comodidad.

Besando el abrigo parduzco de una vieja arrebujaada como un gato de Angora, veíase destellar la solapa galoneada de un jefe de ejército, junto al sombrero de teja en que un clérigo medroso se apoyaba como sobre un poste para dar cabezadas, el alto catite del hombre del pueblo y el burdo chaquetón jun-

to á la bata de viaje, y la flamante capa de Béjar junto á la manta de Jerez.

De pronto, de entre esta masa heterógena surgieron dos brazos; oyóse un bostezo, y la voz de un hombre que despertaba preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En plena sierra—respondió uno de esos viajeros condenados á velar siempre el sueño de los otros.

—¡Buen país! Voy á estirar las piernas—dijo, y enderezándose sobre los demás y no sin oír unos cuantos gruñidos y refunfuños, saltó á la carretera, arrojóse con su marsellés y fué á situarse junto á los zagalones que conducían las mulas delanteras.

—¿Queréis aguardiente de Cazalla, amigos?—les preguntó.

—¡Vaya! Que siempre es güeno dar al cuerpo un gustazo.

Bebió el viajero á su vez, lió un cigarro y encendió una pajueta, cuyo fulgor, como si hubiera sido el de un relám pago, alarmó á los viajeros.

—¡Por Dios, amigo mío, no encienda usted luces aquí!—gritó una voz de mujer.

—¿Por qué, señora?

—Los bandidos no deben estar lejos—murmuró el cura,—y con ellos, crea usted que son pocas todas las precauciones.

El del marsellés miró á los soldados y se echó á reír; pero de pronto se detuvo; á poca

distancia había creído ver una sombra que cruzaba el camino. Ocultó sus observaciones á los demás y esperó; pero nada hacía sospechar la proximidad de los malhechores; caballos y mulas seguían su marcha regular y las sombras que aparecían y desaparecían alternativamente eran las de los árboles.

El del marsellés, lleno de confianza, empezó á cantar por lo bajo:

Fortuna, fortuna mía,  
No me obligues á querer,  
Malhaya el hombre que fía  
Del amor de una mujer.

—¡Silencio!—gritó un soldado.

Del fondo de la galera salió un coro de reproches para el cantor.

En aquel instante y como un eco de la voz del viajero del marsellés, se oyó otra que cantaba la conocida copla:

*Una mujer fué la causa  
De mi perdición primera;  
No hay perdición en el mundo  
Que de mujeres no venga.*

Oír esto el jefe de la escolta y lanzar su caballo sobre el hombre del marsellés fué todo uno.

—¡Miserable!—gritó cogiéndole por el cuello.—Tú eres un traidor y nos vendes.

—¡Alto ahí!—gritó colérico el mozo. Y desasiéndose de la presión brutal de aquella mano y echándose hacia atrás:—¿Qué quiere usted decir?

—Que estás en connivencia con esos desertores y lo vas a pagar.

—¿Yo?

—Tú, sí.—Y el jefe echó mano á sus pistolas.

Dos ó tres hombres saltaron entonces de la galera y se interpusieron entre el del marsellés y el capitán.

—Advierto á usted—dijo uno de ellos,—que este señor es tan honrado como usted.

—Pues á cantar claro; ¿adónde te diriges?

—Á Málaga—respondió el viajero del cantar.

—Tu profesión.

—Torero.

—¿Quién eres, pues?

—José Ulloa (a) *Tragabuches*. Vengo de Castilla y voy á torear á Ronda; estos son mis hombres—respondió señalando á los que habían intervenido en su favor.

Durante este diálogo el jefe había tenido tiempo de examinar como podía á su interlocutor, que era un mozo muy gallardo por cierto, y que se había quitado el catite, dejando al descubierto una fisonomía abierta y simpática.

—Tienes cara de hombre de bien y llegó

á mis oídos tu fama—respondió el capitán;— pero no es bastante; colócate á mi lado, y al menor intento de deserción, te levanto la tapa de los sesos.

—Bueno; pero... ¿se puede cantar?

—No.

—Entonces—exclamó alegremente *Tragabuches*—menos mal, puesto que tampoco se puede dormir. ¡Mayoral! ¡Arrea las mulas, que tengo fatigas de muerte por llegar á Málaga, donde me espera mi mujer, la perchele- ra más hermosa que has visto!

Y sin darse cuenta de por qué lo hacía, bajo, muy bajo, casi sin oirse á sí mismo, cantó aquella copla que acababa de oír:

*Una mujer fué la causa...*

Pasó la noche sin incidente alguno, y al fin, á favor de la aurora, viéronse aquellas vertientes cuajadas de adelfas y aquellos terrenos rojizos; estalló con fuerza la tralla del mayoral y el primer rayo de sol del nuevo día brilló sobre la carretera que descendía al llano y sobre aquella cabalgata que empezaba con nuevos bríos su novena jonada.

—¡Perdón, amigo!—dijo entonces el capitán al torero.—¿Pero... de quién sería aquella voz?

—¡Vaya usted á saber, mi capitán, si sería otro *Tragabuches*!—contestó el alegre mozo, y soltó una gran carcajada.

.....

Algunos días después de este acontecimiento, el 14 de Marzo de 1814, al anoche-  
cer, cuatro hombres se despidieron alegre-  
mente en una calle de Málaga, dándose cita  
poco después para reunirse en una taberna  
del muelle.

Uno de ellos, el que ya hemos presentado  
con el apodo de *Tragabuches*, recorrió ca-  
lles y más calles penetrando al fin en las  
tortuosas del Perchel.

Jadeaba, y él mismo no hubiera podido  
decir si era de lo de prisa que iban sus pies  
ó su pensamiento.

Allí, detrás de la cortina, á través de la  
cual no tardaría en ver la luz que había ilu-  
minado tantas venturas, estaría esperándole  
su perchelera, una real moza, su mujer, en  
fin.

¡Dos meses sin haberse visto! De seguro  
la habrían parecido una eternidad, porque  
la mujer—se decía con el corazón—tiene  
menos enjundia y menos libertad para di-  
vertirse que el hombre, y allí se habrá esta-  
do día tras día, martillándose la mollera con  
su José, que ya está aquí, y que ha de abra-  
zarla y decirla después entre bocado y bo-  
cado y entre beso y beso, mirándola aque-  
llos ojazos como el azabache:—¡Aquí, en la  
faja, traigo onzas nuevecitas y hecha de-  
jo mi escritura para torear con Félix Pachón  
en Madrid dentro de poco, y vendrás con-  
migo para que las hijas del Manzanares en-

vidien toda la sal que sólo tiene el mar de mi tierra!

En la mente del torero se cambió entonces la decoración, y vió una plaza de toros cuajada de gente, iluminada por un sol esplendoroso; el viento movía apenas los flecos de las cortinas de los palcos; mil mujeres hermosas clavaban sus ojos en él y mil hombres locos de entusiasmo aplaudían frenéticamente sus proezas ante aquel toro de Gaviria, retinto y cornalón, que tanto le había hecho sudar y que acababa de recibir clavándole el estoque en lo alto de las agujas, perfilándose como Dios manda y como se perfilaba José Romero su maestro, cuando quería competir con su hermano.

Al fin, sueña que te sueña, llegó delante de una casa que era la suya, y ya iba á poner la mano en la aldaba cuando observó que la puerta estaba á medio abrir.

Entonces una voz hombruna, acompañándose de una guitarra, empezó á cantar:

*Una mujer fué la causa  
de mi perdición primera...*

—¡Maldita copla!— dijo el torero.

—¡Olé!— exclamó una voz femenina con entusiasmo.

—¡Esa voz...!— balbuceó Ulloa sintiendo que los piernas le flaqueaban.

Subió hasta el primer piso, entró en su

casa sigiloso como un tigre, y al mirar por entre una cortina sus ojos brillaron y su boca dejó escapar un rugido de rabia. Su mujer, la hermosa perchelera, estaba sentada sobre las rodillas de un mozo enteco, y le atusaba con mimo los cabellos mientras él cantaba con voz aguardentosa. Al entrar el torero, la pareja se sintió poseída de pánico, pero el mocete, reponiéndose pronto, alzó la guitarra sobre la cabeza de *Tragabuches*, que más rápido que el pensamiento le hundió su navaja en el cuello. Un mar de sangre se escapó de la herida; la mujer empezó á gritar, y él, sujetándola por las muñecas, comiéndola con aquellos ojos que le brillaban como carbunclos, la alzó como una pluma, la zarrandeó con fuerza, la contempló otro momento más, la besó en la boca y dió un rugido y la arrojó por el balcón, quedándose alelado; oyó el ruido del cuerpo que se estrelló contra las piedras de la calle, bajó á tientas y temblando la escalerilla, y salió con un infierno en aquel alma que acababa de llevar un paraíso. Sonaron voces llamando á la guardia, y José huyó y llegó al muelle. Dudó si entrar en la taberna donde le esperaban sus banderilleros, ó en el lanchón de un amigo suyo que en aquel instante iba á hacerse á la mar... y entró en la lancha y vió á Málaga con sus luces perderse á lo lejos, como envuelta en un vaho de sangre que le cegaba y aturdía.

Y otra vez saltó á tierra y echó á andar evitando los caminos reales y errando á la ventura, y sin saber cómo ni cuándo, se halló en la serranía y en su espíritu volvió á sonar la copla que oyó por vez primera entre aquellos brezales. El sol caía en el horizonte y á su desmayado fulgor el desventurado torero, como en la noche aquella, vió una sombra cruzar el camino; pero entonces no se trataba de la sombra de un árbol, sino de la de un hombre que vestía chaquetón con botones de oro, calañé bajo sobre el pañuelo atado hacia atrás, calzones y botas vaqueras, la manta al hombro y el trabuco bajo la manta.

—¡Alto!—gritó.—¿Quién eres?

—Un hombre que ha cometido un crimen para vengar su honra.

—Como las leyes suelen condenar acciones justas en los hombres de bien, muchas veces hay que dejar de serlo.

—¿Y quién eres tú?—preguntó *Tragabuches*.

—Uno de los Niños de Écija —respondió el bandido;—ahora tenemos cubierto el cupo y hace un mes no han matado á ninguno de los siete que componemos la partida. Ocuparás la primera vacante.

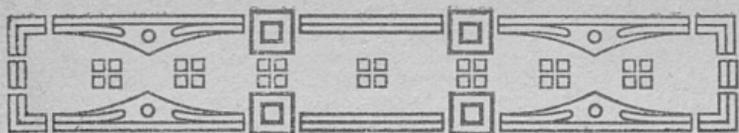
En esto llegaron á una meseta y el torero pudo descubrir bajo sus pies todos los accidentes de la sierra que había de ser su escenario desde entonces. El sol moribundo

arrancó destellos leonados de sus ojos que brillaban con furia.

—¡Era mi destino! — rugió. — ¡Por qué aquel toro de Gaviria no me sacó el corazón de una cornada?







## Los músicos de la aldea.

---

**L**EGÓ la fiesta, y el cielo, como si guardando en sus limbos invisibles las almas de los antiguos patriarcas de Cámbaros quisiera dejarles admirar su romería por última vez, empezó á desgarrar las nubes barriéndolas de su inmenso azul. Hasta el horizonte parecía iluminado con una luz nueva que era una sonrisa á lo lejos. La mañana había despertado antes que las gentes, sorprendiendo, vestidos ya, al tamborilero y al flautista que se disponían á salir, el uno golpeando su parche amarillo y el otro haciendo gritar á su gaita con voces de vieja rabiosa.

También había madrugado el campanero, que manejaba las esquilas como casca-  
beles de plata, lanzándolas en furioso volteo. Á distancia era aquel un ruidillo alegre que parecía escapar de un rayo de sol; el que

producía el reflejo del bronce nuevecito al girar. ¡Tin! ¡Tin! ¡Tin!, decía aquello, y las alondras y los gorriones y demás pájaros de surco huían volando, como diciéndose: «¡Demonio de campanas, qué tontas están hoy!»

Los ruiseñores que habían llegado ya por ser primavera, dejaban oír sus notas aflautadas buscando el diapasón de aquel sonido loco para acomodar á él su cántico; silbaban los mirlos y las urracas cruzaban las veredas á saltos inseguros, en actitud de escuchar, como preguntándose: «¿Qué pasará hoy en la feligresía?»

Al fin se abrieron los postigos, y en la diáfana claridad de los porches se destacaron las figuras de los haraganes de siempre, con sus monteras recién compradas, sus ternos de paño duro y liso y sus fajas de colorines, mientras en las montañas limítrofes iban descubriéndose á plena luz todos los misterios del paisaje: caseríos de rotos perfiles, medio colgados entre el vaho de la niebla, árboles en actitud pensativa, valles hondos de negros detalles de los que parecían emerger agos de bruma, caminos reales como cintas blancas, y entre las profundas dentelladas de las vertientes, calvas de ocre, cual si Dios tuviera acotado el sitio en que no pudiera haber jamás ni sombra de vegetación.

También se veían desde todos lados las ruinas del castillo; eran blancas y erguidas y se recortaban sobre el cielo azul, entre los

olmos centenarios, diseminando por las laderas sus lamidos y pardos sillares y sus viejos escudos y llenando el monte con los misterios de sus leyendas y de sus fantasmas que, invisibles entonces, pero siempre en atisbo, verían desde las anfractuosidades de las rocas y vagando por las medrosas quebradas, junto á los peregrinos, el bullicio de la vida que había sido suya también.

En aquel momento nada podían: el sol fortalece el corazón del más cobarde, y si se hubieran presentado á cualquier campesino en una encrucijada diciéndole: «¡Yo soy el ánima de tal ó cual Berenguer, ó de tal ó cual don Fortún!», el campesino se hubiera echado á reir levantando la cachiporra sobre la aparición.

—¡Cosas de almas y de hombres!

Al tamborilero le llamaban el tío Valois, sin que se haya sabido la causa. Un misterio como el que lleva de palmera á palmera el polen de la vida había llevado esta voz histórica hasta el caserío, haciéndola popular; el flautista era conocido por Manta.

Repicando y plañendo briosamente salieron los dos concertistas al campo y se alejaron de su aldea buscando un camino de hondonada solitario y agreste, cuando de pronto oyeron á pocos pasos de allí, delante de ellos, el plañido de otra flauta y el redoble de otro tambor.

Los dos se miraron, cesando de tocar, y

los otros instrumentos callaron también; el tío Valois dió tres ó cuatro palillazos, quedos los unos, fortísimos los otros, y el tambor invisible repitió los golpes con idéntica intensidad.

El tío Manta se echó á reir.

—¡Es el eco!—dijo.

—¡No!—contestóle el tío Valois.—Conozco el paraje y no hay ecos aquí.

—Llegado habrán sin que lo sepas—observó en son de burla el tío Manta, que se llevó el flautín á los labios, dejando escapar una nota agudísima.

Esta vez nadie contestó.

El tío Manta se puso lívido y los palos del tío Valois, obedeciendo al trémolo de sus manos, comenzaron un repique sordo que fué acrecentándose, mientras en el tambor desconocido se producía el mismo efecto.

—¿Serán?...—dijeron el uno y el otro, y ni el uno ni el otro pudieron terminar la frase empezada.

Luego pensaron en huir; pero como estaban á mitad del camino y lo mismo les daba seguir adelante que retroceder, adelantaron, mudos, sobrecogidos, con las orejas tiesas como lebreles, apoyado el uno en el otro y repitiendo sin cesar:

—¡Nos valga Dios! ¡Nos valga Dios!

De vez en cuando y mientras esto decían daban algún repique ó dejaban escapar una nota.

¡Nada volvió á sonar! Un pájaro grande los asustó con el ruido de sus aletazos y un moscón insidioso los rodeaba, subrayando su insistente zumbido como diciéndoles: «¡Imbéciles, tocad!» Ellos cesaron en su conjuro y recobraron la confianza viendo á un hombre sentado sobre una peña.

Parecía de regular estatura; era moreno de color, tenía luenga la barba y la melena sobre los ojos y usaba unos calzones bombachos cubiertos de mugre y un sombrero ancho, blanco y sin cinta.

Saludólos con cortesía y dijo:

—¡Vengan en paz!

—Salud y la compañía—respondió medrosamente Manta, sin ver que la única compañía del hombre era el tambor que tenía al lado.

El forastero, que no era duende, según se le marcaban los músculos de piernas y brazos, endurecidos por el continuo caminar de su vida bohemia, los miró con sus ojos tristes y afables, y sonriendo con esa sonrisa que es en ciertos rostros lo que el sol entre ráfagas de lluvia, díjoles con voz afectiva:

—¡Bien venidos sean el señor Valois y el señor Manta!

—¿Qué? ¿Conocéisnos?

—Desde Siero á Riaño, no hay pito, gaita ni flautín que al del uno llegue, ni paliños que doblen con más rapidez que los del otro.

— ¡Pues él bien lo hizo! — dijo el tío Valois, quedándose con la boca abierta después de la palabra.

— Fué solamente imitación.

— ¿Es por acaso del país?

— No.

— ¿Vizcaíno?

— Tampoco.

— De lejanas tierras será — insinuó Manta abriendo la boca también.

— Soy de todas y de ninguna.

— ¿En todas y en ninguna nació?

— Nací en pleno campo, en la choza de un pastor que buscando refugio contra el frío se fué á la ciudad; mi banda era de húngaros caldereros, míseros vagabundos que se pasan hasta el amanecer trabajando en forjas. Mi madre y yo nos separamos de los compañeros y nos fuímos andando, andando por caminos y veredas extrañas, buscando las aldeas entre los montes y las ciudades en las llanuras; sufriendo los latigazos del viento y de la lluvia, que á veces ponía sus lágrimas de agua debajo de las lágrimas de nuestros ojos. ¡Qué días tan de duelo! ¡Qué noches tan largas! — prosiguió el forastero, echándose hacia atrás sus melenas negrísimas y hablando como para sí con extraña nerviosidad. — Mi madre, que era bella como un sueño de amor, cantaba baladas del Temesvar y yo la seguía con mi arpa, que iba llorando también notas en vez de lágrimas.

Mi madre respiraba doliente de enferma que estaba; yo tañía con tristeza porque lo sabía, y entre canto de canción picaresca gritábame mi madre, después de hacer un guiño á la multitud que nos cercaba: «¡Hijo, me muero!» Y entonces yo tiraba con rabia de las cuerdas, negras de sufrir y sonar, y decía que quedo y riéndome para que me vieran lo alegre que estaba: «¡Ánimo, madre; que hoy comeremos pan blando y dormiremos en caliente!»

El tío Valois y el tío Manta fueron acercándose, y uno de ellos balbuceó:

—¡Medrosa historia nos cuenta el peregrino! ¡Aquí, cuando alguno llora, todos lo saben, y si se puede, se le alivia!

El desconocido engarzó al tío Valois en su mirada de águila y añadió:

—Una noche dejó escapar, como los cisnes, su último canto. Una tierra muy blanda la abrigó todo el cuerpo. Yo planté allí rosas; yo vertí allí lágrimas. Las rosas no sé si salieron; mis lágrimas no han vuelto á salir.

—¡Buena y santa era la su madre!

—No hallé otra igual.

—En la nuestra aldea todas son así; las malas andan por las otras partes. Si al con-cejo vinieran, por edicto se las echaba.

—¡Gran país éste!—exclamó asombrado el desconocido.—¡Pues aquí no hay amores?

—¡Hijo!—respondió Valois.—Sin amor y

sin yantar, nadie se puede pasar. ¡Háilos!

—¡Sí sí!—añadió Manta animándole con signos de cabeza.

—Pero como manda nuestra santa...

—¡Mirad, mirad!—exclamó de pronto el bohemio, torvo y pálido, interrumpiendo á Manta.

—¿Qué? —gritaron los dos mirando al cielo.

—Aquel milano; lleva en el pico un grano de maíz.

—¡Gran vista es la suya!

—Más fácil es descubrir un grano de mijo en el pico de un milano, que un grano de verdad en el alma de una mujer.

—¡Burloncillo es el camarada!

—¡Bien hacen en sacar la cara por el su país! Pero... ¡vamos, tío Valois!—añadió acercándosele con aire de sigilo.—¿Es buena Jerónima la Corza?

—Esa...—exclamó tío Valois, cambiando con su amigo Manta una mirada de sorpresa.

—¡No, no es buena, no!—se apresuro a contestar el tío Manta.

—¿Y la Petrilla la del molino?

—¿Sabéislo también?

—Al azar y andando se sabe todo.

—Dos malas mujeres hubo en el concejo, pero nada más. Santas son todas.

—¿Apuéstase á que no?

—¿Qué dinero?

—¡El alma!

—¡En el nombre de...!

El desconocido interrumpió bruscamente al del tamboril, diciéndole con voz alterada:

—¡Ya en mi casa os halláis!

—¡Pero éstas—repuso Valois con profundo terror—son tierras del castillo!

—Sí—contestó el extranjero con voz burlesca.—Estos son los predios del diablo. ¡Eh, tío Valois, tío Manta! No me hagan signos con los dedos ó se les caerán convertidos en llamas de pez.

Quedáronse los dos músicos de la aldea consternados y sin habla ni aliento. Al hombre aquel se le había alargado el semblante, que remataba en una puntiaguda perilla roja, tornándosele de igual color las quebradas cejas.

—En el mundo, que es un gran concejo redondo—prosiguió el fatídico personaje arqueando el cuerpo en cortesana reverencia, —no está el diablo en el cuerpo de la mujer, sino que, por el contrario, diablos y mujeres andan siempre disputándose su presa natural, que es el hombre. Frentes pulidas, ojos honestos, voz suave y blanda, haldas que matizan la tierra, encerrando su breve andar en un círculo de sombra movible que bendice el deseo y persigue el amor, el misterio de la actitud, del talle y de la frase á medio decir, todo esto puede más que el diablo. ¡Apostado habéis que en el concejo

sólo había santas y buenas, y que eran las malas Jerónima la Corza y Petrilla la del molino? ¡Pues bien, tocad! Yo os lo mando, y me retiro para que no creáis que lo que sucede es obra de mi influjo. Me contento con otorgar á vuestras mujeres una hora de franqueza...

Retiróse el mal espíritu y las dos manos del tío Valois empezaron á subir y á bajar sobre el tambor, produciendo un alegre repique, mientras el tío Manta cacareaba con su cornetín. Á ello convidaba la aurora. Pasados unos minutos, viéronse apretados tropeles de mozos que corrían desalados hacia el castillo, sufriendo la terrible persecución de las mujeres. Algunos se subían á los árboles, pero ellas se ponían debajo, y de puros ruegos les hacían caer como brevas maduras; así llegaron al castillo, espantados ellos, sonrientes y triunfadoras ellas, que fueron trabándolos del talle para empezar vertiginosa danza. Tío Valois, en aquel redoblar sin tino, no podía demostrar su admiración sino abriendo la boca, mientras el tío Manta daba notas agudas fulgurándole los ojos por la indignación que sentía. Dábase el caso de que las casadas eligieron para bailar á los rapaces, mientras las doncellas preferían á los hombres de edad, como más experimentados.

Entonces fué cuando los pobres músicos comprendieron la verdad del diablo. ¡Ah,

diantrel! ¡Era aquella de las trenzas de oro, la que huía con paso de hurón á la vista de un hombre! ¡Y la otra, la seria, la hidalga, la invencible! ¡Y la de más allá, la de la misa de alba! ¡Y la de acá, la bien criada! ¡Y esotra, la esclava del deber!

—Mira, Manta; si echamos edictos no nos quedan mujeres en el concejo.

—¡Sí; hay dos! Dos nada más que amaron de corazón—replicó Manta entre soplo y soplo.

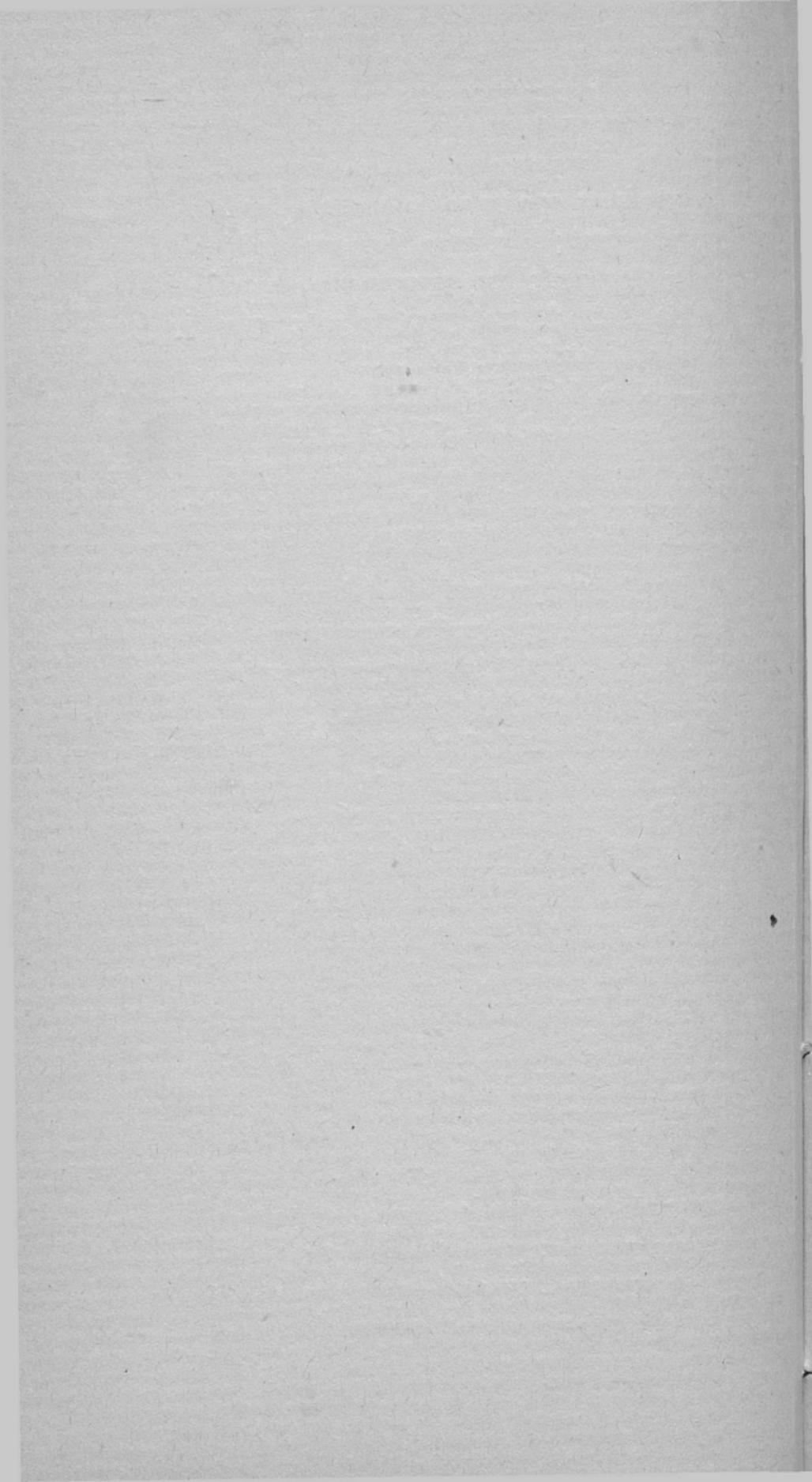
Dos había, es verdad. Habíanse quedado rezagadas y suspirando, pero ya miraban el baile con algún interés; eran Jerónima la Corza y Petrilla la del molino.

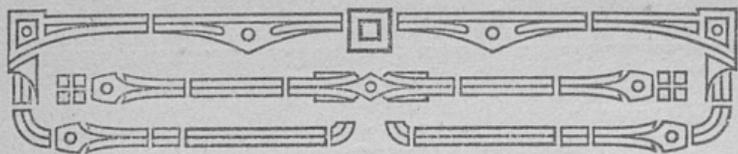
Arribó el mediodía; terminóse la danza: fué tendiéndose aquel enjambre por la llanura: retiráronse Valois y Manta, despedidos por grandes carcajadas del diablo, que tuvo la atención de permanecer invisible, y tornaron los dos á la aldea, tristes y mohinos, sin sueños y sin fe.

Ya en su casa Valois colocó en las rodi-llas á su pequeñuela y la dijo llorando:

—Tú sola, mi rapaza, cordera mía, eres buena aquí. Crecerás á mi lado y te enseñaré la doctrina y las buenas prácticas; no, no serás tú, ni como las del concejo ni como las del mundo; ¿no es verdad, zagalina?

—Si; pero... ¡padre!—respondió la rapaza.—¿Me llevarás el año que viene, cuando vayas á tocar al castillo?





## La vuelta de Curro Vargas.

(Al Sr. D. Manuel Álvarez Naya.)

- V**AMOS, Sabiñuela, dos gorges más y á casa, que se jase é madrugá
- ¡Ay, tía Consolación é mi arma, que se paese osté al hipo!
- ¿En qué, sandunga?
- En que no dejasté desí de seguío una cosa,
- ¡Arma mía! ¡Pero si eso es jaserte un favó!
- Usté dirá.
- Segura estoy de que has sortao á la niña cuatrosientas barbariaes.
- Pos pa que veasté, no la he dicho más que pa la Candelaria nos casamos.
- ¡Me he engañao, hijo, me he engañao! No la has dicho más que una, que ha valío por toas.

—¡Tía Consolación!

—Mira, en vez de dos gorpes, da uno na más y vamos pa casa de corrío, que como te deje, te vas ahora mismo al altar y no quieo que te suseda lo que á tu pare, que hubo que sacarle er biberon de entre los labios pa que diera er «sí». Yo me emperro en saber, señora (á la de al lado), qué sacarán estas mares con dejá que sus hijas ba-been asín. ¡Asín están saliendo esos críos! ¡Ay! ¡Yo estoy aterrál! Va usted ahora por Seviya, y si no la disen asté: «¡cuidiao, que ahí va un hombre!», lo matasté de un piso-tón. ¡Josú, Josú y Josú!

—¡Vamos, yo me deshago é tirria! En mis tiempos, cuando un moso juncá se ponía á la vera de una mujé, ya lo tenía tóo jecho.

—Entonse (lá otra), estamos mejó ahora.

—¡Señora, vamos al desí!

—¡Ya!

—Mejó que yo sabe usted lo que susedía, porque usted, comare, debe haber asistío ar bautiso de Caín y Abel.

—¡Señora, á mí osté no me farta!

—¡Ay, Josú! ¡Pos no es usted poco recatá pa los años!

—¡Soy lo que quiero!

—Hija, que Dios la conserve á usted la onipotencia... ¡Sabiñuela, medio gorpe y á casa, que jase caló y aquí se derrite la gente! ¡No mos vayamos á calál!

Sí, sí; ¡para medio golpe estaba Sabiñue-

la! Con el ástil de la guitarra apoyado en la rodilla izquierda y el cuerpo muy junto al de Rosalito, ni se acordaba de la señá Consolación, ni siquiera de que vivía. ¡Lo que hacen los perros veinte años! Pero, ¿para qué quería el vivir, sino para hacerse astrónomo y mirar sin dejarlo aquellos luceros que Dios había puesto en aquella cara, y aquellos labios, que parecían los últimos corales que guardara en su seno el mar, y aquellos hombros, sobre los que se plegaba graciosamente el pañuelillo bordado, como si los quisiera abrazar con todos sus pliegues?

La señora Consolación abrió la puerta y, después de pasar, la cerró de golpe. Sola, con las dos puntas del pañuelo de crespón echadas sobre los dos brazos, dirigidos hacia adelante, caminando á pasito menudo y acunando su ágil obesidad, se enjaretó en la obscura calleja buscando por entre los tiesos y las flores de las rejas caras conocidas para detenerse y charlar; pero todo el mundo estaba recogido, los faroles movían su lengüeta de luz como diciéndola: ¡anda! ¡anda! y los serenos gritaban á lo lejos: ¡*Ave María Purísima...!*, como si oyeran sus exageraciones y las comentaran así. La vieja, gruñe que te gruñe, se quitó de entre el pelo el clavel rojo y el clavel blanco, movió los cachivaches de la cómoda, se desnudó y se metió en la cama, mientras decía:

—¡Ay, Josú! ¡Qué desgrasiá es la mujé que no tié un hombre!

## II

Ya estaba la señora Consolación en el dulce tránsito de la realidad al sueño cuando parecieron hendir la puerta de la calle los golpazos del aldabón. Sentóse la vieja en la cama; volvieron á sonar los golpes; se tiró al suelo; se echó la falda, moviéndose á un lado y á otro para que se amoldara bien al corpa-chón; se colocó un pañuelito sobre el cuello; cruzó el patio sigilosamente, creyendo ver un fantasma en atisbo detrás de cada maceta; hizo girar la llave en la cerradura de la cancela, y, arrimando la cara al ventanillo de la puerta exterior, preguntó con voz doliente:

—¿Quién llama á estas horas?

—¡Abra usted, señá Consolación é mi arma!  
—dijo una voz hombruna como quejumbrosa también.

—¿Pero quién es usted, hijo, si se pué sabé? Que aunque no soy donseya, toavía me quean los dengues.

—Joseliyo, er de Osuna.

—¡Josú! ¿Es posible?

—Jasta ahora sí.

—¡Pos ven que te abraze!

—¡Pero sin abrir...!

—¡Que aloca soy! ¡Tiés razón!

Sonó el cerrojillo y se abrió la puerta, pu-

diendo la matrona distinguir, casi en medio de la estrecha calle, la figura de un hombre alto y nervudo. Verle y caer sobre él, fué cosa de un abrir y cerrar de ojos.

—¿Eres tú de verdad? ¡Joseliyo, mi buen Joseliyo! ¡Pero si estabas en América! ¡Qué bigotaso, hijo, paeses una foca! Entra, entra, que aunque jase un caló que derrite, mejó se está en er patio. Pasa y jecha una candelilla, que tengo mi velón ahí junto y en seguía podemos los dos vernos las caras.

—¡Se está mejó á oscuras!

—¡Niño!

—Lo digo porque no gaste osté.

—¿Y pa qué quio yo mi miaja de óleo, criatura bendita, sino pa resibí á los amigos después de sinco años? Entra, entra y siéntate. ¿Pero qué tiés en esa mano que paese que ha tocao merlusa en conserva?

—¡Frío, señá Consolación!

—¡Frío en Julio!

—Ahí verasté.

—¿Estás delicao?

—Tengo una penilla mú jonda, y la nesito asté como una parra á su agarraero.

—Dime, pues, de qué lao estás jerío.

—De este.

—¿Aónde pones la mano, hijo, que jasta que la lú vaya tomando cuerpo mardito si te pueo ver?

—La he puesto aquí, en er corasón.

Joseliyo pareció caer medio desmayado

sobre la única mecedora que allí se veía, y dirigiendo su torva mirada hacia su interlocutora, que se deshacía en aspavientos, gritó de pronto con voz tonante:

—¿Y Rosalito, señá Consolación?

—Ya pensaba yo—gritó con voz compungida la vieja—que en eso habíamos de parar.

—¡Perra suerte la mía, señá Consolación! ¿Qué es de Rosalito? ¿Vive? ¿Está güena y sana?

—¡Malos mengues la lleven! ¡Que tú des en eso, en acordarte de esa mocosa sin sentío!

—¡Ojalá no tuviera ni tanto así!

—¿Qué estás disiendo?

—Na; jablo pa mis solas.

—Pues pa jablá á tus solas, podías haberme dejao en uno é mis siete sueños.

—Tiusté rasón; pero hay cosas...

—Mira, Joseliyo, como mare tuya te quise, y lo sabes tú.

—Sí, señora.

—Pues como mare tuya te digo: Joseliyo, orvíá pronto á esa mujé, que yo sé que te traes un mal empeño en el corasón, y primero en rajás que consentírtelo. ¡Josú! ¡Pues güena soy yo pa andar en cosas de justicia!

—Es que...

—Sí; ya sé lo que va á decirme: que te fuiste á otras tierras desesperao, y para no jaser lo que hoy te propones... ¡Sí, ya re-

cuerdo lo que la dijiste al marcharte: «Mira Rosaliyo, por el alma é mi mare, te juro que si cuando yo güerva eres de otro, jago lo mesmito que Curro Vargas»!

—Sí, señora... pero...

—¿Es que la mujé no es libre de jasé lo que quiera mientras no se ate en el altar y hasta después der núo? ¿Con qué caenas nos esclavisáis, bárbaros? ¿Con qué dinero nos compráis? ¡Marditos seáis tóos, perros sarnosos, vamos al decir! ¡Josú! Pos has de saberlo ya; ¡Rosaliyo no se ha casao!

—¡No se ha casao!

—Pero jarto lo siente.

—Señá Consolación, ¿por qué la pusieron asté señá Consolación?

—Hay que saberlo tó de una vez, porque asín se van antes los duelos.

—Siga usté jarta er fin.

—Rosaliyo te ha orviao por completo y ahora está por otro.

—¿Por quién? Digámelo osté pronto.

—¡Por Sabiñuela! Pero... ¿ya te levantas?

—Sí, señá Consolación—exclamó Joseliyo levantándose efectivamente y dirigiéndose hacia ella.—¿Por Sabiñuela ha dicho usté?

—El mismo.

—¡Gracias á Dios!

—¿Cómo?

—¿Pero no ve usté ya que estoy loquito de alegría? Pues si esa era mi pena oculta, el tener yo que desí á Rosaliyo: «Mira, mu-

jé, yo te dije esto y lo otro... pero luego me juí... y me casé... y tengo tres chorreles.»

—¡Tuyos!

—¡No, que van á ser de la estatua de Fernando VII!

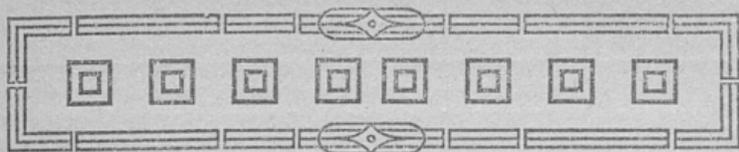
—¡Ay, Joseliyo e mi arma, y qué contenta se vá á poné!

—¿Por qué, señá Consolación?

—Porque ella está pa casarse con Sabiñuela.

—¡Ya ve usté lo que son las mujeres! ¡Miusté que si yo no yego á antisiparme, se porta conmigo!





## Los duendes de Pancorbo.

---

**D**ESENGÁÑATE, amigo Pancorbo; ni las supersticiones ni los paraguas encarnados caben ya en el mundo.

—Unas y otro llevo, señor cura, y holgado voy con ellos por mi mundillo aparte, que si las unas me entretienen hasta el punto de que cruce los Robledales sin miedo á los lobos, el otro es tan cumplido que ni el agua de la cellisca, que es la que más se revuelve, me toca, dándome además los colores del sol bajo el gris de la lluvia, y en cuanto á lo primero, no he de creer, ¡líbreme Dios!, en aquellas apariciones de antaño que salían en niebla de las tumbas y manchaban el aire con las sombras de sus esqueletos y se transparentaban por los muros á las horas de paz y muerte, que son las del sueño; pero lo que sí digo es que las almas perdidas bu-

llen en las cosas; que tienen lenguaje, que nos hacen señas con las ramas que mueven y, en fin, que nos vocean con el ventarrón, cuando viene buscándonos y nos sopla al oído sus broncas palabras y se aleja refunfuñando por cualquier sitio, furioso de ver que no le entendemos, de tan embobados como seguimos el sendero avante, fijos los ojos en la *Puchera*, que es donde está nuestro corazón, y en el medro de las pavías y de los maizales.

—Libros barajaste que no te convinieron, Sidoro, y cada loco puede tener al término de su afán un Amadís de Gaula que le obligue á perder los estribos. Dístete á la demonología, y ahora estás á la vuelta de la locura, en la noche densísima de tu ignorancia, tratando de encontrar con tu lampo, que apenas brilla, un ser misterioso, un engendro, un alma, un trasgo que alimente los estúpidos sueños de tu rezagada fantasía. Y así te estás, hora tras hora, y mano sobre ídem, esperando al rabino que lea tu horóscopo, y ni anuncias este palacio que administras, ni te enteras de si á tal ó cual vivero ó á tal ó cual árbol le hacen falta cañas ó poda, ni si la sala de honor está hundiéndose por la constancia y tenacidad de las goteras que se agrandan más lentamente que las de tu mágn. Da grima ver las ramas de esos álamos desmayadas sobre las túnicas grises de sus troncos, como fila de soñadores á media me-

lena, y esos robles centenarios que parecen tenderse con todo el vigor de sus rayados brazotes hacia otras tierras y otros jardines de más considerada frondosidad. ¡Nada, nada! Busca tus duendes; pero ya verás como no los encuentras ni bajo el rastrillo ni bajo el almocafre. ¡La verdad es que Dios cría animales muy caprichosos, hombre! Con doce estacas, cinco supersticiones, tres hilanderas, dos vacas y cinco tontos como tú, se hace un concejo de aquellos antiguos que creían en la virtud de las piedras para los malos partos y en la eficacia de las encinas para curar toda clase de humores.

—¡Señor cura!

—¡Calla, hombre, calla! Que á tal edad y término, y oyendo en aquel valle soplar y resoplar los trenes y teniendo en Dios una fe viva, no es posible oírte sin arder en incendios de indignación. Cúbrennos la luz y la sombra, la alegría y el sueño; cúbrenos la tierra muy tupidamente, por lo que nos asusta la muerte de esta broza que escondemos bajo el hábito y el chaquetón, y alegría y sueño y muerte son pura verdad, como es verdad la gloria, que abre sus puertas de oro á los que hacia ella van en muletas de arrepentidos ó en jamugas de santos; pero lo que no puede ser verdad es que las almas se desencasillen y se hagan candidatas á disfrutar entre toque de media noche y cántico de gallo la vida que dejaron ya, ni que los

espíritus cansados por el mucho sufrir del mundo, se entretengan en mover ramas de árboles ni en vagar por él todavía.

—¡Quédese cada uno con su manera de pensar, señor cura!

—¿De modo que ese gracioso hotel, con su cinturón de esbeltas balaustradas, es ni más ni menos que un mágico palacio de duendes?

—Creo que es una casa viuda, y nada más.

—¿Casa viuda?

—¿Pues no la ve con todo su festón de hojas, como mantellina de duelo, y con todas sus ventanucas tristes, que no son sino unos ojos resignados que miran á la mar? Oígame despacio, señor cura; el que cierra los oídos sin mirar más razón que la de su antojo, no es más sabio que el que cuenta una cosa á su modo de ver y decir. Ahí dentro está un alma porque yo lo sé, y aunque diga que estoy loco, yo me doy buena cuenta de que estos cinco dedos son míos y comprendo el alcance de lo que usted me dice y no embarullo las cosas, ¿estamos? Años hace, andábase un viejo de feligresía en feligresía, con la paca al hombro, vendiendo lana de guardapiés y pegando sus engaños en cada negocio con la suave miel de su palabra. Eran los sus ojos azules y blandos, como hechos de bondad, y en su barba, nevada y luenga, dormían, guardados con respeto, hilos de oro, para demostrar que aquel escorial

de ceniza fué en tiempos más felices California pura. Dábanos gusto á los mozuelos el ver al viejo aquel tan curioso y acicalado remontar los cerros, pintándose sobre el fondo alegre y azul de la montaña, volviéndose con risa para amenazarnos porque le tirábammos con mimo pellas de nieve.

»—¡Ah, rapaces, pequeños rapaces!—decía.—Si supiérais con quien dais, puede que el respeto os enfriara las puntas de los dedos mucho más que esa nieve que me echáis á la cara. Muy noble abolengo fué el mío y en piedras estuvo labrado mi nombre, y obispos y arcedianos dijéronme misas en mi muerte.

»Oíamos esto y echábammos á temblar, pobretucos, y un enjambre que éramos teníamos pavura de hablar con el anciano aquel; pero él, sin decir más, seguía, seguía, y metiéndose por las pinas calles, llamaba á todas las puertas, y después de un grito muy bárbaro, para que las mujeres dejaran el su quehacer y le mirasen, como si esto fuera necesario, decíalas con voz de cariño:

»—Qué, ¿no mercan algo de lo que llevo? Fajas de Pamplona, bufandas pasiegas, mulletón de almillas, ¡buenos precios y más deseos de vender!

Y tendía su mano al enseñar la bayeta nueva, entre amarilla y verde, y parecía que el monte y los tejados y las piedras de ellos, y las mujeres y los hombres no habían nacido sino para ver las telas del pañero y

para oírle y dejarse engañar, que los hay con privilegio, y así, señor, onza tras onza, fué haciendo su avío, y como todo su caudal llevábalo en la braga, dieron en decir que el buhonero andaba torpe por estar ya tocado de reuma. ¡Buena te la dé Dios! ¡Sábese lo que vino á hacer? Pues hijo, `es el caso que compró la finca y el jardín, y se acabó la venta, y ya no hacía sino recontar los ladrillos y tentar las paredes, para decir por lo bajo á las veces como quien reza y llora:

»—¡Señor! ¡Señor! ¡Quién dirá que esta tierra, madre de esos frutos y flores, lienzo fué de muralla que cayó en ruinas y laminaron los siglos y los años! ¡Pared fuiste de fortaleza, y mira en lo que quedó la tuya!

»Y andaba con los codos cogidos las horas enteras, mirando no se sabe qué. Otro día encaramóse á la puerta principal, llevando al cinto unos tarros con pintura y brocha, y trazó aquel letrero: *Este palacio es y será siempre del señor marqués de Fuenfria.*

»En fin, señor, para no cansar, que el hombre, loco y cuerdo, fué perdiendo en intereses y ganando en males, única riqueza de los viejos, y que, como amo y señor de ese hotel con todos los aposentos vacíos, incluso el del estómago, fué entregando pasito á paso el alma á Dios, y cuando alguien, refiriéndose á su miseria, le decía: ¡Por qué no vende esta casa, si no puede tenerla?, abría

quedamente los ojos fijándolos en los del que le daba el consejo, y con muy trémula voz murmuraba:

»— Porque esta casa es mi solar y mayoral; porque, aunque la veis arrebolada, hecha está con la tierra pálida de un castillo que fué, y ese castillo era del marqués de Fuenfría, hijo de príncipes, que acompañó á Don Felipe de Austria á la Inglaterra cuando su boda con la reina María Tudor. Y ese caballero perdió el alma y murió inconfeso por amar á una hereje, ¿entendéis? Y á una orden del rey, se demolió esta fortaleza hasta dejarla á ras del suelo; pero escrito está que la mansión exista hipócritamente acomodada al siglo que la vea y que el alma de aquel su morador, ahora esclavizada al molde de mi carne, que bien pronto se perderá, vague en sus ámbitos, sin tolerar nunca que planta humana huelle en fuero de propiedad ni estas salas ni estos jardines.

»Y así ha de ser, que está en la leyenda. Ya lo sabéis: «Este palacio es y será siempre del señor marqués de Fuenfría.» Llegóse en esto la muerte, sonriéndose al verle como nosotros cuando mozos, tan acicaladito y apañado aún, y pasándole con aire de caricia la nieve de su mano por piernas y pies, paralizóselos y le acabó, perdonándole la agonía. Entonces vi una cosa extraña, y no me mire con recelo, padre, que ya le digo que la vi, y púas canosas tengo en la

barba y ha de creerme. Era en Julio, caía la tarde y el cielo estaba limpio y azul, cuando de repente empezaron á gotear los árboles, ni más ni menos que en fuerza de chubasco.

—¿Y no le había?

—¡Sobrenatural fué la cosa! Desde aquella hora no cesaron de oirse suspiros á la media tarde, durante el novenario y al instante justo en que el hombre dejó escapar, por no tener cosa mejor, el último aliento; quedábanse estas alamedas como sobrecojidas y los árboles cuajados de tristeza, y parecía que la mar decía desde lejos oraciones, y que una voz pasaba respondiéndola por las ramas, y que allá dentro en la casa se levantaban tumultos de gente en novena. Y es lo cierto que aquí nadie entró ni adelantó pie más allá del batiente de la puerta principal sin sufrir el castigo de la profanación, pues bien se acordará usted de aquel señorón de Madrid que vino de temporada lo poco que tardó en salir con los pies para adelante, y en cuanto al que llamábamos *el burgués*, por el respeto y consideración con que solía llevar el vientre, ya sabe el señor cura lo que le sucedió, que cuantas veces borraba el cartelón y trazaba *Villa Benita*, veníase la lluvia de pronto y se lo echaba abajo, para que quedara limpio y triunfante lo de

*Este palacio es y será siempre...*

—¡No sigas en el nombre del cielo, que eres tabardillo de pesadez, y yo nunca fuí modelo de paciencia, pese á todos los frutos del Espíritu Santo, y que Dios me perdone si digo alguna atrocidad, que sí es posible que la esté diciendo. Ven acá, ignominia del género, ¿eres intendente de estas tierras ó enemigo del amo que en mal hora te trujo para administrarlas? ¿Crees que puede asegurarse al que llega á inquirir condiciones que todo el que ahí entre perderá la piel? ¡Venturados estaríamos si fuéramos á seguir las preocupaciones de los estúpidos como tú! ¡Es preciso que esto cambie, Sidoro, ó escribo á Madrid! Que ahí está el sacristán, á quien vendría el cargo como anillo al dedo, y que roncaría plácidamente entre los gritos y rebuznos de tus gaznápiros fantasmas. Esto me obliga á mirarte de frente y con detenimiento, pobre Sidoro... ¿Pero qué culpa tienes tú? ¿Dónde vas con esa cabezota, que es un cascabel de hueso forrado? Déjate de idioteces, hombre, y vive á la moderna, y abandona ese paraguas y abona con tiempo bancales y macizos, y abre ancho curso al agua en esas cegadas regueras para que la sorban á tragantadas los árboles, que lo están deseando, y mima y pule esos troncos, que tienen sarro, y echa la azada sobre esas hojas, bajo las que va levantando su alcázar el germen de las calenturas, y apisona estos blandos paseos de pálida arena, que es

la aristocracia de todo parque, y libra á esas estatuas de jaramago, y aplica un brochazo de pintura fuerte y de recio barniz al cartelón y escribe en él: «Se vende ó se alquila», y ya verás cómo ni la lluvia, ni el alma del pañero loco, que loco fué, vienen á traer á colación nuevamente lo del olvidado marqués de Fuenfría, y si así no lo hicieses, no pretendas acercarte á mí ni igualarte conmigo ni en raza ni en categoría dentro de este pueblo, aunque diez veces te hicieran alcalde, que hay que ir con el siglo, y buena es la humanidad y la transigencia, pero no con los bárbaros como tú!





## La falsa opinión.

---

**E**N este país tenemos una falsa opinión de todo—murmuraba el famoso doctor Gallardo, que hacía á los enfermos pobres visitas breves y distraídas y á los ricos largas é insoportables.—Corriendo sin orientación, jugando á la gallina ciega, *tocamos* al enano que se empina, llamándole *eminente; ilustre*, al audaz; *discreto*, al ignaro; sabio, al parlotero, y así entregados á los azares de este juego infantil, y equivocándonos casi siempre, formamos un corro, un círculo de carne loca que atosiga al mundo sin dejarle rodar. ¿Quién será el ministro de aquel Ministerio? Seguramente, no es quien se quedó en la gallina ciega, porque ese al quitarnos la venda se nos ofreció únicamente como un tonto oficial. ¿De quién será la obra de aquel literato que hace piruetas de palabras y taraceas de galicismos? ¿Qué seguro bisturí habrá consumado la operación que achacan al

cirujano don Basilio, solamente porque la engañada opinión le haya prestado el título de eximio, en la gallina ciega? ¿Cómo se nos escapó del corro y del Código ese truhán que dilapidó fortunas ajenas y cedió con usura el dinero hurtado á los pobres, y que, por la eterna perniciosa y falsa opinión, se llama hoy el opulento don Fulano? ¡Gallina ciega es todo, señor don Joaquín! ¡Gallina ciega, error de instinto, torpeza de presion y tacto! ¿Cuándo adquirirán nuestros dedos una sensibilidad tan exquisita que den siempre con lo bueno y lo justo?

Don Joaquín Palacios seguía con fatigada atención la fácil palabra del médico. Veíase que su imaginación estaba en otra parte.

—Y... diga usted, doctor—exclamó de pronto, —¿cree usted que el estado de mi tío ofrece gravedad inminente?

—De momento, no: mañana, ¿quién sabe? Siguen claras y precisas las curvas, y lo que más puede tranquilizarnos es que no han vuelto á presentarse violentas crisis nerviosas. Confíe usted, amigo mío, en los elementos destructores de toxinas que vierten en la sangre del paciente mis sueros prodigiosos y que han de ser en lo sucesivo la panacea universal. Pero volviendo á lo anterior...

—Con su permiso...

—¡Oh! ¿Acaso le importuno á usted?

—¡De ninguna manera! ¡Pero como tiene usted tanta enfermería!...

—¡Loco estoy!

—¡Y además, es la hora del correo!

—¡Nada, ilustre amigo!— exclamó el doctor, posando su mano ensortijada en la espalda del banquero, como hombre acostumbrado á este género de interrupciones y despedidas.—¡Ni usted ni yo tenemos minuto que perder! ¡Distraído con su conversación, las horas vuelan! ¡Las diez!—repitió sacando un magnífico repetición antiguo con tapa de brillantes y haciendo sonar el mecanismo.—¡Precisamente, tengo dos consultas! Lo que más odio, porque compañero arriba, compañero abajo, no sirven para nada, sino para que el doliente sufra las consecuencias de la fábula:

En esta disputa  
llegaron los perros.

—Conque ¡adiós! ¡adiós!—añadió juntando las gruesas pantorrillas, inclinándose con finura y dando golpecitos en la mano de don Joaquín.—Vendré luego.

—Si no está el enfermo de gravedad inminente, ¿á qué ha de molestarse?

—Sin embargo, ha de decirse todo—respondió el doctor, irguiéndose y dejando que ensombreciera su rostro una súbita nube.—Estemos prevenidos, porque pudiera presentarse lo que yo sé, y entonces...

El doctor colocó el pulgar bajo la barbilla, en un expresivo ademán de rápido escape.

—Entonces, por el cielo, señor Gallardo, ¡no me abandone usted!—exclamó angustiando el burócrata;—déjeme lista de los sitios adonde va.

—¡No sea usted exagerado!

—¡Pero qué deducir!...

—Si ocurriera algo, el aviso á casa y estoy aquí en un vuelo; ¡no siendo de noche!, en cuyo caso mandaré á mi ayudante.

—¡Bien! ¡bien!

—Adiós, adiós, amigo don Joaquín.

—¡Adiós, doctor!

Abrió un criado la puerta de la galería y otro la de la entrada, y el médico, con su rutilante sombrero de copa y su notabilísimo bastón, tan luminoso que parecía un rayo lívido que se escapaba continuamente de su mano, comenzó á descender la escalera.

\*  
\* \*

Palacios llamó para que se presentara el mayordomo.

—Domus—le dijo;—¿y el correo?

—Sobre la mesa está, señor. ¿Tendrá el señor la amabilidad de decirme cómo sigue el señor?

—¡Mal, Domus, muy mal, diga el médico lo que quiera!

El mayordomo empezó cierta serie de expresivos ademanes, uno para cada pensamiento que se le ocurría; y fueron muchos

y variados, desde el de la futura esperanza al de la más alta tragedia.

—¡Ay!—exclamó don Joaquín conmovido.—¡Me explico tu amargura, buen Domus! ¡Llevas tantos años con él! ¡En cambio, Francisco, estoy seguro de que no ha preguntado por su señor ni una vez sola. ¿Eh?

—¡Ni una vez, señor, fuerza es decirlo!—respondió el ayuda de cámara, como quien se ve obligado á no mentir, y á un ademán del amo se retiró.

—Indudablemente—murmuró el banquero,—el doctor Gallardo es un sabio. ¡Tenemos una falsa opinión de todo!

Un sobre iba abriendo su delicada fauce al rasgón de la plegadera.

—¡De mi hermano!—dijo don Joaquín.—¡Qué número de amargas reflexiones! ¡Cuántos reflejos de pesares hondamente sentidos me traerá esta carta! ¡Tanto como le quiere por haber sido su segundo padre!

«Ginebra, 8 de Marzo. Inolvidable Joaquín: Mi pluma vacila entre los dedos.»

—¡Ya lo sabía yo!—añadió don Joaquín, interrumpiendo la lectura, y luego continuó:

«¡Si parece mentira! ¡El tío enfermo! ¡El tío grave! ¡El tío! ¡Nuestro tío! ¡Aquel hombre fuerte y sano de cuerpo y de espíritu, hoy asomado á las puertas de la eternidad! ¡No! ¡No puede ser! ¡Me volvería loco! En- señale esta carta y dile que aunque los negocios se hallan, hoy por hoy, en su grado

máximo de prosperidad y reclaman mi constante presencia aquí, si me necesita, si se agrava, que me telegrafe é iré, iré, aunque supiera que me quedaba en el camino.»

—¡Noble corazón!—terminó el hermano, y dejó la carta, y su pluma dócil y amaestrada ya en los números empezó á trazar cifras y á hurgar esos papeles especiales de crédito y préstamo con su firma de banquero, laberinto más que firma, con la vuelta de la rúbrica siempre igual y el misterioso punto infalsificable de contraseña encima del segundo trazo.



Llegó una noche; dormía el escritorio, cementerio de números, actas y letras, con sus grandes tumbas de caoba, donde cada escribiente, cada día, encerraba con llave una esperanza ó una aspiración; con su reseca atmósfera de humo de cigarro, disipada á medias por una ventilación insuficiente; con sus tinteros mohinos, cansados, llenos de negras lágrimas, y sus grandes registros, con los gastados lomos al aire, y dormía la casa de los tres banqueros, con sus largos y áureos salones de gran riqueza y poco gusto, en que el golpe continuo de los relojes ingleses fingían pasos misteriosos, que iban desvaneciéndose en las gruesas alfombras; y dormía, con la absoluta posesión de

su tiempo, de ese tiempo de criado que permanece indiferente á todas las desdichas de la casa, en las tres ó cuatro horas que representan su autonomía de sueño, Domus, el celoso Domus; y dormía, rendido por el peso de sus penas y de sus cálculos, don Joaquín, y permanecía adormilado don Jaime, el enfermo, y velaba únicamente Francisco, aquel pobre diablo indiferente que no se interesaba por la salud de su señor.

Cierta idea, la única que había tenido en su vida, le molestaba, mordiéndole continuamente; el señor, aquel señor enfermo, habíase mostrado generoso con él en uno de esos días en que, por rara excepción, acude cuando la necesitamos la piedad ajena, y él no podía olvidar la dádiva.

Don Joaquín era bueno y don Julián lo mismo: don Jaime tenía sus defectillos... pero, en fin, era la razón social de las tres jotas, como le llamaban en la plaza, lo que á él le había servido de algo. Y el médico decía esto y lo otro; pero lo que él veía era que su señor no mejoraba y que aquel *medicazo* iba por mal camino, y que quizá don Santos, el viejo facultativo que á él le curó, hubiera ido con su señor más atinado.

Y estando en esto, sonó á lo lejos un gemido de angustia que parecía decirle: ¡Francisco, á escape! ¡Que el señor se nos val! Y se vistió á medias y fué á llamar anhelante al cuarto de Domus, que le refunfuñó:

—¡Si se muere, que allá nos espere muchos años! ¡El tío!... ¡Déjame que duerma!

Francisco corrió á la alcoba. Entre las cortinas, sobre una cama de cristal, con chillona colcha de damasco, había una cabeza blanca y encendida á la par y unas facciones pronunciadas como las de un calmuco, aquellas que hacían distinguir entre toda una multitud al famoso don Jaime el banquero. Hallábase incorporado, y al descubrir á Francisco le lanzó su mirada de tigre.

—¡Un médico! ¡Un médico, que me muero!

Á los dos minutos Francisco volaba y don Joaquín, solícito, nervioso, rebotando impresiones tristísimas, iba desde el lecho á la mesa próxima redactando con pulso temblón un despacho telegráfico: *¡Ven! ¡El tío se muere!*

Al fin, los avisados ojos del enfermo fijáronse con insistencia en la cortina, adivinando la presencia de don Santos el médico. Era éste un hombre de cráneo voluminoso coronado por cerdas blancas, ancho pecho y traje deslucido y sucio. Sentóse sin saludar; palpó, pulsó, oyó el diagnóstico del eminente Gallardo, sin olvidar lo de las curvas y los sueros, y, por último, soltó una risotada que casi molestó á don Joaquín.

—¡A ver! ¡Papell! ¡Pluma!—dijo secamente, mientras don Jaime le devoraba con los ojos.

El médico extendió la receta y entregándosela á Francisco, díjole únicamente:

—¡Tráela á escape! He recetado el alcohol alemán y, ó poco he de poder—añadió maliciosamente dirigiéndose al atribulado sobrino,—ó antes de seis horas habrán desaparecido las *curvas*.

—¿Quiere usted el termómetro clínico?

—Muchas gracias. Yo profeso el sistema antiguo, índice y pulgar, y con esos y mi relojito de latón tengo suficiente.

.....  
Amaneció; la luz nueva trajo albricias á la alcoba de don Jaime que sentado en el lecho hablaba como en sus épocas mejores. Á la hora reglamentaria se presentó Domus sin ver á Francisco que dormitaba en un rincón. Don Joaquín le contempló un instante.

—¿Y Francisco?—preguntóle.—Seguramente dormirá.

—¡Señor, á ese no le despierta un cañonazo! ¿Con que el señor grave? ¡Pobre señor!

—Acérquese usted—dijo don Joaquín; y le habló al oído.

—¡Yo, señor!—exclamó Domus azarado.  
—¡Despedido! ¿Y por qué?

—Tenía de usted una falsa opinión; no insista porque sería inútil.—Y añadió señalando á Francisco:—Su compañero, de quien tenía también una falsa opinión, le sustituirá á usted. ¡Hemos concluído!

Cuando se retiraba Domus, trémulo y sin

saber cómo excusarse, entraba otro criado con un telegrama.

—¡Dame, dame! ¡Lo esperaba con impaciencia!—exclamó don Jaime; y arrancó el papel azul de las manos de su sobrino.

—¡Nada de valentías!—dijo severamente don Santos.

—¡Oh! ¡oh!—repetía don Jaime con risa irónica, alzando y bajando aquellas interminables cejas.—¡No esperaba tanto! ¡Modelo de sobrinos! ¡Aprende, Joaquín! ¡Aprende También de éste, valiéndome de la expresión que tanto repites, ¡tenías una falsa opinión!

Don Joaquín deletreó el telegrama de su hermano.

«¡Pobre tío! ¡Imposible viaje! ¡Haz suntuoso funeral y avisa!»

—¡AVISA! ¡Entiendes?

—¡Tío! ¡tío!—exclamó el pobre hombre alzándose de su sillón.—Hemos estado usted y yo tan embebidos en los números, que no hemos tenido ocasión de apreciar toda la magnitud de esta terrible farsa.

—Estás en la cierto, Joaquín.

—Por eso yo, que hoy siento muy hondamente la deslealtad de mi hermano, me retiro de los negocios, pues quizá tenga también una falsa opinión de mí mismo, y creyéndome bueno y honrado, llegue á una hora en que pague con la más negra ingratitud cuanto hizo usted por mí.

—¡No! ¡A mis brazos, sobrino! Hoy por hoy te quedarás en mi testamento. Usted, don Santos, tendrá sueldo en mi casa, y á ti, pobre Francisco, á quien no conocí, te compro la sumisión y el cariño; ¿te conviene? Hoy resurjo como el fénix de mis propias cenizas, de las cenizas en que me habría convertido el ilustre Gallardo.

—¡Calle usted, tío... que aquí viene!

En la antesala oíase la alegre voz de la eminencia. Don Santos se estiró el chaleco.

La puerta charolada lanzó un reflejo turbio al abrirse para dar paso al ilustre doctor.

—¿Como? ¿Qué es esto?—preguntó sorprendido.—¿Se halla peor don Jaime?

—¡No lo quiera Dios!—exclamó don Joaquín.—Bueno está; y de tal modo, que hoy mismo ha de vestirse para hacer su vida ordinaria; ya no hay curvas ni temperatura. ¡Pero... siéntese usted, doctor! ¡He de felicitarle! Efectivamente tenemos una falsa opinión de todo! ¡Hablemos, si usted quiere, de *la gallina ciega!*







## ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	7
El escudero.....	9
La campana.....	29
Una aventura de Quevedo.....	43
Un ardid vulgar de amores.....	55
La comedia en Aranjuez.....	65
Puntillos de honra.....	75
Quien quita la ocasión.....	87
El barbero de las Vistillas.....	101
Los celos.....	113
Día de toros.....	119
Una corrida extraordinaria.....	125
El gato negro.....	133
La solana.....	139
Pudo suceder así.....	149
El tonto del Rastro.....	161
Tragabuches.....	173
Los músicos de la aldea.....	185
La vuelta de Curro Vargas.....	197
Los duendes de Pancorbo.....	205
La falsa opinión.....	215

---















DE  
ANTIGUA  
PLAZA

G 586657